

# **Velázquez y la Edad del Espíritu**

COLECCIÓN HISTORIA

DIRECTOR

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino, Universidad de Sevilla

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Prof. Dr. Anthony Álvarez Melero, Universidad de Sevilla

CONSEJO DE REDACCIÓN

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de Sevilla  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Antonia Carmona Ruiz. Catedrática de Historia Medieval, Universidad de Sevilla  
Prof. Dr. José Luis Escacena Carrasco. Catedrático de Prehistoria, Universidad de Sevilla  
Prof. Dr. César Fornis Vaquero. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de Sevilla  
Prof. Dr. Juan José Iglesias Rodríguez. Catedrático de Historia Moderna, Universidad de Sevilla  
Prof. Dr. Anthony Álvarez Melero. Profesor Titular de Universidad, Universidad de Sevilla  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Pilar Ostos Salcedo. Catedrática de Ciencias y Técnicas Historiográficas, Universidad de Sevilla  
Prof. Dr. Pablo Emilio Pérez-Mallaina Bueno. Catedrático de Historia de América, Universidad de Sevilla  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Oliva Rodríguez Gutiérrez. Catedrática de Arqueología, Universidad de Sevilla  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> María Sierra Alonso. Catedrática de Historia Contemporánea, Universidad de Sevilla

COMITÉ CIENTÍFICO

Prof. Dr. Víctor Alonso Troncoso. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de La Coruña  
Prof. Dr. Michel Bertrand. Prof. d'Histoire Moderne, Université de Toulouse II-Le Mirail  
Prof. Dr. Nuno Bicho. Prof. de Prehistoria, Universidade de Lisboa  
Prof. Dr. Laurent Brassous. MCF, Archéologie Romaine, Université de La Rochelle  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Isabel Burdiel. Catedrática de Historia Contemporánea, Universidad de Valencia  
Prof. Dr. Alfio Cortonesi. Prof. Ordinario, Storia Medievale, Università degli Studi della Toscana, Viterbo  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Teresa de Robertis. Prof. di Paleografia latina, Università di Firenze  
Prof. Dr. Adolfo Jerónimo Domínguez Monedero. Catedrático de Historia Antigua, Universidad Autónoma de Madrid  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Anne Kolb. Prof. für Alte Geschichte, Historisches Seminar, Universität Zürich, Suiza  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Sabine Lefebvre. Prof. d'Histoire Romaine, Université de Bourgogne, Dijon  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Isabel María Marinho Vaz De Freitas. Prof. Ass. História Medieval, Universidade Portucalense, Oporto  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Dirce Marzoli. Direktorin der Abteilung Madrid des Deutschen Archäologischen Instituts  
Prof. Dr. Alain Musset. Directeur d'Études, EHESS, Paris  
Prof. Dr. José Miguel Noguera Celdrán. Catedrático de Arqueología, Universidad de Murcia  
Prof. Dr. Xose Manoel Nuñez-Seixas. Catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Santiago de Compostela  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper. Catedrática de Historia Moderna, Universidad de Barcelona  
Prof.<sup>a</sup> Dr.<sup>a</sup> Ofelia Rey Castelao. Catedrática de Historia Moderna, Universidad de Santiago de Compostela  
Prof. Dr. Benoit-Michel Tock. Professeur d'histoire du Moyen Âge, Université de Strasbourg

Antonio González Polvillo

# **Velázquez y la Edad del Espíritu**

---

 EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2026

Colección Historia  
Núm. 422

Comité editorial de  
la Editorial Universidad de Sevilla:

Elena Leal Abad  
(Directora)

Concepción Barrero Rodríguez  
Rafael Fernández Chacón  
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado  
Manuel Padilla Cruz  
Marta Palenque  
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda  
Marina Ramos Serrano  
José-Leonardo Ruiz Sánchez  
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Diego Velázquez, *El príncipe Baltasar Carlos con un enano*. 1632 (detalle)  
Museum of Fine Arts, Boston, Henry Lillie Pierce Fund, 01.104.  
Cortesía del Museum of Fine Arts, Boston.

©Editorial Universidad de Sevilla 2026  
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.  
Tfños.: 954 487 447; 954 487 451  
Correo electrónico: [info-eus@us.es](mailto:info-eus@us.es)  
Web: <https://editorial.us.es>

©Antonio González Polvillo 2026

Impreso en papel ecológico  
Impreso en España-Printed in Spain  
ISBN 978-84-472-2706-8  
Depósito Legal: SE 144-2026

Diseño de cubierta: notanumber  
Maquetación y realización de cubierta: Cuadratín Estudio  
Impresión:

# Índice

ABREVIATURAS .....	17
PREFACIO .....	19
INTRODUCCIÓN .....	21
1. La Congregación de la Granada .....	21
2. Joaquín de Fiore, el joaquinismo y la Edad del Espíritu .....	23
3. La filosofía de la historia de Joaquín de Fiore .....	24
4. El <i>Apocalipsis</i> y la esperanza milenarista .....	24

## Primera parte

### Pacheco: un maestro para la vida

CAPÍTULO 1. FRANCISCO PACHECO Y LA CONGREGACIÓN DE LA GRANADA .....	31
1. El <i>Libro de verdaderos retratos</i> : un conjunto iconográfico de <i>virii spirituales</i> o «Crucíferos» del ejército apocalíptico de los últimos días .....	31
2. Los retratos de <i>virii spirituales</i> , «Crucíferos» de san Francisco de Paula, conservados .....	36
2.1. La «Academia» de Juan de Mal Lara .....	37
2.2. Ecumenismo, sincretismo y familismo: Arias Montano <i>hispalensis</i> y la Familia del Amor .....	44
2.2.1. Arias Montano y el Último Emperador del Mundo .....	45
2.2.2. Amor, joaquinismo y familismo hispánico en Arias Montano .....	47
2.2.3. La filosofía del amor: el eje argumental de la Familia del Amor .....	47
2.2.4. Arias Montano y el apocalípticismo joaquinista .....	51
2.2.5. Los orígenes y desarrollo del profetismo apocalíptico de Arias Montano .....	51
2.2.6. Arias Montano y el pensamiento de la Congregación de la Granada .....	54

2.2.7. Los discípulos sevillanos de Arias Montano .....	57
2.2.7.1. El canónigo Francisco Pacheco .....	58
2.2.8. El modelo del <i>Libro de retratos</i> de Pacheco: <i>Virorum doctorum de disciplinis benemerentium</i> <i>effigies XLVIII</i> de Montano y Galle .....	61
2.2.9. Los últimos serán los primeros: los <i>abjecta mundi</i> de Joaquín de Fiore y la <i>pusillus grex</i> de Arias Montano .....	63
2.2.9.1. El abad de Fiore y los <i>abjecta mundi</i> .....	63
2.2.9.2. La <i>pusillus grex</i> de Montano .....	64
2.3. Pacheco y los cabezas de la Congregación de la Granada .....	65
2.3.1. Pacheco y Rodrigo Álvarez .....	66
2.3.2. Pacheco y Hernando de Mata .....	68
2.3.3. Pacheco miembro de la Congregación de la Granada .....	68
2.3.4. Pacheco y el <i>Apazible diálogo entre un congregado y</i> <i>un tomista</i> .....	70
 CAPÍTULO 2. LA OBRA ANAGÓGICA DE FRANCISCO PACHECO .....	 73
1. La Congregación de la Granada y el movimiento sevillano en torno a la definición dogmática de la Inmaculada Concepción .....	73
2. La visión de Juan Bautista Vázquez el Viejo y su expresión plástica en la máscara de la Congregación de la Granada y los lienzos de Juan de Roelas y Luigi Primo Gentile (Louis Cousin) .....	75
2.1. <i>Alegoría de la Virgen Inmaculada</i> de Juan de Roelas .....	80
2.2. <i>El triunfo de la Inmaculada Concepción</i> de Luigi Gentile y Bernardo de Toro .....	84
3. Los retratos de los líderes de la Congregación de la Granada: homenaje, identidad y memoria .....	87
3.1. El retrato de Rodrigo Álvarez .....	87
3.2. El retrato de Hernando de Mata .....	89
3.3. Los retratos de Bernardo de Toro .....	92
4. Francisco Pacheco: la expresión estética de la profecía de la Inmaculada Concepción .....	97
4.1. La Inmaculada apocalíptica según Pacheco y Velázquez .....	97
5. Memoria e identidad de la Congregación de la Granada: los retratos-homenaje realizados por Francisco Pacheco, <i>vera effigies</i> de los protagonistas del movimiento inmaculista .....	105
5.1. <i>Inmaculada con el retrato de Miguel Cid</i> .....	107
5.1.1. El comitente del lienzo de Miguel Cid: el congregado del particular espíritu Diego Muñoz de Medrano .....	110
5.2. <i>Inmaculada con el retrato de Mateo Vázquez de Leca</i> .....	114
5.3. <i>Inmaculada con el retrato de Bernardo de Toro</i> .....	115

5.4. El retrato desaparecido de don Enrique de Guzmán realizado por Francisco Pacheco .....	118
6. <i>El papa «angélico» Celestino V clausura la Iglesia de Pedro</i> de Francisco Pacheco .....	120
7. El <i>Crucificado</i> de Pacheco: los cuatro clavos y su lectura anagógico-apocalíptica .....	123
7.1. Las dos cristologías de Joaquín de Fiore .....	126
7.2. El <i>vivens ordo</i> de Joaquín en el <i>Crucificado</i> de Pacheco: los cuatro Evangelios simbolizados por los cuatro clavos como una historia de la salvación .....	127
7.3. La <i>consummatio</i> de la <i>Ecclesia Petri</i> y la <i>inchoatio</i> de la <i>Ecclesia Virginalis</i> o <i>Johannis</i> : lectura anagógica del <i>Calvario</i> de Pacheco de la Galería Uffizi .....	127
8. El <i>Juicio universal</i> .....	130
8.1. La justificación del <i>Juicio universal</i> de Pacheco según el milenarismo de Lactancio .....	136

## Segunda parte

### Velázquez: estética anagógica de una ideología revolucionaria

CAPÍTULO 3. VELÁZQUEZ DESVELADO: EL «APOCALIPTICISMO FIGURATIVO» ...	141
1. La estética anagógica de Velázquez: de lo sensible a lo inteligible .....	146
2. Velázquez: un Juan Evangelista en el <i>Interim</i> joaquinita .....	149
CAPÍTULO 4. ANÁLISIS DE LA PINTURA ANAGÓGICA DE VELÁZQUEZ:	
LA ETAPA DE SEVILLA .....	153
1. La pintura religiosa de Velázquez en Sevilla .....	154
1.1. La Inmaculada Concepción .....	154
1.1.1. <i>Inmaculada Concepción niña</i> .....	154
1.1.2. La <i>Inmaculada Concepción</i> y <i>Juan Evangelista en Patmos</i> de la National Gallery de Londres .....	162
1.1.2.1. «De la gran señal al cuadro» .....	163
1.2. <i>Adoración de los Reyes Magos</i> .....	166
1.3. <i>Imposición de la casulla a san Ildefonso</i> .....	171
1.3.1. Don Gonzalo de Campo y la Inmaculada .....	173
1.4. <i>Retrato de Cristóbal Suárez de Ribera</i> .....	178
1.4.1. Cristóbal Suárez de Ribera en el círculo profético-apocalíptico sevillano .....	180
1.5. <i>La venerable madre sor Jerónima de la Fuente</i> .....	182
2. Los Bodegones de Velázquez .....	185
2.1. Velázquez y su temporalización milenarista .....	186
2.1.1. <i>El almuerzo</i> del Hermitage .....	188

2.1.2. <i>El almuerzo de Budapest</i> .....	193
2.1.3. <i>Tres músicos</i> .....	197
2.1.4. <i>Vieja friendo huevos</i> .....	200
2.1.5. <i>Dos hombres a la mesa</i> .....	203
2.2. Bodegones a lo divino .....	206
2.2.1. <i>Escena de cocina con Cristo en Emaús</i> .....	206
2.2.3. <i>Escena de cocina con Cristo en casa de Marta y María</i> .....	209
2.2.3.1. El estatuto de los <i>virii spirituales</i> que conforman la Congregación de la Granada .....	209
2.2.3.2. «Rogar a Dios y dar con el maço» .....	212
2.2.4. <i>El aguador de Sevilla</i> .....	214
2.2.4.1. El agua, el Espíritu, el aguador y la cábala .....	217
2.2.4.2. El Espíritu, que procede del Padre .....	218
2.2.4.3. El agua, el aguador y el Espíritu en la tradición de la Congregación de la Granada .....	220
CAPÍTULO 5. VELÁZQUEZ EN LA CORTE DE FELIPE IV .....	225
1. La Casa de Austria y la ideología mesiánica y profético-apocalíptica del Último Emperador del Mundo .....	225
1.1. Felipe IV: el Último Emperador del Mundo .....	229
1.1.1. Un modelo a seguir: la monarquía universal de Felipe II .....	229
1.1.2. El círculo sevillano del conde duque de Olivares en Sevilla y en la corte .....	230
1.1.3. Los sevillanos en la corte de Felipe IV .....	232
1.2. La ideología mesiánica y profético-apocalíptica del conde duque de Olivares: el <i>Novus Dux</i> apocalíptico .....	233
1.2.1. La <i>translatio religionis</i> de Sevilla a Madrid: la Congregación de la Granada en el convento madrileño de San Plácido .....	234
1.2.2. El conde duque de Olivares y las monjas de San Plácido .....	236
1.2.3. El conde duque de Olivares, Benedicta Teresa y la profecía del niño de san Francisco de Paula .....	237
1.2.3.1. Benedicta Teresa como oráculo del conde duque de Olivares .....	238
1.2.3.2. El hijo de características mesiánicas del conde duque de Olivares .....	241
CAPÍTULO 6. LA OBRA DE VELÁZQUEZ EN LA CORTE DE FELIPE IV, EL ÚLTIMO EMPERADOR DEL MUNDO .....	245
1. Los retratos de Felipe IV, <i>Rex et Sacerdos</i> .....	246
1.1. El primer retrato de Felipe IV de 1623 y su significado .....	248
1.2. El retrato del <i>Novus Dux</i> : el conde duque de Olivares .....	257
2. Un palacio-ermita para el Último Emperador del Mundo .....	261

2.1. Felipe IV, emperador y anacoreta: la decoración del palacio-ermita del Buen Retiro y las series pictóricas alusivas a la geminada personalidad del rey .....	264
2.2. El <i>San Antonio Abad y san Pablo primer ermitaño</i> de Velázquez .....	266
2.3. Felipe IV, el heredero del Imperio romano que asume y consume bajo el título profético-mesiánico de Último Emperador del Mundo .....	268
2.4. Los bufones de Velázquez .....	272
2.5. El Salón de Reinos: un monarca, un imperio y una espada .....	278
2.5.1. <i>La recuperación de Bahía de Todos los Santos</i> de Juan Bautista Maino .....	281
2.5.2. <i>La rendición de Breda</i> de Diego Velázquez .....	283
2.5.3. <i>Los trabajos de Hércules</i> de Zurbarán .....	288
3. Los enanos y los locos encarnados en los bufones de Velázquez .....	291
3.1. El <i>Demócrito</i> de Velázquez .....	298
3.2. <i>Esopo y Menipo</i> .....	301
4. Velázquez y su juego de inversiones .....	304
4.1. <i>El bufón el Primo y Felipe IV en Fraga</i> .....	304
4.2. Los retratos de Juan de Pareja e Inocencio X .....	308
4.3. <i>El príncipe Baltasar Carlos con un enano</i> .....	312
5. La pintura «religiosa» de Velázquez en los años madrileños .....	316
5.1. El <i>Cristo crucificado</i> de San Plácido .....	316
5.2. <i>Cristo contemplado por el alma cristiana tras la flagelación</i> .....	320
5.2.1. El conde duque de Olivares y el problema de los judíos y judeoconversos judaizantes .....	322
5.2.2. <i>Cristo y la conversión del pueblo judío: una lectura profético-apocalíptica</i> .....	324
5.3. <i>La coronación de la Virgen</i> .....	325
5.3.1. <i>La cuaternidad cordiforme: una lectura profético-apocalíptica</i> .....	327
5.4. El retrato de Juan Martínez Montañés .....	332
6. Los paisajes romanos de la Villa Medici .....	334
6.1. <i>Vista del jardín de la Villa Medici en Roma</i> .....	334
6.2. <i>Vista del jardín de la Villa Medici de Roma con la estatua de Ariadna</i> .....	337
7. Mitología y anagogía en la pintura velazqueña .....	340
7.1. <i>El triunfo de Baco o Los borrachos</i> .....	340
7.1.1. Una lectura anagógica de <i>Los borrachos</i> .....	342
7.1.2. Deificación del hombre u hombreización de Dios .....	344
7.1.3. El vino y la <i>intelligentia spiritualis</i> .....	345
7.2. <i>Sibila con tabula rasa</i> .....	347

7.3. <i>La fragua de Vulcano y La túnica de José</i> .....	349
7.3.1. <i>La fragua de Vulcano</i> .....	350
7.3.2. <i>La túnica de José</i> .....	351
7.3.3. La inversión de la primogenitura .....	352
7.3.4. Gombrich y <i>El Parnaso</i> de Mantegna .....	353
7.3.5. La elipsis anagógica .....	354
7.4. Marte y el triunfo del amor .....	356
7.5. <i>La Venus del espejo</i> .....	359
7.5.1. Hacia una lectura anagógica de la <i>Venus del espejo</i> .....	360
7.5.2. El hermafrodita como símbolo anagógico del nuevo ser humano de la Edad del Espíritu .....	361
7.5.3. El hermafrodita en la tradición occidental .....	361
7.5.4. El espejo, Pablo de Tarso y Joaquín de Fiore .....	363
7.5.5. <i>La Venus del Espejo</i> como <i>homo ex machina</i> .....	364
7.6. <i>Las hilanderas</i> .....	365
7.6.1. En el primer plano: el taller de la <i>prima materia</i> .....	367
7.6.2. Del mito de Aracne al mito de Ariadna .....	369
7.6.3. Un gato, movimiento con luz, la rueda circular de la rueca y la escalera .....	369
7.6.4. En el segundo plano: la tienda del oricalco y la impostura .....	373
8. ... y <i>Las meninas</i> .....	378
8.1. Interpretación anagógica de <i>Las meninas</i> .....	381
8.1.2. El beato Amadeo, los siete príncipes arcángeles y la Inmaculada .....	381
8.1.2.1. Los siete arcángeles en la <i>Pietas Austriaca</i> .....	384
8.1.3. Velázquez y <i>Las meninas</i> .....	386
8.1.3.1. Velázquez, caballero «Crucífero» de la religión de los últimos días .....	387
8.1.3.2. La Orden militar de la Inmaculada Concepción .....	388
8.1.4. La infanta Margarita como la Inmaculada Concepción .....	390
8.1.5. Velázquez: el epígono anagógico de Juan Evangelista .....	391
8.1.6. María Agustina Sarmiento, Isabel de Velasco, José Nieto, Marcela de Ulloa, el guardadamas, Mari Bárbola, Nicolásito Pertusato como los siete príncipes arcángeles .....	393
8.1.6.1. Iconografía de los siete arcángeles .....	395
8.1.6.2. Doña María Agustina Sarmiento como el arcángel Gabriel, el mensajero de Dios: <i>Gabriel nuntius fortis. Missus est angelus</i> .....	395
8.1.6.3. Nicolásito Pertusato como el arcángel Miguel: <i>Michael victor. Paratus ad animas suscipiendas</i> .....	398

8.1.6.4. Doña Marcela de Ulloa como el arcángel Rafael: <i>Rafael Medicus Salutis. Viatores comitor, infirmis medeor</i> .....	400
8.1.6.5. José Nieto como el arcángel Uriel: <i>Vriel Ignitus Socius. Flammescat ignecharitas</i> .....	402
8.1.6.6. El guardadamas como el arcángel Sealtiel: <i>Sealtiel orator. Oro Supplex, et Acclinis</i> .....	402
8.1.6.7. Mari Bárbola como el arcángel Jehudiel: <i>Jehudiel Remunerator. Deum laudantibus praemia retribuo</i> .....	404
8.1.6.8. Doña Isabel de Velasco como el arcángel Barachiel: <i>Barachiel Auxiliator. In opportunitatibus, et in tribulatione</i> .....	404
8.1.6.9. Los siete arcángeles validos del Último Emperador del Mundo: lo que está abajo como lo que está arriba .....	407
8.1.7. La función anagógica del espejo y su mágico reflejo: fenomenología de una metamorfosis .....	409
8.2. Felipe IV y Velázquez ¿cotidianeidad o amistad? .....	410
8.3. Felipe IV y <i>Las meninas</i> .....	413
8.3.1. <i>Las meninas</i> : un retablo con los siete príncipes arcángeles, validos de Felipe IV, el Último Emperador del Mundo .....	415
8.3.2. El retablo mágico de Velázquez .....	417
8.4. El espectador eterno como receptor último de <i>Las meninas</i> .....	419
8.5. Genealogía ontológica de <i>Las meninas</i> .....	420
8.5.1. Michel de Certeau y el nuevo lenguaje .....	423
8.6. La misión anagógica de Velázquez-Juan Evangelista y la infanta-Inmaculada en <i>Las meninas</i> .....	425
BIBLIOGRAFÍA .....	431
CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS .....	449



A Manuela, la mitad del alma mía



# Abreviaturas

AHN	Archivo Histórico Nacional.
AHPS	Archivo Histórico Provincial de Sevilla.
ARSI	<i>Archivum Romanum Societatis Iesu</i> . Roma.
BEES	Biblioteca de la Embajada de España ante la Santa Sede. Fondo de códices depositado en la Biblioteca de la Iglesia Nacional Española de Roma.
BNF	Biblioteca Nacional de Francia.
BNM	Biblioteca Nacional de Madrid.
BUS	Biblioteca Universitaria de Sevilla.
RAH	Real Academia de la Historia.



# Prefacio

Durante una estancia predoctoral en 2006 en la Scuola Normale Superiore de Pisa, realizada por la generosa acogida del profesor Adriano Prosperi, pasé varias semanas en Roma en las que entré en contacto con dos grandes archivos, uno el de la Compañía de Jesús y otro, la Biblioteca de la Iglesia Nacional Española en Roma en la inolvidable via Giulia, en la que en sus fondos de códices, depositados por la embajada de España ante la Santa Sede, pude examinar por primera vez los papeles de Bernardo de Toro, el cuarto y último líder de la Congregación de la Granada, y a la que volví en 2009.

Esos años intermedios los dediqué a realizar mi tesis doctoral sobre la confesión sacramental en la España supercatólica de los siglos XVI y XVII, entendida esta como un sistema, inserto en los paradigmas de la confesionalización del Estado y el disciplinamiento social, que yo sustituí por el concepto de «Alienación social» en cuanto que entendí que para disciplinar realmente al único animal que tiene logos, al ser humano, hay que apoderarse de su capacidad de pensar y, por tanto, transformar su conciencia hasta hacerla radicalmente contradictoria a la condición de ese animal que piensa, algo que solo puede hacerse mediante la alienación subvirtiendo la «conciencia de sí».

Durante esos años me percaté de la extraordinaria coerción que, fundamentalmente en forma de violencia simbólica, que es aquella que se ejerce sobre los coercidos con la anuencia de estos, se desplegaba y proyectaba sobre la sociedad española de la Alta Edad Moderna a través de los dos socios de la confesionalización. Uno de ellos ostentaba el poder político-económico y, el otro, además, el del discurso cosmovisional que se encargaban de introyectar en la mente social, en forma de imperativa *doxa* oficial, los creadores de verdad en los que se constituían los miembros de la estructura eclesíastica.

Sería el «orden de las cosas» bourdiano, que entendía a la sociedad compuesta de fieles-vasallos sometidos a la sumisión dóxica e impelidos desde la niñez a obtener tras la muerte, mediante la asunción sin discusión de esa sumisión que conllevaba una gestualidad y un imaginario dirigido aquí en la tierra, un billete para un viaje supuestamente feliz a un no lugar ignoto e imposible, vinculado a los *topoi* de la geografía escatológica que esos creadores de verdades impuestas construyeron al modo de aquellos objetos-discursos inanes que constantemente pasaban por la pantalla de la caverna platónica.

Pero de aquella oscura cueva hubo quien se escapó y persiguió la luz de la verdad, de la cultura y de la educación, *paideia*, y logró el conocimiento de esa verdad,

tan alejada del mundo en el que había vivido. Aquel prisionero cavernícola fue, en asunción de su esencia ontológica, solidario y partió de la luz de nuevo a la oscuridad a contar a sus congéneres la mentira en la que vivían y educarlos en la verdad que él había descubierto. Su final fue trágico.

Todo esto me llevó a intentar descubrir si en la España de la Alta Edad Moderna, ante este ambiente de cerrazón, de cosificación y de alienación social, hubo alguna persona o grupo de personas que no admitiera esta coerción institucionalizada y generaran un discurso, una ideología, vinculada a la defensa de la dignidad del ser humano, que fuera capaz de trastocar el asfixiante «orden de las cosas» establecido a sangre, fuego y mucho miedo.

Parecía obvio que sería en la dirección de los heterodoxos ya conocidos a los que debía apuntar mi investigación. Aunque estos en ocasiones no generan un discurso racional, su heterodoxia es un grito de protesta a la sinrazón impuesta que, en no pocas ocasiones, seguía proponiendo lugares ignotos del más allá al tiempo que más coerción. Había que buscar un discurso más o menos elaborado y que tuviera un compromiso consciente con la *dignitas hominis*, al tiempo que un alejamiento radical de la *miseria hominis* a la que lo había abocado el «orden de las cosas» impuesto, un compromiso que siempre pasa por la reivindicación del *ethos* connatural del ser humano, la vida en la tierra. En este sentido y tras un análisis de los alumbrados del barroco sevillano me topé con la Congregación de la Granada.

Fue durante el estudio e investigación de esta Congregación, de sus hombres y mujeres, cuando me di cuenta de la importancia que había tenido en la *Christianitas* el pensamiento profético-apocalíptico y, muy especialmente, el pensamiento medieval que procedía de la extraordinaria obra de exégesis bíblica del calabrés Joaquín de Fiore (ca. 1130-1202) que tanto influyó en estos congregados sevillanos.

Su filosofía de la historia se basaba en un progreso histórico de la sociedad hasta culminar en un tiempo final, que denominó la Edad del Espíritu, en el que imperaría la educación, la libertad, la justicia social, la amistad universal y la felicidad no en un paraíso ignoto e imposible que había que ganar ajustándose a lo impuesto por los creadores y administradores de la divinidad en la vida terrena, sino aquí en la tierra, la salvación sería del hombre por el hombre en su hábitat natural, en su *ethos* esencial, en la tierra que sustenta, abraza y ciñe a los seres humanos.

Entre esos hombres y mujeres que constituían la Congregación de la Granada se incluía Francisco Pacheco, quien no tardó en educar a su pupilo, Velázquez, en estas creencias que el extraordinario y genial

pintor sevillano jamás abandonaría. Había que estudiar, además de a la Congregación, a estos dos artistas pues existía la posibilidad, como así fue, de que en su obra pictórica reflejaran el rico y humano, nunca demasiado humano, pensamiento que los absorbió durante toda sus vidas.

En un principio pensé que por coherencia debía escribir una obra en dos tomos, por un lado el que debía estudiar la genealogía de la ideología revolucionaria, que es de origen medieval, que asumió la Congregación de la Granada, así como el desarrollo de esta a lo largo del siglo de su existencia (1541-1643). Por otro lado, el segundo volumen debería contener, por su extraordinaria importancia, el análisis de la obra de estos dos pintores, fundamentalmente la de Velázquez.

Por razones que no incumben ahora tuve que enviar en diciembre de 2020 a la editorial de la Universidad de Sevilla el primer tomo relativo a la Congregación de la Granada, que vio la luz en junio de 2022, al que me permito remitir al lector pues, a mi juicio, es propedéutico para llegar a una mejor comprensión del pensamiento y el arte de Velázquez, ya que abunda en el fondo ideológico que movió sus pinceles. Ahora, al inicio de este volumen haré un breve resumen que, desde luego, no será suficiente para enmarcar el contexto ideológico en el que vivió el gran genio sevillano, por lo que, en ocasiones, más de las que quisiera, cuando lo considero especialmente importante, enviaré al lector por medio de notas a pie de página a esa obra.

Soy consciente de la importancia del tema aquí tratado, pues Velázquez es una figura de dimensiones planetarias. Y, también, de la escasez de fuentes directas que pudieran arrojar luz sobre este aspecto del pintor de Felipe IV, sobre todo cuando hablamos de pensamiento, ideología y su expresión artística por medio de un lenguaje pictórico hermético, cuando sabemos que Velázquez no dejó ninguna prueba palpable o evidente que pudiera acercarnos siquiera superficialmente a su pensamiento.

Pero, a pesar de la escasez de fuentes escritas archivísticas, ¿debe el historiador renunciar a llegar a comprender los sueños de los protagonistas de la historia humana? Sobre todo cuando es evidente que, como afirma Marjorie Reeves, una de las mayores especialistas en Joaquín de Fiore: «men's dreams are as much a part of history as their deeds». Evidentemente no, no renunciaré a ello, y menos cuando se trata de un creador de la talla de Diego Velázquez que supo dejarnos explícito su pensamiento no mediante una forma convencional, porque no podía debido a su heterodoxia, sino a través de su magnífica obra artística, escondido, enmascarado y disimulado en un lenguaje críptico que en el presente estudio intentaré descifrar.

# Introducción

## 1. LA CONGREGACIÓN DE LA GRANADA

El 6 de junio de 1623 se promulgó en Sevilla el «edicto de gracias» de la Inquisición dirigido a los alumbrados del arzobispado mediante el cual se les instaba a que en un plazo de un mes acudiesen al Santo Oficio de Sevilla a autodenunciarse. Fueron los frailes de la orden de santo Domingo quienes estuvieron detrás de este «edicto» y quienes se vanagloriaban de haber descubierto «esta secta infernal». El citado «edicto» censuraba ciertas prácticas alumbradas heterodoxas que se explicaban en el mismo para que el lector pudiera comprobar si incurría o no en algunas de ellas e impulsarlo así a la autodenuncia.

A raíz de esas autodenuncias comenzó una investigación en gran medida llevada a cabo por consultores inquisitoriales dominicos, entre los que destacaron fray Domingo Farfán y fray Juan de los Ángeles, mediante la cual se llegó a descubrir la secta de la Congregación de la Granada a la que Farfán calificó de «máquina monstruosa», cuyos miembros fueron los artífices, más o menos en la sombra, del movimiento masivo inmaculista, en principio, sevillano y luego de toda la monarquía y aun del mundo católico, que levantó a la ciudad de Sevilla para pedir la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción.

En aquella «guerra mariana» que se suscitó en Sevilla apenas hacía un lustro y a pesar de que el dogma no fue finalmente declarado, los dominicos fueron los grandes perdedores, pues desde el papado se les obligó a silenciar sus posiciones antiinmaculistas. Desde entonces se la tenían jurada a los miembros de la Congregación. Ahora, con su participación activa en la elaboración del «edicto de gracias» inquisitorial, había llegado el momento de tomarse la revancha en lo que sería una «venganza dominica».

En su investigación los dominicos y los inquisidores aislaron las doctrinas, que ya podríamos señalar como profético-apocalípticas con matices mesiánicos y milenaristas, que profesaban los miembros de la Congregación de la Granada, que nada se parecían a las recogidas en el «edicto» adjudicadas a los alumbrados, y que aquí resumo con la advertencia de que considero importante tenerlas en cuenta pues son fundamentales para comprender a Francisco Pacheco y a Diego Velázquez ya que ambos, pero sobre todo de una forma directa el primero que fue miembro de la Congregación de la Granada y discípulo del tercer líder de la misma, estuvieron

imbuidos de estas creencias que en gran medida van a reflejar, aunque de una manera muy particular, a lo largo de toda su producción artística:

- a) Que nunca faltaría un cabeza o líder de la Congregación hasta el fin del mundo.
- b) Que los sucesores del cabeza heredarían su espíritu, que es el de Jesucristo. Habría una señal para detectar quién sería este sucesor a través de una manifestación por una cita en las Escrituras que «sin discurrir en él» se hallaría aplicada a esa persona.
- c) La Congregación de la Granada tenía un «secreto singularísimo» reservado a sus cabezas; si bien, estos podían transmitirlo a seis personas denominadas «del particular espíritu», igualmente singularizados por señales divinas que, como ocurría con el cabeza, vendrían determinadas por un lugar o cita de las Escrituras. Estos elegidos, sabedores del secreto, eran predestinados por una particular revelación al jesuita, y segundo cabeza de la Congregación, Rodrigo Álvarez; además, debían tener por profeta al tercer cabeza de la Congregación, el clérigo secular Hernando de Mata. Si el cabeza tenía el espíritu de Jesucristo, los del particular espíritu tendrían el espíritu de los apóstoles. Independientemente de esto, Hernando de Mata llamaba al fundador y primer cabeza de la Congregación, el cerrajero jerezano Gómez Camacho, espíritu de Jesucristo y de la Iglesia católica. Igualmente, el propio Mata decía de Catalina Ximénez, mujer de Gómez Camacho, que a su almohadilla se debía más que a todos los de la Iglesia. Asimismo, los congregados tenían como particular observancia que Hernando de Mata había de ser canonizado y que se sabía el nombre del pontífice que lo canonizaría.
- d) Los congregados tenían como particular observancia y como profecía de Gómez Camacho que cuando se consiguiese la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, los miembros de la Congregación de la Granada reformarían la Iglesia. Ni que decir tiene que esta profecía del singular cerrajero es fundamental para entender la *actio* de estos profético-apocalípticos, dirigida a la búsqueda de la aceleración de la historia que desembocaría en una época de felicidad generalizada vinculada a la proclamación del dogma inmaculista.
- e) Que cuando llegase el fin del mundo y en el tiempo del Anticristo, cuya aparición era por tradición profética inmediata a ese final, «los que fueren vivos de esta Congregación han de morir mártires por la confesión de la fe y del evangelio de Nuestro Señor Jesucristo». Por otro lado, los congregados ya fallecidos en el tiempo del Anticristo «han de resucitar para pelear contra el dicho Anticristo, de los cuales dicen

que se entienden literalmente aquellas palabras de San Pablo, *1 ad Thesalonicenses 4, 15: et mortui qui in Christo sunt resurgen primi*<sup>1</sup>.

Una primera impresión de estas doctrinas de la Congregación de la Granada nos remite a una tradición profético-apocalíptica medieval pues habla de reformar la Iglesia, de luchas cósmicas con el Anticristo, de un líder o *Novus Dux*, que no faltaría hasta el final de los tiempos y de participar de la primera resurrección de la que habla Ap 20, 1-6. Como ya demostré en mi citada monografía sobre la Congregación de la Granada, estas ideas, doctrinas e ideología entroncan, cuando no dependen, con las del calabrés Joaquín de Fiore (ca. 1130-1202), y con el joaquinismo de sus seguidores, además de con las de otro calabrés posterior y santo, Francisco de Paula (1416-1507), y de las revelaciones del portugués conocido como beato Amadeo de Silva (1420-1482), que en el fondo también forman parte en lo profético-apocalíptico y mesiánico de la posteridad espiritual del famoso abad de Fiore<sup>2</sup>.

Sin embargo, es preciso señalar una novedad originalísima como es esa voluntad de los miembros de la Congregación de la Granada, en la que destacaban «manchados» o «maculados» judeoconvertidos, de incidir mediante la *actio* en la aceleración de la historia por medio de una concepción proleptica de la historia objetivada en una reforma de la Iglesia que habría de entenderse como la instalación en la *universitas christiana* del tercer *status* joaquinista y, con ello, el advenimiento de la Edad del Espíritu, de la que hablara el gran abad de Fiore, que se llevaría a cabo una vez que se definiera el dogma de la Inmaculada Concepción. Esta novedad, la definición por Roma del dogma inmaculista como anuncio de la gran inflexión de la historia humana, inédita en el apocalipticismo europeo y nunca antes señalada por la historiografía, tuvo su origen en una profecía de Gómez Camacho, fundador de la Congregación de la Granada, considerado por sus miembros como profeta e incluso santo, que Bernardo de Toro, cuarto y último líder de la Congregación, y Mateo Vázquez de Leca, arcediano de Carmona en el cabildo catedralicio sevillano, enviaron tanto a la corte como al inquisidor general en noviembre de 1615 y que en su parte sustancial decía:

el dicho Padre Camacho, en vn rapto de su oración, y hablando el mismo Dios por él dixo muchas cosas que están

1. AHN. Inq. Leg. 2963. «El maestro fray Domingo Farfán. Historia de la fundación de la Congregación de la Granada».

2. Estos tres personajes manejaron conceptos profético-apocalípticos que de alguna manera también utilizaron los miembros de la Congregación de la Granada: Edad del Espíritu, *virii spirituales*, *intelligentia spiritalis*, papa angélico, Último Emperador del Mundo, etc.

escritas, y aprouadas en el Santo Tribunal de la Inquisición: y entre ellas vna fue decir, que la Virgen María Nuestra Señora, auía sido concebida sin pecado original, y que se escriuiesse assí; porque los años adelante auía de ser necessario este testimonio en la Santa Iglesia<sup>3</sup>.

## 2. JOAQUÍN DE FIORE, EL JOAQUINISMO Y LA EDAD DEL ESPÍRITU

Es probable que en ninguna otra parte de su largo comentario muestre mejor la ruptura de Joaquín con setecientos años de tradición exegética latina, que en el análisis de la descripción que el Apocalipsis hace del reino milenarista de Cristo y de los santos sobre la tierra. [...] Joaquín afirma que considerar el milenio como la futura edad sabática de la iglesia en la tierra es una *rationabilis opinio* no contraria a la fe<sup>4</sup>.

Por extraño y anticuado que nos parezca, hay que admitir –según la expresión de Kant– que el joaquinismo «da que pensar»<sup>5</sup>.

El pensamiento de Joaquín de Fiore ha sido considerado por muchos especialistas como revolucionario, si no en sí mismo, sí por la implicación que va a tener en muchos de sus infinitos seguidores<sup>6</sup>. Así Norman Cohn afirmaba que Joaquín fue «el inventor del nuevo sistema profético, el cual iba a ser el que mayor influencia ejerciera en Europa hasta la aparición del marxismo»<sup>7</sup>. En la misma línea Ernst Bloch señalaba que en el pensamiento del abad de Fiore se hallaba el espíritu del utopismo social cristiano revolucionario, de manera que «Fue el primero en fijar una fecha para el reino de Dios, para el reino comunista, y en exigir su observancia»<sup>8</sup>.

El filósofo alemán Karl Löwith subrayaba que las especulaciones de Joaquín de Fiore respecto de una consumación inminente de la historia «causó, debido a sus implícitas consecuencias revolucionarias, violentos conflictos en el seno de la Iglesia Católica»<sup>9</sup>. Del mismo modo, la profesora Marjorie Reeves, gran especialista en Joaquín de Fiore, observaba que algunas de las propuestas del abad «contienen las semillas de una peligrosa revolución contra la jerarquía establecida»<sup>10</sup>. Igualmente, Karl Mannheim, en su famosa e influyente obra *Ideología y utopía*, afirmaba:

El punto de inflexión de la historia moderna se llevó a cabo, en lo que se refiere al problema que nos interesa, en el momento en el que el «quiliarismo» (milenarismo) unió sus fuerzas a las exigencias activas de los estratos sociales oprimidos. La idea misma del alba de un reino milenarista sobre la tierra ha contenido siempre una tendencia revolucionaria y la Iglesia hizo todo lo que estaba en su poder para paralizar con todos los medios a su alcance esta representación trascendente de la realidad. Esta doctrina, que renace de forma intermitente, reapareció así, entre otros, en Joaquín de Fiore; sin embargo, todavía pensada por él como revolucionaria. Pero con los Husitas, luego con Thomas Müntzer y los Anabaptistas, se transformó en un movimiento activo como resultado de algunos específicos estratos sociales<sup>11</sup>.

Por último, el propio Henry Mottu en un estudio brillante sobre la última e inacabada obra del abad, ha llamado en sus conclusiones al tiempo inaugurado por Joaquín «Lera teológica della rivoluzione»<sup>12</sup>.

Joaquín expuso su pensamiento por medio fundamentalmente de sus cuatro obras consideradas más importantes: *Liber concordie novi ac veteris Testamenti*, *Expositio in Apocalypsim*, *Psalterium decem chordarum* y la inacabada por sobrevenirle la muerte *Tractatus super quatuor euangelia*<sup>13</sup>. Las tres primeras obras en realidad forman un todo, de manera que algunas de ellas las escribió de forma simultánea exponiendo el núcleo de su pensamiento basado en la exégesis bíblica y en la concordia de los Testamentos. En ellas expondrá su especial filosofía de la historia y su búsqueda de correspondencia o concordia entre los dos Testamentos, de manera que hechos históricos, etapas temporales y personajes del Antiguo se corresponden con hechos, etapas y personajes del Nuevo Testamento.

Al mismo tiempo, estas circunstancias prefigurarían hechos, tiempos y personas en una tercera etapa que se corresponde con los últimos días de la historia de la humanidad, una etapa que Joaquín y todos sus seguidores profético-apocalípticos, independientemente del tiempo en que les toque vivir, consideran que es la que están viviendo. En el *Liber concordie* expone su filosofía de la historia dividida en tres etapas que culmina en la Edad del Espíritu, mientras que en la *Expositio* el abad hace una peculiar interpretación del *Apocalipsis* que se convierte en clave hermenéutica de toda su exégesis bíblica. En el *Tractatus*, la más radical de sus obras y la última, presenta su esquema de la

3. AHN. Inq. Leg. 2957/2. «Memorial de Bernardo de Toro y Mateo Vázquez de Leca».

4. McGinn (1990: 168-169).

5. Lubac (1988: 443).

6. Sobre la posteridad espiritual de Joaquín de Fiore puede verse, entre otros, Lubac (1989) y McGinn (1990).

7. Cohn (1989: 107).

8. Bloch (1970: 137).

9. Löwith (1958: 207).

10. Reeves (1993: 138).

11. Mottu (1983: 273) cita la obra de Mannheim en su edición francesa corregida, París: 1956, 154-155. Debo advertir que hay una edición en español, México: FCE, 1978.

12. Mottu (1983: 273-291).

13. Para una bibliografía razonada de Joaquín de Fiore, *vid.* Reeves (1993: 511-524), se trata del Apéndice A titulado «The genuine and spurious works of Joachim».

historia por medio de los cuatro Evangelios que desarrollan y agotan de forma progresiva etapas de la historia cuyo fin es el descanso sabático.

Igualmente habría que citar el *Liber figurarum*, un libro con dibujos e imágenes que son utilizadas para ilustrar las ideas desarrolladas por el abad en el conjunto de su obra. Sería por tanto la expresión gráfica de su pensamiento, de ahí que fuera muy difundido. En este *Liber* se incorpora su *Dispositio novi ordinis pertinens ad tertium statum ad instar supernae Jerusalem*, en el que Joaquín representa la estructura de la sociedad tal como quedaría una vez llegado el último eón de la humanidad, el tercer *status* o la Edad del Espíritu<sup>14</sup>.

Es necesario citar una obra menor pero que adquiere una gran importancia puesto que estaba generalizado en el pensamiento apocalíptico que los judíos debían convertirse en el *eschaton*. Se trata de *Adversus Iudeos*, en la que Joaquín, apoyado en Pablo, Rm 11, 25-26, quien había augurado que Israel se salvaría, no solo estaba convencido de esto sino que judíos y gentiles transformarían el mundo y terminarían por reunirse, en una síntesis admirable, en un solo rebaño, por lo que estableció esta condición como inexcusable para el advenimiento de un nuevo tiempo de felicidad en la tierra, su famosa Edad del Espíritu, en la que resplandecería una sociedad compuesta por un hombre nuevo fruto de la mezcla de los descendientes de los dos hijos de Noé, Sem como padre del pueblo judío y Safet progenitor de los gentiles<sup>15</sup>.

Por último, habría que citar también dos obras que se adjudicaron a Joaquín sin ser él realmente su autor. Son pseudojoaquinitas, mucho más radicales en sus presupuestos que las del abad y que junto con las obras de Joaquín estuvieron presentes en el ambiente profético-apocalíptico y mesiánico de la Sevilla de los siglos XVI y XVII en el que se revitalizan las ideas joaquinitas por medio de la Congregación de la Granada.

Se trata del *Super Hieremiam* y el *Super Esaïam*, obras que se adjudican a seguidores de Joaquín pertenecientes a la Orden Florense, por él fundada, aunque las divulgadas ediciones del siglo XVI se deben a un grupo de agustinos venecianos dirigidos por Silvestro Meuccio<sup>16</sup>.

14. Reeves y Hirsch-Reich (1972).

15. Vid. Abbatis Joachim [Fiore, Gioacchino da] (1957).

16. González Polvillo (2022a: 31 n. 41). El volumen de las obras pseudojoaquinitas venecianas conservado en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, que perteneció al Colegio de San Hermenegildo de Sevilla, lleva el exlibris del «P[ater] Joseph[us] de Aldrete», jesuita y discípulo del líder de la Congregación de la Granada Hernando de Mata, vid. González Polvillo (2022a: 257).

### 3. LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE JOAQUÍN DE FIORE

El abad de Fiore ha sido considerado como el más grande autor apocalíptico medieval. Entiende la historia como un plan de salvación divina que se desarrolla en tres etapas de progreso humano que se consuman hasta llegar a un tiempo final de armonía, de paz y felicidad. La exégesis de las Escrituras será fundamental para alcanzar a comprender este plan. Joaquín presenta una división de la historia en tres etapas, épocas o edades que suele llamar estados, *status*, que se corresponden con tres edades: la Edad del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. La sucesión de las tres edades o *status* no sería encadenada, sino que el comienzo de un *status* tendría lugar al final del anterior pero no una vez concluido este, de manera que al final de uno este se solapa con el siguiente.

El abad de Fiore fija por medio de las Escrituras sus delimitaciones con relación al despliegue trinitario. La Edad del Padre, puesta bajo la ley, se desarrollaría desde Adán a la primera venida de Cristo; la Edad del Hijo, puesta bajo la gracia, comenzaría con Cristo; sin embargo, era más difícil determinar su final, aunque Joaquín lo presentaba muy cercano, es más, sería inminente; así será, independientemente de la época en que viva, para todo profético-apocalíptico que se precie. Por consiguiente, la última época del mundo, la que traería la igualdad y la paz social en la tierra denominada Edad del Espíritu, puesta bajo una mayor gracia, estaba a punto de iniciarse, por lo que Joaquín y muchos de sus seguidores en el tiempo y el espacio se sintieron instalados en la antesala del sábado de la felicidad, a las puertas de la Edad del Espíritu.

### 4. EL APOCALIPSIS Y LA ESPERANZA MILENARISTA

El pensamiento profético-apocalíptico oprimido por la confesionalización del Estado, el disciplinamiento, cuando no la alienación social, terminó por generar poco a poco una «ideología revolucionaria»<sup>17</sup> que, basada en los presupuestos ontológicos que definen al ser humano y expresada con argumentos de su propia enculturación dogmática, fijó el comienzo de un mundo mejor y más libre al que el abad de Fiore llamó «Edad del Espíritu».

En el lenguaje hermético y simbólico del *Apocalipsis* se alude al juicio final, aunque previamente se producirán en la tierra grandes tribulaciones, tormentos y amarguras para dar paso a la aparición y descenso de

17. Cohn (1989: 18).

Tabla 1. El paradigma ternario de la historia de Joaquín de Fiore. Mottu (1983: 206)

	Sujetos	Iniciadores	Símbolos	Calificaciones
<i>Primus status</i>	<i>Ordo coniugalis</i>	Moisés	Abrahán	<i>Senum maturitas</i>
<i>Secundus status</i>	<i>Ordo clericalis</i>	Cristo	David Ezequiel Juan Bautista	<i>Iuvenum patientia</i>
<i>Tertius status</i>	<i>Filii spirituales o monastica religio = ordo spiritualis</i>	San Benito > Elías	José Samuel Salomón Daniel Juan Evangelista San Benito	<i>Sinceritas puerorum</i>

Tabla 2. Símbolos de las edades joaquinitas<sup>18</sup>. *Liber concordie*, fol. 112r

Primera Edad	Segunda Edad	Tercera Edad
Sujetos a la ley	Sujetos a la gracia	Mayor gracia
Conocimiento	Autoridad por la Sabiduría	Perfección por el entendimiento
Cadenas del esclavo	Servicio de un hijo	Libertad
Exasperación	Acción	Contemplación
Miedo	Fe	Amor
En servidumbre de esclavo	En libertad	En amistad
Edad de los viejos	De la juventud	De los niños
Luz de estrellas	Luz de luna	Luz del sol
Invierno	Primavera	Verano
Otoño de una planta	Rosas	Lirios
Produce hierba	Produce tallos	Produce trigo
Agua	Vino	Aceite [y vino]

la Nueva Jerusalén, Ap 3, 12, y con ella el Reino Milenario de Cristo en la tierra conocido como el Milenio, mil años de paz, de justicia, de felicidad en la tierra. Una doctrina extraordinariamente extendida y que será conocida como milenarismo o quiliasma. De forma general el milenarismo se traduce principalmente por la creencia de que<sup>18</sup>:

18. West y Zimdars-Swartz (1983: 30). Aclaremos que Joaquín establece en el *Liber concordie* a los viejos como símbolo de la tercera edad. Pero esto no será siempre así. De ahí que subraye aquí la importancia de los niños como símbolo anagógico de la Edad del Espíritu joaquinita –especialmente con Jesús Niño– porque así lo expresará el abad en múltiples lugares, sobre todo en su *Tractatus*, vid. Mottu (1983: *passim*), especialmente en p. 104, cuando al comentar el pasaje de Lc 2, 25-30 Joaquín alude al *Nunc Dimittis* de Simeón. También hemos señalado como símbolo de la tercera edad el aceite, tal como establece el *Liber concordie*, aunque igualmente hemos subrayado el vino –que superará al agua tal como se vio en Caná– como símbolo de la *intelligentia spiritualis* que

[...] antes del juicio final y del fin del mundo, tendrá lugar una primera resurrección solo de los justos que, por espacio de mil años, gozarán junto con Cristo de felicidad y de gran abundancia de todos los bienes en la Jerusalén celestial descendida sobre la tierra<sup>19</sup>.

Esta creencia milenarista está inspirada en la doctrina judía que fundaba su esperanza en un reino mesiánico. Este carácter sincrético justifica la cantidad de seguidores descendientes de judeoconvertos que tendrá, como lo fueron Pacheco y Velázquez, y que se argumenta en Ap 20. Según este, el ángel del Señor encerrará a Satán durante mil años, aunque transcurridos será soltado por breve tiempo. Luego, en Ap 20, 4-6, se describe la primera resurrección que afecta solo a los elegidos,

advendrá en la Edad del Espíritu, tal como se establece en el *Tractatus*, vid. Mottu (1983: 187-188).

19. Simonetti (2010: 1442).

los muertos por la fe y los justos que resucitan para gozar con Cristo y bajo un estatus especial de carisma sacerdotal, un periodo de mil años de igualdad social, de justicia, de solidaridad, de amistad, de amor y felicidad ¡en la tierra!, es decir, lejos de los *topoi* escatológicos, ignotos e imposibles, a los que la sociedad moderna, sometida a una terrible sumisión dóxica, estaba coercitivamente abocada a trascender.

Sin embargo, tras la liberación de Satanás en forma de Anticristo, se librará una batalla cósmica entre las fuerzas del mal de Gog y Magog y los «santos de la Ciudad amada» que terminará con la derrota de las fuerzas del mal. Será entonces cuando tenga lugar la resurrección universal y el juicio final. En Ap 21 se describe la Nueva Jerusalén, esa ciudad amada de los santos, los elegidos y justos que disfrutaron de la primera resurrección que, debido al carácter cíclico de la exposición de Juan, algunos autores colocaron antes y otros después del milenio<sup>20</sup>.

No todos se instalaron en este pensamiento. El influyente Agustín de Hipona no creyó en el milenarismo, todo lo contrario, lo combatió, pues, según el obispo africano, el Milenio estaba ya establecido en la tierra desde la venida del Mesías con un fin que se vinculaba a la parusía. Frente a este pesimismo instalado en el cristianismo surgió la esperanza del movimiento profético-apocalíptico<sup>21</sup>. En efecto, sobre esta idea tremendamente pesimista, se opuso el optimismo de Joaquín de Fiore quien profetizó que al final de la segunda edad surgiría un nuevo *ordo* de hombres espirituales, *virii spirituales*, quienes asumirían una comprensión espiritual de las

20. Según Töpfer (1992: 19) con el concepto milenarismo «no se debe entender exclusivamente las expectativas de futuro en el sentido de la constitución de un dominio directo de Cristo sobre la tierra durante mil años, tal como, por ejemplo, se predice en el *Apocalipsis* de Juan. Al contrario, se reconoce aquí bajo el concepto de 'milenarismo' todas aquellas visiones medievales del futuro en las que se expresa la esperanza de la instauración de un estado ideal ya en esta tierra».

21. La autoridad de Agustín, su negación del Milenio objetivado en un reino de felicidad en la tierra, así como el refuerzo de este pensamiento antimilenarista por parte de Tomás de Aquino, cuando en su *Summa Theologica* (S.Th. q. 106 a 4s2) afirmaba que «queda excluida la vana ilusión de algunos, los cuales querrían decir que se debe esperar otro tiempo del Espíritu Santo», y su vigencia actual que se puede ver en la *Biblia de Jerusalén* que utilizo en este estudio en la que el editor, al comentar en nota el párrafo correspondiente a Ap 20, 4 relativo a la primera resurrección y al Milenio de felicidad en la tierra, afirma: «Esta "resurrección" de los mártires (cf. Is 26, 19; Ez 37) es simbólica: es la renovación de la Iglesia después de la persecución romana, renovación que durará lo que el cautiverio del Dragón. Los mártires que esperan bajo el altar, 6, 9-11, son ya felices desde ahora con Cristo. Así pues, el "reino de mil años" es la fase terrestre del Reino de Dios, desde la caída de Roma hasta la venida de Cristo, 20, 11 ss. Para San Agustín y muchos otros, los "mil años" comienzan con la resurrección de Cristo; en ese caso, la "primera resurrección" designaría al bautismo, cf. Rm 6, 1-11; Jn 5, 25-28. Una corriente de la tradición, ya desde la Iglesia antigua, interpretó este versículo a la letra: después de una resurrección real, la de los mártires, Cristo volvería a la tierra para un reinado feliz de mil años en compañía de sus fieles. *Este milenarismo literal nunca ha gozado del favor de la Iglesia*». La cursiva es mía.

Escrituras, una *intelligentia spiritualis*, tras la cual y alternando la *actio* y la *contemplatio*, la vida activa y la contemplativa, en ese final del tiempo, en el *Interim*, es decir, en el espacio temporal entre el final inminente de la segunda edad y el inicio de la tercera, realizarían la conversión mundial por medio de la preparación, la *paideia* o la educación<sup>22</sup>.

Esta educación debería permitir la generalización de esa *intelligentia spiritualis* en la masa social de seres humanos, provocando así el advenimiento de la Edad del Espíritu, una especie de Pentecostés universal, «iluminación de todos en una democracia mística»<sup>23</sup>, generado por la propia confianza del ser humano en sí mismo que daría como resultado una universalización del entendimiento, es decir, de la verdad de las cosas, *aletheia*, proporcionada por una inspiración pneumática que solo puede darse mediante la educación, cuya expresión objetiva será la forma evangélica del *unum ovile et unus pastor* de Jn 10, 16, que permitiría un periodo de paz, igualdad, solidaridad, justicia y felicidad ¡in terrae!

Un análisis de las informaciones de los consultores inquisitoriales dominicos y de la propia Inquisición, así como de un buen número de epístolas recibidas en Roma por el último cabeza de la Congregación, Bernardo de Toro, me llevó a detectar la enorme influencia del pensamiento profético-apocalíptico y mesiánico de Joaquín de Fiore, del joaquinismo y del pseudojoaquinismo, pensamiento espiritual y antropológico del abad que, en definitiva, está inserto en una tradición de lo que podríamos llamar *vindicatio de hominis dignitate*.

Una tradición que vio en el pensamiento del célebre abad, en su potencialidad revolucionaria capaz de susstraerse de la asfixiante sumisión dóxica impuesta, que nadie puede negar, un reflejo especular en el que se han mirado, y aún se miran, muchos seres humanos que anhelan y sostienen, si se me permite, una «esperanza kantiana» en ellos mismos, con un anhelo de lograr algún

22. Los seguidores de Joaquín de Fiore son infinitos, muchos de ellos vieron y siguen viendo en la EDUCACIÓN la clave de la «salvación» del mundo. Ahí está por ejemplo el escritor ilustrado Gotthold Lessing (1729-1781) cuando afirmaba con relación a «algunos fanáticos de los siglos XIII y XIV»:

Quizá no fuera una ocurrencia vana su tercera edad del mundo, y ciertamente no tenían ningún mal propósito cuando enseñaban que la Nueva Alianza quedaría anticuada igual que lo quedó el Antiguo Testamento. Ellos mantenían una misma economía de un mismo Dios: siempre –para decirlo con mi lenguaje– el mismo plan de la educación general del género humano.

Solo que lo aceleraron, solo que creyeron poder convertir de golpe a sus contemporáneos, salidos apenas de la niñez, sin ilustración ni preparación, en varones dignos de esa su tercera edad (1982: 592-593).

23. Así la llamó Ernst Bloch, tal como lo cita Bernhard Töpfer, para quien es posible que Joaquín tuviese esta opinión al estar convencido de que el tercer *status*, como introducción al juicio universal, tendría una brevísima duración. *Vid.* Töpfer (1992: 85).

día la organización armónica de una sociedad humana en la tierra basada en el desarrollo y expansión de los presupuestos esenciales que conforman la ontología del ser humano. Entre ese grupo de esperanzados, utópicos y maravillosos seres humanos se encuentran algunos miembros destacados de la Congregación de la Granada de Sevilla quienes, aferrados a los presupuestos joaquinistas, así como a la excepcional profecía de la Inmaculada Concepción, a pesar de la asfixiante enculturación, de la cosmovisión y del «orden de las cosas» en el que habían nacido y se habían criado, intentaron evadir la durísima cerrazón imperante en el reino de la «razón trascendente».

Entre ese grupo de sevillanos educados y militantes de estos presupuestos, aunque, como se verá, trufados

con el rico pensamiento sincrético de la Familia del Amor introducido por Arias Montano, subrayo aquí a los pintores Pacheco y su discípulo Velázquez, cuyo pensamiento manifestado mediante un lenguaje artístico críptico en sus obras pictóricas intentaré desvelar en las páginas siguientes.

Comenzaré este análisis por el pintor Francisco Pacheco, un judeoconverso profético-apocalíptico miembro de la Congregación de la Granada y educado en el sincretismo y el nicodemismo de la Familia del Amor por su tío y los amigos de este. Un rico universo ideológico, basado en la *dignitas hominis*, en el que se fraguará la extraordinaria personalidad de su discípulo y yerno, el también judeoconverso Diego Velázquez.



Primera parte  
Pacheco: un maestro para la vida



# Capítulo I

## Francisco Pacheco y la Congregación de la Granada

### 1. EL LIBRO DE VERDADEROS RETRATOS: UN CONJUNTO ICONOGRÁFICO DE VIRI SPIRITUALES O «CRUCÍFEROS» DEL EJÉRCITO APOCALÍPTICO DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada; porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: *Ha sido contado entre los malhechores.*

Porque lo mío toca a su fin.

(Lc 22, 36-37)

*Si me articulus dierum istorum de quibus loquimur in carne repererit adhuc manentem, militiam bonam pro fide Christi militare concedat, et una cum Christi confessoribus qui tunc erunt, ad regna caelestia pervenire. Amen! Amen! Amen!*

(Abbatis Joachim 1527: 1. 5, c. 119, fol. 135.4)

En la última página de su *Liber concordie*, Joaquín de Fiore pedía encarecidamente a sus lectores que rogasen a Dios por él para que:

Si un momento de los mismos días de los cuales estamos hablando, me encontrara todavía con vida, me conceda militar en la buena milicia por la fe de Cristo, y junto a los confesores de Cristo que entonces habrá, de llegar a los reinos celestiales, ¡Amen!, ¡Amen!, ¡Amen!

Joaquín implora, seguramente en términos simbólicos pero que será algo que tendrá una gran repercusión en Francisco de Paula y los congregados sevillanos, poder militar, llegado el fin de los tiempos, en la milicia de Cristo vinculada al ejército de los *virii spirituales* que participarán en la batalla de orden cósmico de los últimos días y a los que Paula llamará «Crucíferos».

En septiembre de 1631, un buen amigo de Francisco Pacheco, compañero en la Congregación de la Granada, el poeta don Juan Infante de Olivares, le escribía una carta al pintor por la que le enviaba unos versos dedicados a la muerte del segundo cabeza de la Congregación de la Granada, Hernando de Mata. Una carta que, por cierto, firmaba acompañándose del adagio popularizado por Erasmo *usque ad aras amicos* y en la que afirmaba:

El sentir bien, no es exagerar, quando por tantos títulos se deue tanto a vm, ya ilustrando nra. nación con lo continuo de sus líneas, i eleçion dellas, i de sus escritos; ya sacando a mejor luz de las confusas sombras del oluido los Heroes sevillanos, sin perdonar a nros ojos sus verdaderos tipos, ni al dolor que creçe mas quanto se reconoce su falta, que oi viuen inmortales dos veces, assi por los deseos, como por la erudiçion de su adorno<sup>24</sup>.

El *Libro de verdaderos retratos* de Francisco Pacheco, conservado en la biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid, en el que el pintor salvaba «del oluido los Heroes sevillanos» quienes desde entonces «viuen inmortales dos veces» será entendido, tratado y mostrado en el presente trabajo como un conjunto de retratos de eternos sevillanos componentes de una última orden de *virii spirituales*, *Milites Christi* o soldados «Crucíferos» de los últimos días, cuya misión profético-apocalíptica estaba ya definida desde las profecías de los calabreses Joaquín de Fiore y Francisco de Paula en las que Pacheco, miembro de la Congregación de la Granada, creía con la misma firmeza y seguridad con la que juzgaba que el sol salía todos los días.

El *Libro* se compone en la actualidad de 56 retratos; de ellos, 45 llevan un marco en cuya parte inferior se observa en letra capital el nombre del personaje retratado y en la superior un mote bíblico que de alguna manera se pone en relación con este y que no deja de recordarnos su similitud con los miembros elegidos de la Congregación de la Granada, que eran señalados como tales mediante una cita bíblica aplicable a esa persona<sup>25</sup>. Se incluye también un elogio a manera de biografía del retratado mostrando así una gran coherencia ecrástica que, según la especialista Cacho, se agregaría cuando el personaje en cuestión había fallecido<sup>26</sup>.

El propio Pacheco en el *Arte de la pintura* afirma que estos retratos pintados a «lápiz negro y roxo» pasaban de ciento setenta, aunque se podía «entresacar de todos hasta ciento, eminentes en todas facultades», de los que el pintor afirma: «atreviéndome a hacer algunos de mujeres». A pesar de ello, para Bassegoda el *Libro* tal como se conserva en la actualidad, con los 56 retratos, está completo tal como lo habría cerrado el pintor, opinión que es desde luego controvertida<sup>27</sup>.

24. Francisco Pacheco. Ms. Span 56 fol. 240. Houghton Library, Harvard University, Cambridge. Entre los versos que Infante enviaba a Pacheco se encontraba el titulado: «A la Muerte del P. Fernando de Mata, Benerable varón perfecto, i apostolico sacerdote insigne. Por el afecto de Don Juan Infante de Oliuares Patrono de S. Claudio de Zamora su Hijo, i de Seuilla».

25. González Polvillo (2022a: 20).

26. Cacho Casal (2011: 116).

27. Pacheco (2009: 16 y 528). Para este autor, los 170 retratos serían borradores inacabados, así como simples pruebas los de mujeres a pesar de que Pacheco afirme que se podría entresacar del conjunto cien retratos

Aunque ha sido cuestionada, creo que debemos tener en cuenta la afirmación de Nicolás Antonio, quien en su *Bibliotheca Hispana Nova* (Roma, 1672) citaba el *Libro de verdaderos retratos*, del que señalaba que estaba encuadernado en un volumen y que contenía elogios de los retratados, aunque lo excepcional es que según el gran bibliógrafo sevillano el *Libro* lo «dedicó al conde duque de Olivares, en cuya biblioteca sin duda está oculto entre sus fondos»<sup>28</sup>. Asimismo, José María Asensio, poseedor del *Libro* desde 1864 hasta su muerte en 1905, hacía alusión a una copia manuscrita de los *Varones insignes* de Rodrigo Caro en el que se afirmaba que Pacheco:

Pintó las imágenes de los varones ilustres que él había conocido, lo cual alcanzó con su larga edad, poniendo a cada uno un elogio; las cuales, pintadas y encuadernadas en un volumen, remitió al Conde-Duque de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, que lo puso en su librería<sup>29</sup>.

Parece contradecir esta afirmación la que hace en 1677 Ortiz de Zúñiga en sus *Annales* sevillanos, cuando afirma de Francisco Pacheco que «iba formando vn libro de retratos, y elogios de personas notables de Seuilla, con elogios y breues compendios de sus vidas, de que he visto, y tenido algunos. Perdióse en su muerte, diuidiendose en varios aficionados»<sup>30</sup>. Pero, tal como advierte Cacho, habrá que tener en cuenta que Zúñiga escribe más de treinta años después de la muerte de Pacheco, en cuya fecha el analista tenía solo once años de edad<sup>31</sup>. Es verdad que esto contradice la última voluntad de Pacheco, quien, en su testamento, fechado el 10 de mayo de 1639, precisaba instrucciones concretas acerca del *Libro*:

Item declaro y mando que mi Libro de los retratos de yllustres barones se venda a quien le pagare mexor, sin apartarlos ni dividirlos, con sus memorias, relaciones y eloxios, por que no se pierda la memoria de tan insignes sujetos, y si pareciere mudar de parecer para mexorar este intento lo pueden hacer mis albaceas; y lo mismo se haga con los libros de estampas y con los demás libros de mano y de molde, para lo qual les servirá una memoria de tasación, que yo hice hacer a quien lo entendia<sup>32</sup>.

de personajes eminentes en todas las disciplinas. En definitiva, para este autor y editor «El *Libro* debería ser una operación de selección final sobre un material muy heterogéneo». *Ibid.* 528, n. 29. *Vid.* Bassegoda (1991: 186-196). Para Marta Cacho quien, como yo mismo, no coincide con Bassegoda, «la versión original del *Libro* tuvo que ser más amplia de la que hoy se conserva». *Op. cit.*, 135.

28. Cacho Casal (2011: 35, n. 50).

29. Asensio y Toledo (1886: 39). Cacho Casal (2011: 123).

30. Ortiz de Zúñiga (1677: 588).

31. Cacho Casal (2011: 135).

32. Salazar (1928: 159).

También esta cláusula señala una contradicción con lo afirmado por Nicolás Antonio con relación a que Pacheco ofreció el *Libro* al conde duque de Olivares quien lo tenía en su librería. Sin embargo, y a pesar de todo, tengo que hacer algunas consideraciones. Si Pacheco habla de más de 170 retratos y solo se han conservado 56, ¿qué pasó con los 114 restantes? Parece que el *Libro* al menos debió tener 100 retratos pues según palabras del pintor se podían «entresacar de todos hasta ciento».

Pacheco hace testamento en 1639, cuando el conde duque está todavía en el poder y cuando faltan aún cinco años para el fallecimiento del pintor, ¿no pudo enviarle el *Libro* de 100 retratos tras el testamento y que las láminas dispersadas en Sevilla tras la muerte del pintor de las que habla Ortiz de Zúñiga fueran las restantes hasta las 170? Al fin y al cabo se sabe que buena parte de la biblioteca del conde duque tras su muerte terminó en Sevilla. En efecto, parece que la idea de Olivares, tal como se desprende de su testamento, fechado el 16 de mayo de 1642, respecto de su impresionante biblioteca era que esta terminara en Sevilla adscrita a su mayorazgo de Sanlúcar la Mayor y más concretamente al convento jerónimo que el valido real proyectaba construir en su villa de San Juan de Alfarache<sup>33</sup>. Finalmente, un buen número de volúmenes recalieron en el Alcázar de Sevilla y tras la muerte del conde duque muchos de ellos fueron comprados por el convento del Santo Ángel de Carmelitas Descalzos de la ciudad<sup>34</sup>.

Bien pudo venir el *Libro de verdaderos retratos* entre estos libros, al fin y al cabo el rastro del *Libro* se pierde en Sevilla en la segunda mitad del siglo XVII y reaparece en 1827 en manos de Vicente Avilés, médico de la localidad sevillana de Fuentes de Andalucía, quien lo recibió en 1820 de un sevillano que lo poseía desde 1808. Finalmente fue comprado a los herederos de Avilés por el también sevillano José María Asensio en 1864.

Recientemente Jasienski ha aportado un interesante nuevo dato sobre la atribulada vida del *Libro de retratos* narrado en el expediente de informaciones sobre la vida de Fernando III conservado en el Archivo Vaticano. Al parecer el *Libro* fue robado en 1627 probablemente en Madrid, lugar en el que apareció cuando el que lo robó fue a vendérselo a la misma hija del pintor, Juana la mujer de Velázquez<sup>35</sup>.

33. Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares, *Clausulas del testamento cerrado, que otorgó el señor Conde Duque de Olivares, en esta Villa de Madrid, a 16 días del mes de Mayo de 1642, ante Francisco Suares de Ribera, Escritano del Numero de ella*. [Loeches: s.n., 1645], clausulas I y II, fols. 1r-v.

34. Todavía en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla se conservan 86 impresos y un manuscrito que provienen de la biblioteca de Olivares. Sobre la biblioteca del Conde Duque *vid.* Marañón (1936a), Andrés (1972 y 1973), González Sánchez (settembre-dicembre 2015: 235-270) y González Sánchez (abril 2012).

35. Jasienski (2020b).

Lo cierto es que una donación del famoso *Libro* por parte de Pacheco al conde duque de Olivares, compañero de tertulias e inquietudes culturales en Sevilla, ciudad en la que lo había retratado, no deja de tener visos de verosimilitud, pues el pintor siempre concibió su libro desde dos vertientes hermenéuticas: desde una lectura carnal o literal reservada a la masa social, como un conjunto de retratos de insignes varones, en gran medida sevillanos, dignos de ser recordados por la memoria colectiva de la ciudad; pero también desde una visión anagógica o profético-apocalíptica, destinada a los iniciados, como un inventario de retratos de los *virii spirituales*, los «Crucíferos», ese grupo de hombres que en los últimos días ubicados en el *Interim* debían realizar la transición a la tercera edad joaquinita y que llevarían a cabo la batalla cósmica contra las fuerzas de Gog y Magog, el Anticristo, en la Nueva Jerusalén en la que debería convertirse Sevilla. En este contexto, el conde duque, que era uno de ellos, se consideró a sí mismo y así fue asumido y aceptado por muchos como el *Novus Dux* profético que debía encabezar esas huestes apocalípticas. Su ascenso al valimiento de Felipe IV en 1621 le iba a proporcionar la mejor de las ocasiones para demostrarlo<sup>36</sup>.

Estas intenciones de Pacheco se hacen ya evidentes cuando observamos un grupo de siete retratos conservados en la Real Biblioteca que se corresponden con Juan Márquez de Aroche, Pedro de Mesa, Sancho Hernández, Pedro de Madrid, Licenciado Florentino de Pancorvo, Manuel Rodríguez y Antonio Vera Bustos. Este grupo ha sido considerado por Cacho, en función de su estilo y acabado menos elaborado, como una versión temprana del *Libro de verdaderos retratos*, aunque obviamente también pudieron ser bocetos previos a la versión más elaborada tal como vemos en el *Libro*.

En realidad, Cacho añade uno más perteneciente a esta época y características estilísticas que está incorporado a la versión conservada del *Libro*: se trata del retrato de Felipe II. Los siete retratados tienen elementos comunes: son sevillanos, artesanos y cuatro de ellos son expertos en la *verdadera destreza*, es decir, en el manejo de las armas blancas, todos seguidores del maestro y teórico de la destreza el también sevillano Jerónimo de Carranza (†1608), considerado por muchos como el padre de la esgrima en España<sup>37</sup>.

36. Sobre estos justos y santos *virii spirituales* de los últimos días *vid.* González Polvillo (2022a: 34-35), sobre la justificación de su asimilación a los «Crucíferos» tal como los entiende Pacheco y el conde duque de Olivares, *vid. ibid.* (2022: 52-55).

37. Cacho Casal (2011: 157), quien afirma: «La verdadera destreza... parece haber sido uno de los [motivos] que impulsó esta temprana colección de retratos y le confirió cierta cohesión».

Sin embargo, no debieron ser los únicos, pues cuando Pacheco realiza el elogio de Juan Márquez de Aroche, el primero de la serie según los describió Frederick W. Cosens, uno de los poseedores de este grupo de retratos en el siglo XIX, el pintor da a entender que había otros esgrimidores colocados antes que él en el manuscrito:

Quien hubiere leído tantos insignes varones profesores de la verdadera destreza, cuanto van puestos en esta descripción, antes de llegar al presente, no dudo que entienda que acabó el número de ellos, como en ellos acabó todo lo que en esta arte ay que alcanzar, mas hallando entre los dignos de memoria, i igual a todos los precedentes, a Juan Márquez de Aroche natural desta Ciudad, lo puse aquí<sup>38</sup>.

Incluso el propio Pacheco, quien si no profesor sí que fue aficionado a la verdadera destreza, por lo que no tiene nada de extraño, al hilo de la misión encomendada a estos *Milites Christi* o «Crucíferos» de librar la batalla cósmica final contra las fuerzas del Anticristo, entre los que sin duda se incluía, que tomase clase de esgrima y se incluyese él mismo en este grupo de esgrimidores que basaban su arte en la «Philosophia y Geometria», pudiéndose afirmar que la destreza era una «doctrina para letrados y hombres graves»<sup>39</sup>.

En este sentido, en el elogio al retrato del gran maestro Pedro de Mesa afirma que era «sin igual en la verdadera destreza, y a quien todos los aficionados a esta ciencia debemos lo bueno que se haze»<sup>40</sup>. Al parecer Pacheco, como practicante de la verdadera destreza, fue discípulo de don Francisco de Añasco, quien lo fue de Luis Méndez de Carmona, que a su vez lo fue de Carranza. El biógrafo del maestro, don Juan Ignacio de las Muñecas Marmontañó, afirmaba en su obra que Añasco «vio seguidas sus lecciones por multitud de discípulos, entre los que merecen especial mención el canónigo D. Ambrosio Domonte, Fray Jacinto de la Pila, religioso del Carmen, y el insigne Francisco Pacheco»<sup>41</sup>.

Cacho rechaza, por falta de pruebas definitivas, la para ella atractiva posibilidad de que Pacheco decidiera dedicar un apartado de su obra a los maestros de la *verdadera destreza*; es más, para esta autora entraña una gran dificultad establecer los motivos que llevaron a Pacheco a no incluir estos esgrimidores en la versión final del *Libro de verdaderos retratos*<sup>42</sup>.

Efectivamente, Pacheco no incluyó a ninguno de esos maestros esgrimidores en la versión del *Libro* tal

como ahora lo conocemos, puesto que, si estos siete destacan por ser artesanos y varios de ellos maestros de la *verdadera destreza* solo en el contexto sevillano, los incluidos en la versión final, aunque sevillanos como ellos, brillan por sus dotes intelectuales y casi todos fueron reconocidos más allá de los límites de Sevilla. Esto me lleva a pensar que Pacheco en un primer instante concibió su *Libro* como un catálogo de «Crucíferos» especializados en la espada y la daga quienes, bajo el mando del Último Emperador del Mundo, Felipe II, debían luchar en la inminente batalla cósmica final contra las fuerzas del Anticristo, todo ello ajustado al pensamiento apocalíptico de Joaquín de Fiore y sus seguidores, aunque en un primer momento interpretado por Pacheco de una manera más precisa a las características guerreras de una de las dos últimas órdenes del mundo que el célebre abad había profetizado<sup>43</sup>.

Una idea inicial que después sufrió un cambio radical cuando sin duda Pacheco concibió a estos *virii spirituales* o «Crucíferos» de los últimos tiempos más de acuerdo con las funciones adscritas a los componentes de la otra de esas últimas religiones o, cuando menos, compensó la composición de este batallón escatológico<sup>44</sup>.

En efecto, una de las ideas fundamentales de Joaquín de Fiore será la espera de nuevas órdenes de *virii spirituales* que serían enviados en los últimos días del mundo, *ad vesperum huius seculi*, es decir, al final de la sexta edad, *fine huius sextae aetatis*. En su inquietud por el destino de la sociedad, Joaquín de Fiore anuncia una conversión general, incluidos judíos y gentiles, a una nueva forma de entender la verdad, a una *intelligentia spiritualis* que permitiría el conocimiento de todas las cosas y por consiguiente una educación integral universal. Esto ocurriría en un tiempo de transición, *Interim*, al final de la sexta edad de la Iglesia, es decir, cuando está a punto de consumarse el segundo *status* joaquinita así como de incoarse el tercero, previo al advenimiento de la Edad del Espíritu, en el que se produciría una predicación universal así como una extraordinaria tribulación provocada por el Anticristo. Dios enviaría para ello unos intermediarios, *praedicatores veritatis sub tempore sexto*, quienes conseguirían educar a la población mundial con la transmisión de la inteligencia espiritual, alternando una vida activa y contemplativa, serían los *virii spirituales*<sup>45</sup>.

43. La genealogía y desarrollo de esta concepción del *Miles Christi* en Herrán (2005).

44. Sobre los «Crucíferos» vid. González Polvillo (2022a: 88-95 y 226-228).

45. González Polvillo (2022a: 52); Reeves (1993: 140; 141; 143 n. 7). Cita *Liber concordie*, fols. 16v, 19r, 21v, 67r-78v, 83v, 85v, 88v-90r, 103v, 115v, 133v; *Expositio in Apocalypsim*, fols. 49r, 64rv, 75r, 84r, 128v, 137r, 184v-187r, 196r, 209r, 217v, 222r.

38. *Ibid.* (155); Pacheco (1983: 241).

39. Chauchadis (1993: 74).

40. Pacheco (1983: 240).

41. Muñecas (1887: XII).

42. Cacho Casal (2011: 163).

Joaquín entiende a esta última orden del mundo como dos grupos de hombres, ambos *virii spirituales*, con distintas funciones en los tiempos últimos del *Interim* entre el segundo y tercer *status*. Unos llevarían una vida eremita y por tanto contemplativa, mientras que los miembros del otro grupo reportarían una vida activa. Ambos son representados por el abad con figuras binarias bíblicas como por ejemplo Moisés y Elías o Elías y Eliseo. La sevillana Congregación de la Granada asumirá este rol de última religión del mundo, dividirá sus funciones en relación con la *actio* y *contemplatio* y tipificará su misión con el gran profeta Elías y su discípulo Eliseo. Joaquín, en el ejercicio de su quehacer profético, insiste constantemente en la misión educadora de la última orden de todos los tiempos. Así lo hará, con nuevos datos sobre la misma, en la *Expositio in Apocalypsim*:

Porque se levantará una nueva orden que parece nueva y no lo es. Vestidos de negro y ceñidos con correa crecerán en fama y reputación. Proclamarán y defenderán la fe en el espíritu de Elías hasta el fin del mundo. Será la orden de los ermitaños que emulan la vida de los ángeles. Su vida será un fuego ardiente en amor y celo de Dios para consumir cardos y espinas, es decir, para consumir y extinguir la perniciosa vida de los malvados<sup>46</sup>.

Para Joaquín la vida de estos eremitas de las últimas órdenes será «como la lluvia que riega la superficie de la tierra en toda perfección, justicia y amor fraterno». Una de esas órdenes, en el espíritu de Moisés, será más suave y dulce para reunir la cosecha de los elegidos de Dios; en cambio, la otra, en el espíritu de Elías, será más guerrera y ardiente en recoger la vendimia de los réprobos, «ferocior et ardentior ad colligendam vindemiam reproborum, acsi in spiritu Helye»<sup>47</sup>.

Esta última orden, en el espíritu de Elías, es en la que piensa Pacheco y sus amigos «Crucíferos» cuando inicia esa primera versión de su famoso *Libro de verdaderos retratos*. En su mente está la figura del Último Emperador del Mundo, que sin duda sería el sevillano, por ser concebido en Sevilla, Felipe II. Así lo vieron también la Familia del Amor que con Arias Montano tanta influencia tendrá en Pacheco.

En octubre de 1567 el familista Cristóbal Plantino escribía una carta al secretario de Felipe II Gabriel de Zayas en la que le expresaba que el singular Guillermo Postel, que se creyó el papa angélico, había elegido a Flandes para que cumpliera lo que había preparado para la humanidad desde la Creación: la reunión de la humanidad en un solo lugar bajo un pastor, *unum ovile*

*et unus pastor*; es decir, la idea que tenían los congregados aunque el lugar elegido seguía estando en la Monarquía, pero no era Flandes sino Sevilla<sup>48</sup>. Postel afirmaba que la «lanza y la espada» que llevarían a esa victoria sería el arte de la tipografía. Antes de esta afirmación, Postel insistía en la primogenitura del rey de Francia a la soberanía universal; ahora renuncia a las reclamaciones francesas a favor de España. Por otro lado, Plantino, representante supremo de la «lanza y la espada», a pesar de haber buscado en 1566 un mecenas para su Biblia en Alemania, finalmente tomó también la decisión de dirigirse a Felipe II. Por tanto, esta elección de España y de su rey Felipe II, como figura que debía llevar a cabo la unificación universal, la Santa Unión bajo las premisas del amor, unía a Postel con Plantino, pues ambos se vuelven hacia España como la sede del Último Emperador del Mundo<sup>49</sup>.

A su manera Cacho también ve esto reflejado en la obra de Pacheco: «El *Libro* es la alabanza continuada de una época que ya está a punto de extinguirse. Felipe II debía encabezar la serie»<sup>50</sup>. Un Último Emperador del Mundo señalado en el rey prudente que luego heredaría su nieto Felipe IV y un *Novus Dux*, capitán de los «Crucíferos», que vendría designado por el sevillano conde duque de Olivares, amigo de Pacheco, descendiente de judeoconversos como él y tertuliano con él en Sevilla entre 1607 y 1615, los años sevillanos del valido en los que se imbuiría de la ideología profético-apocalíptica del grupo y que marcarán, como veremos, su política. En efecto, muchos seguidores de Fiore a lo largo de la historia creyeron ser capitanes mesiánicos y miembros de este ejército de *virii spirituales* que librarían la batalla final contra el mal<sup>51</sup>. Pero hubo quien profetizó que la última orden que debía luchar contra el Anticristo no lo haría solo por medio de la violencia y las armas, sino también con la palabra, la inteligencia y la virtud eidética. Este es el caso de Francisco de Paula de quien, además de Joaquín de Fiore, también descienden genealógica e ideológicamente los miembros de la Congregación de la Granada y, por tanto, Francisco Pacheco<sup>52</sup>.

Paula anunciará proféticamente, siguiendo así a Joaquín de Fiore, el surgimiento de esa última orden en el espíritu de Elías cuyos miembros deberían protagonizar la última batalla contra el mal para dejar expedita la llegada de la gran inflexión histórica con el advenimiento de la Edad del Espíritu. Así, en una carta de

48. González Polvillo (2022a: 290 ss.).

49. Hamilton (1981: 75).

50. Cacho Casal (2011: 311).

51. Se puede ver un catálogo en Cohn (1989). En general sobre la profundidad en el tiempo de las ideas joaquinistas *vid.* Lubac (1989).

52. Sobre esta descendencia espiritual *vid.* González Polvillo (2022a: 88 y n. 203).

46. Abbatís Joachim (1527a: 176r).

47. González Polvillo (2022a: 54-55); Reeves (1993: 143, n. 7), *cit. Expositio in Apocalypsim*, fols. 175v-176r.

Paula fechada el 25 de marzo de 1455, profetizaba a Simón de la Limena el nacimiento de un hijo, quien habría de ser el *Novus Dux* que capitaneara un ejército de *Milites Christi* vinculados a esa misión escatológica: «vuestra Santa generación será maravillosa sobre la tierra, entre la qual tendrá vno de vuestros descendientes que será como el Sol entre las estrellas [...] Será gran Capitán y Príncipe de gente Santa, llamada los Santos Crucifijos de Iesu Christo»<sup>53</sup>.

Francisco de Paula, en su recepción de la profecía de Joaquín de Fiore de la última religión del mundo, *nova religio sanctissima*, expone aquí las características del líder de esos hombres-guerreros de los últimos tiempos, quienes serían gente santa, así como los mejores del mundo en santidad, armas, letras y toda otra virtud<sup>54</sup>.

En una carta posterior Paula ofrece más datos del líder y su gente. Este *Novus Dux* será descendiente de santa Elena, la descubridora de la verdadera cruz de Cristo, así como de Constantino su hijo, el emperador de la cruz, y de Pipino y por él de Simón de la Limena. Más tarde, en otra carta, aumentará esta genealogía al incluir que será hijo del propio Francisco de Paula, y es aquí donde entronca con la Congregación de la Granada<sup>55</sup>. Por consiguiente, un líder protagonista de la batalla cósmica final quien «hará un grandísimo ejército, y los Ángeles combatirán con ellos, y matarán todos los rebeldes del altísimo»<sup>56</sup>.

Unos combatientes, estos «Crucíferos», que serán, no lo olvidemos, «los mejores hombres del mundo, en Santidad, en armas, en letras, y en toda virtud». Estas son precisamente las características que primarán en el catálogo de *virí spirituales* joaquinitas o «Crucíferos» paulinos que nos ha legado Francisco Pacheco en la versión conservada de su famoso *Libro de verdaderos retratos*.

## 2. LOS RETRATOS DE VIRI SPIRITUALES, «CRUCÍFEROS» DE SAN FRANCISCO DE PAULA, CONSERVADOS

Pacheco en su *Arte* afirma haber pintado más de 150 retratos al óleo, sin duda muchos de ellos de la oligarquía sevillana, entre las que destaca la nobleza, que le pagó por su inmortalización<sup>57</sup>.

Sin embargo, en su *Libro* –único e irrepitible– del que Pacheco no va a recibir emolumentos, es decir, cuya génesis no responde a un encargo como forma de ganarse la vida, no nos transmite ni marqueses ni condes ni duques a los que no parece concederles, siguiendo así la inversión joaquinita de los *abjecta mundi* o la de su homónima la montañana de la *pusillus grex*, valor de ilustres, de venerables ni de inmortales. Sus intenciones en el *Libro* son otras: aquí se nos presenta un catálogo de *virí spirituales* o «Crucíferos» –recordemos que fueron al menos 170 entre los que se incluían algunas mujeres–, los mejores del mundo en santidad, armas, letras y en toda virtud, ya fallecidos, tal como profetizó Francisco de Paula, pero que, tal como se afirma en muchos de los poemas dedicados a los propios retratos, Pacheco con su arte los mantiene en cierta forma vivos.

Así lo expresa don Jerónimo González de Villanueva en el soneto dedicado a Pedro de Campaña: «Si el gran Pacheco, en línea verdadera / viendo que huye arrebatadamente / al olvido tu nombre, permanente / vida a tu forma, su piedad no diera». Aún más elocuente será don Francisco de Villalón quien en su poema al retrato de Sánchez Lucero hace a Pacheco un demiurgo al compararlo con Dios:

Pacheco vuestro pinzel  
haze del olvido oscuro  
al gran (Luzero) seguro,  
i seguro a vos con él.

El renombre que alcançais  
bien se debe solo a vos,  
pues os parecéis a Dios,  
en la vida que lo dais.

Solo os faltó por hazer  
que estuviesse aquí enseñando,  
por que le estoi preguntando  
i no quiere responder.

Mas (Pacheco) si quereis  
bien lo podres remediar  
pues solo avrá de hablar  
cuando l'alma l'entregueis.

Pacheco con su *Libro* mantiene a los *virí spirituales* con vida por medio de los elogios y de sus verdaderos retratos, se afana en perfilarlos para que sus rostros no se olviden, así de alguna manera los mantiene vivos hasta que una nueva vida se haga efectiva en la primera

53. *Ibid.* (89).

54. Sobre la caracterización de estos combatientes de la batalla cósmica final, los «Crucíferos» de san Francisco de Paula, *vid.* González Polvillo (2022a: 89-95).

55. *Ibid.* (146).

56. *Ibid.* (91).

57. Pacheco (2009: 532), pretende traer a la memoria a famosos pintores que ejercitaron el retrato, entre los cuales se incluye cuando dice: «Callo más de 150 mios de colores (diez de ellos enteros y más de la mitad

chicos); 10 de Marquesas, tres de Condes y uno de Duquesa (si bien, el mejor de todos es el de mi mujer, frontero, en una tabla redonda)».

resurrección para cumplir con su destino profético<sup>58</sup>. Hasta el propio Pacheco dejará su retrato, como veremos, con evidentes intenciones, en el *Juicio universal*. En efecto, según Ap 20, 1-6 una vez encerrado Satanás durante mil años, Juan de Patmos vio en su visión las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios al tiempo que rechazaron a la bestia; fueron ellos los que

revivieron y reinaron con Cristo mil años. Los demás muertos no revivieron hasta que se acabaron los mil años. Es la primera resurrección. Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán Sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años.

Es decir, en la Edad del Espíritu se instala en la tierra un reino mesiánico, el Reino del Milenio, en el que el vasallaje estaría compuesto por mártires cristianos, la reunión de los santos y los justos, que resucitarían para formar una sociedad perfecta en una primera resurrección, a la que sucedería mil años después la del resto de los difuntos. Así fue como también lo entendieron los miembros proféticos de la Congregación de la Granada, quienes en el tiempo del Anticristo «los que fueron vivos de esta Congregación han de morir mártires por la confesión de la fe y del evangelio», mientras que los ya fallecidos llegados ese tiempo, lo que ocurriría con los incluidos en el *Libro* de Pacheco, todos fallecidos antes de la primera resurrección, «han de resucitar para pelear contra el dicho Anticristo»<sup>59</sup>.

Todos los incluidos en el *Libro* están ya muertos. Pacheco, tal como afirma Cacho, espera a sus muertes para incluir sus elogios. El *Libro* se convierte así en un panteón de ilustres *viri spirituales*, en una cripta mortuoria provisional que, al mismo tiempo, mantiene vivos, en un mundo paralelo y transitorio, a la espera de la primera resurrección, a los futuros «Crucíferos» conformadores del ejército apocalíptico del Último Emperador del Mundo. Todos ellos reúnen los requisitos exigidos por Fiore y Paula para formar parte de ese batallón apocalíptico de los santos y justos de los últimos días: los mejores del mundo en santidad, armas y letras. Casi todos ellos nacieron, vivieron y de alguna manera estuvieron vinculados con Sevilla, la ciudad elegida

para convertirse en la Nueva Jerusalén en la que daría comienzo la Edad del Espíritu<sup>60</sup>.

De los 56 retratados de la colección de la Lázaro Galdiano, 27 son eclesiásticos, entre ellos un cardenal, un obispo, cuatro canónigos, dos racioneros, un presbítero predicador y 18 frailes: cuatro mercedarios, tres jesuitas, tres agustinos, tres carmelitas –dos calzados y uno descalzo–, dos dominicos, dos franciscanos y un trinitario. A todos ellos se les alaba en los elogios sus virtudes ascéticas, su erudición como escritores y especialmente su elocuencia en la predicación, piénsese que esa es la misión de muchos de estos *viri spirituales* en los últimos días del *Interim* joaquinista. Siete de los retratados son poetas, hay tres pintores un escultor un arquitecto y cinco músicos. Se les reconoce las habilidades propias de su oficio, pero también en casi todos ellos coinciden otras virtudes morales. En un rápido vuelo, sin profundizar mucho, se observa que la mitad de los retratados son más que seguros descendientes de judíos conversos, rasgo muy propio de los miembros de la Congregación de la Granada y en general de estos profético-apocalípticos de los últimos tiempos<sup>61</sup>.

De los 56 retratados representantes de la última religión del mundo, *nova religio sanctissima*, profetizada en la *Expositio in Apocalypsim* por el Abad de Fiore, 26 eran virtuosos eclesiásticos además de excelsos predicadores, erigidos así en representantes de esa orden, señalada por Joaquín de Fiore, más suave y dulce para reunir la cosecha de los elegidos conformada en el espíritu de Moisés. Debemos señalar que otros 14 son militares o en algún momento de sus vidas han ejercido la milicia o el manejo de las armas, como así destacan sus elogios, quienes sumados a los esgrimidores retratados en la colección de la Real Biblioteca representan la orden, también señalada por Fiore, más guerrera y ardiente en recoger la vendimia de los réprobos conformada en el espíritu de Elías. Al frente de todos está Felipe II, el Último Emperador del Mundo, puesto o responsabilidad que pronto tomaría su nieto, Felipe IV, auxiliado de su general jefe, *Novus Dux*, el conde duque de Olivares.

## 2.1. La «Academia» de Juan de Mal Lara

Entre el conjunto de los retratados por Pacheco vemos tres líderes que, en cierta forma, representan a tres grupos de sevillanos que se encuentran interconectados por sus ideas profético-apocalípticas. Estos son Juan de Mal Lara, Benito Arias Montano y el segundo y tercer cabeza de la Congregación de la Granada, Rodrigo Álvarez y Hernando de Mata. Evidentemente con todos ellos

58. Es algo parecido a las intenciones de Bernardo de Toro, último líder de la Congregación de la Granada, cuando en su testamento hace hibernar a la misma enviando las reliquias para su custodia, hasta la primera resurrección, al convento de la Inmaculada Concepción de Lebrija. Vid. González Polvillo (2022a: 389).

59. AHN. Inq. Leg. 2963. «El maestro fray Domingo Farfán. Historia de la fundación de la Congregación de la Granada». González Polvillo (2022a: 20).

60. González Polvillo (2022a: 94-95).

61. *Ibid.* (326-329).

está enlazado responsable intelectual e ideológicamente Francisco Pacheco y, por él, como veremos, el propio Velázquez. Nos detendremos ahora en el grupo de Mal Lara, vinculados entre sí, además de por la ciudad de Sevilla, por el cultivo de las virtudes intelectuales y la verdadera destreza.

Juan de Mal Lara fue un humanista sevillano (ca. 1524-1571) hasta cierto punto maestro de un número de intelectuales que florecieron en la Sevilla del Quinientos, de la talla de Fernando de Herrera, Cristóbal Mosquera de Figueroa, Juan Sánchez Zumeta, Cristóbal de las Casas, Juan Antonio y Baltasar del Alcázar, Gutierre de Cetina, don Álvaro de Portugal, Carlos de Negrón y el canónigo Francisco Pacheco, algunos de ellos retratados y otros participantes en los elogios o poemas del *Libro* de Pacheco, candidatos sin duda a ser retratados e incorporados al *Libro* tras su fallecimiento.

Todos ellos formaron una «Academia», entendido el término como un grupo o círculo intelectual de hombres de letras relacionados con Mal Lara, que celebraban reuniones para tratar materias de diversa índole<sup>62</sup>. Estas materias se podrían resumir en el resultado de la unión o concordia entre las Musas y Marte –letras y destreza, características axiales de los *virii spirituales* de los últimos días– tal como se demuestra en el *Hércules* de Mal Lara en el que el humanista concreta estas dos vertientes en sus amigos Fernando de Herrera y Jerónimo de Carranza<sup>63</sup>.

Además de esa concordia entre letras y armas se puede observar en estos versos un claro elogio por parte de Mal Lara a los soldados españoles<sup>64</sup>. Algo que ya había hecho Herrera quien solía mencionar con frecuencia una epopeya sobre los españoles valerosos. Para Escobar quizás esta obra esté relacionada con la que cita Mal Lara de Herrera en el pasaje del *Hércules animoso* y que algunos autores han señalado que ambicionaba ser una epopeya heroica de las gestas hispanas<sup>65</sup>.

Mal Lara y su círculo parece encontrarse muy cerca del panegírico imperial en línea con el pensamiento profético-mesiánico del Último Emperador del Mundo adjudicado a Felipe II. Escobar ve en Mal Lara una evidencia de la *translatio studii* por la que el humanista se

muestra como un futuro Virgilio, cantor del Imperio. Alude a la égida del príncipe Carlos –*Principis auxilio Hispani tibi Mars, tibi Phoebus* (v. 9)– «completándose así la *translatio studii* con la del Imperio gracias a una próxima Edad de Oro»<sup>66</sup>. Es lógico que los filólogos como Escobar hablen de la Edad de Oro clásica aludida en la *Égloga IV* de Virgilio. Sin embargo, en realidad, esta Edad de Oro se asimila y se piensa también en términos de la Edad del Espíritu.

Hay una similitud entre la *Égloga IV* de Virgilio, llamada por algunos «égloga mesiánica», y las famosas cartas proféticas de san Francisco de Paula a Simón de la Limena. En ambas se profetiza un tiempo nuevo y se anuncia el nacimiento de un misterioso *puer*, un niño anunciador y protagonista de esa inminente edad dorada. Virgilio, con la ayuda de la sibila cumana, le pronostica al cónsul Gayo Asinio Polión el nacimiento de un hijo con el que surgirá la nueva Edad de Oro:

Ya viene la última era de los Cumanos versos:  
ya nace de lo profundo de los siglos un magno orden.

Ya vuelve la Virgen, vuelve el reinado de Saturno;  
ya desciende del alto cielo una nueva progenie.

Tú, al ahora naciente niño, por quien la vieja raza de  
hierro  
termina y surge todo el mundo la nueva dorada,  
se propicia ¡oh casta Lucina! pues ya reina tu Apolo.

Por ti, cónsul, comenzará esta edad gloriosa,  
¡oh Polión!, e iniciarán su marcha los meses magníficos,  
tú conduciendo. Si aún quedaran vestigios de nuestro  
crimen,  
nulos a perpetuidad los harán por miedo las naciones.  
Recibirá el niño de los dioses la vida, y con los dioses verá  
mezclados a los héroes, y él mismo será visto entre ellos;  
con las patrias virtudes regirá a todo el orbe en paz.  
.....  
.....

Con todo persistirá las huellas de las viejas maldades,  
cuyas naves ofenderá a Tetis, cuyos muros ceñirán  
ciudades, cuyos surcos hincarán todavía la tierra.  
.....

Después, cuando alcances la edad viril plena,  
el viajero dejará de cruzar el mar, y el náutico leño  
no mercará los bienes: todo campo surtirá todas las cosas.  
No sufrirá el arado la tierra, ni la vid será podada;  
y a su vez el labriego desuncirá los robustos bueyes.  
.....

¡Rodad tales siglos!, dijeron a sus husos las Parcas  
acorde con la inmutable voluntad de los Hados.

62. Escobar (2000: 140), para una bibliografía acerca de la Academia *vid.* nota 20. El propio Mal Lara (1996: 23), expone el sistema de trabajo de este grupo intelectual: «Aunque esto no se usa en Hespaña, es loable costumbre de otras naciones ayudar todos los hombres doctos al que escribe, y aun leer los autores sus obras en las Academias para ellos concertadas, y todos dar sus pareceres y dezir cosas notables y, con cierta sencillez, dárselo todo al autor, sin publicar que ellos le hizieron mercedes. Sale el libro enmendado y acabado, por aprobación común, de los varones doctos de aquel tiempo».

63. Escobar (2000: 145).

64. Sigo aquí a Escobar (2000: 146).

65. Escobar cita aquí a Antonio Vilanova, *vid.*, *ibid.* (146, n. 34).

66. Escobar (2007: 133).

¡Lánzate a estos altos honores!, cumplido está el tiempo,  
 ¡oh progenie amada de los dioses! ¡oh magno vástago de  
 Jove!  
 ¡Contempla cómo bajo la celeste bóveda se inclinan los  
 astros,  
 y las tierras, y el vasto mar, y el profundo cielo!  
 ¡Contempla como el siglo venturo regocija todas las  
 cosas!  
 .....  
 .....

Virgilio profetiza el advenimiento de una Edad de Oro propiciada por una Virgen: Astrea. En realidad es una renovación, «vuelve el reinado de Saturno», una regeneración, pues se abandona un tiempo oscuro, «la vieja raza de hierro termina» para volver a un tiempo prístino de virtud marcado por el propio cónsul Polión: «Por ti, cónsul, comenzará esta edad gloriosa / ¡oh Polión!, e iniciarán su marcha los meses magníficos, / tú conduciendo»; y, sobre todo, por el nacimiento de quien en multitud de ocasiones se ha interpretado como el propio hijo del cónsul, un niño que formará congregación con los dioses y lleno de virtud «regirá a todo el orbe en paz».

Durante la niñez del *puer* aún persistirán rasgos de la Edad de Hierro, cumplida su hombría es cuando se verificará la Edad de Oro, en la que desaparecerá toda actividad agrícola y comercial pues «todo campo surtirá todas las cosas». Virgilio verifica que el tiempo se ha cumplido, es decir, ya, aquí y ahora, ha advenido la Edad de Oro y se dirige al niño, al que llama hijo de Jove, Júpiter el padre de los dioses, para que cumpla así su destino.

La semejanza de esta profecía con las que lanzará a mediados del siglo XV Francisco de Paula, al que tanto debe el pensamiento de la Congregación de la Granada, es evidente. Paula envía un buen número de cartas a Simón de la Limena, su mejor amigo, un gentilhombre calabrés, aunque estante en Nápoles<sup>67</sup>. En una carta fechada el 25 de marzo de 1455, ante el deseo de Limena de tener descendencia, el eremita fundador de la Orden de los Mínimos le profetiza que tendría esa descendencia por medio del nacimiento de un niño con unas características extraordinarias:

[...] tendréis hijos, y vuestra Santa generación será maravillosa sobre la tierra, entre la qual tendrá vno de vuestros descendientes que será como el Sol entre las estrellas. El tal hombre será en su puericia y adolescencia casi santo, mas en su juventud será gran pecador, después se convertirá todo a Dios y hará gran penitencia, y seranle perdonados todos los pecados, y tornará a ser Santo. Será gran

Capitán y Príncipe de gente Santa, llamada los Santos Crucifijos de IeSu Christo, con los cuales deshará la Seta de Mahoma con todo el resto de los infieles, aniquilará todas las heregías y tiranías del mundo: reformará la Iglesia de Dios con sus sequaces, los cuales serán los mejores hombres del mundo, en Santidad, en armas, en letras, y en toda otra virtud, que tal es la voluntad del altissimo; tendrá el dominio de todo el mundo, temporal y espiritual, y regirán la Iglesia de Dios: In Sempiterna saecula saeculorum amen<sup>68</sup>.

Todo parece indicar que esta profecía, además de tener relación con la *IV Égloga* de Virgilio, está en línea con la efectuada por Joaquín de Fiore en su *Expositio in Apocalypsim* relativa a acontecimientos apocalípticos y al advenimiento de la Edad del Espíritu. Paula realiza su propia lectura de la profecía del célebre abad, también relacionada con la virgiliana. Para Fiore, María la Virgen –una nueva Astrea– sería el tipo anagógico de la nueva *Ecclesia spiritualis* –una nueva sociedad virtuosa y regenerada– que surgiría al final del segundo *status* joaquinita –cuando se extinguiría la vieja raza de hierro– y cuyo fruto sería Jesús en forma de niño, que designaría tipológicamente a la Edad del Espíritu. Se trataba del nacimiento simbólico de un niño –*puer*– que representaba al tercer *status*, a una nueva sociedad dotada ya de *intelligentia spiritualis* y constituida en el reino mesiánico en la tierra.

Ahora Paula entiende este nacimiento como real, de manera que otorga a ese niño histórico, descendiente de un alto oficial de la casa real de Aragón, un protagonismo excepcional en el desarrollo bélico-apocalíptico del drama cósmico de los últimos días y en el advenimiento de un nuevo tiempo de felicidad global en la tierra. La profecía de Francisco de Paula alude a un capitán y príncipe en el que se unen las funciones de los dos *dramatis personae* de los últimos días del mundo: el último emperador y el papa angélico.

Es el *Novus Dux*, tal como Joaquín de Fiore caracterizaba al *dux* Zorobabel conductor del pueblo hebreo desde el destierro babilónico quien, al mismo tiempo, era *pontifex novae Jerusalem*, conductor y caudillo de la *nova religio sanctissima* profetizada por Joaquín, a la que Paula llama «Crucíferos» o «Santos Crucifijos de Jesucristo», dispuestos a llevar a cabo una batalla cósmica final contra el Anticristo último que tendría como consecuencia una *reformatio* y *renovatio ecclesiae*. Por tanto, este niño anunciado aparece como *Rex et Sacerdos* unigido según el orden de Melquisedec, que era el que se aplicaba al emperador alemán, el águila de dos cabezas de la casa Habsburgo.

En otra carta enviada por Paula a Simón de la Limena el 7 de marzo de 1465, el eremita mínimo insiste en esa

67. Sobre Paula, Limena y estas cartas proféticas *vid.* González Polvillo (2022a: 88-95).

68. *Ibid.* (89). Montoya (1619: 395).

batalla cósmica final protagonizada por ese niño, convertido en el *Novus Dux* que dirige a los «Crucíferos». Además, aporta en esta carta dos elementos nuevos a la profecía. Por un lado, asegura que estos «Crucíferos» constituían la última religión del mundo, tal como había vaticinado el abad de Fiore; y, por otro, que el niño profetizado erigido como *Novus Dux* o líder de esa nueva, santa y última religión, además de ser descendiente de Limena lo sería también, aunque espiritualmente, del propio Francisco de Paula:

Señor Simon mío hermano en Christo y compañero carissimo, alégrese vuestra alma q.º el gran Dios se digna por medio de vn decendiente vuestro, e hijo mío bendito, dar vna Religión tan Santa al mundo, la vltima de todas y la más amada de la Magestad diuina<sup>69</sup>.

Este dato es el que engarza a estas profecías con la Congregación de la Granada, pues Marta de san Andrés, monja mínima jerezana y visionaria, fue la maestra espiritual del fundador de la Congregación, el cerrajero Gómez Camacho<sup>70</sup>.

Como afirma Escobar, la amistad de este grupo se forja en el ambiente cordial que se vive en las reuniones de la «Academia» de Mal Lara, así como del trabajo conjunto en aras de lograr «obras de grandes pretensiones». Unas pretensiones que no parecen ser otras que la exaltación de España, de lo hispano, de su ejército y, desde luego, de Sevilla.

Lo que no pueden transmitir las fuentes es que en esta «Academia» de Mal Lara se hablara de temas profético-apocalípticos siempre en el filo de la espada de la heterodoxia, por lo que se imponía el refugio nicodemita. Sin embargo, con lo que sabemos ahora no es disparatado pensar que muchos de estos hombres, presentes de una u otra manera en el *Libro* de Pacheco, estuvieran en conexión con las ideas profético-apocalípticas de raíz joaquinita que aquí describimos y que pudieran sentirse llamados a conformar el futuro batallón de *virii spirituales* o «Crucíferos», guerreros santos del fin de los días que debían comenzar la batalla contra el Anticristo en la Nueva Jerusalén de Sevilla.

Algunas veces se ha querido ver en Mal Lara, el catalizador de este grupo, a un luterano o un erasmista que finalmente fue perseguido por la Inquisición y encarcelado por la misma en febrero de 1561 acusado de escribir versos o libelos contra la religión y en alabanza del célebre «luterano» y canónigo magistral de la catedral de Sevilla Constantino Ponce de la Fuente; y, aunque todo esto más o menos se aclaró, lo que parece evidente es que fue de antemano sospechoso para el Santo Oficio,

sospecha que debe aludir a algún flirteo en los límites de la ortodoxia que fue interpretada como cercana al luteranismo pero que hubo de ser apocalipticismo<sup>71</sup>.

Sin embargo, parece obvio que la confusión establecida en la Inquisición sevillana en aquella época, que confundía cualquier discrepancia respecto de la ortodoxia católica con el alumbradismo o el erasmismo, cuando no con el luteranismo, dejó en una nebulosa la verdadera ideología profético-apocalíptica o milenarista de tradición joaquinita que debieron profesar un buen número de estos hombres<sup>72</sup>. Máxime cuando un grupo de estos, relacionados con el familismo introducido en Sevilla por Arias Montano o con la Congregación de la Granada y, en general, con el pensamiento profético-apocalíptico y milenarista, eran de origen judeoconverso, como lo fue, según observó el inquisidor general Valdés, el magistral Constantino o incluso el propio Mal Lara, tal como intentó demostrar Ingram<sup>73</sup>.

Ya desde muy antiguo se llegó a cuestionar la utilidad de la esgrima de la espada en la vida militar de manera que, tal como se ha afirmado, el esgrimista y el soldado no son, en principio, la misma figura. Obviamente la esgrima podía tener una aplicación militar; sin embargo, parece que la verdadera destreza en la época de Pacheco podía llegar a alcanzar «implicaciones ideológicas y de desarrollo físico, mental, ético y espiritual»<sup>74</sup>. En España el apelativo de padre de la verdadera destreza se le adjudicó con unanimidad a uno de los colaboradores, pariente y amigo de Juan de Mal Lara, me refiero a Jerónimo de Carranza autor del *Libro que trata de la philosophia de las armas y de su destreza y de la agresión y defensión cristiana* (Sanlúcar de Barrameda, 1582)<sup>75</sup>.

La portada de este libro es muy significativa (Fig. 1). Tal como afirma Escobar, entre otros, fue ejecutada por Juan Bautista Vázquez el Viejo, quien fue miembro del particular espíritu de la Congregación de la Granada y discípulo muy cercano al segundo cabeza de ella, el jesuita Rodrigo Álvarez<sup>76</sup>. Pero también fue cercano al círculo de Juan de Mal Lara, con el que colaborará por ejemplo en la portada de la *Philosophia Vulgar* (1568).

71. Esta sospecha previa la señala también Márquez Villanueva (2001: 292).

72. González Polvillo (2022a: 106-7) y, en general, todo el capítulo II.

73. Ingram (2013).

74. Olmedo (2019: 103).

75. Un interesante análisis de esta obra en Chauchadis (1993: 73-84). También Marta Cacho dedica un epígrafe de su obra al análisis del *Libro* de Pacheco con relación a la verdadera destreza, Cacho Casal (2011: 156-163).

76. Escobar (2020: 40-42, 44, 58, 82). «Humanismo y letras áureas en el entorno cultural del VII Duque de Medina Sidonia (con nuevas perspectivas críticas sobre la *Academia* hispalense y el conde de Niebla)». *Librosdelacorte.es* (primavera-verano), n.º 20 (2020), 31-99, esp. 40-42, 44, 58, 82. Sobre Vázquez el viejo *vid.* González Polvillo (2009-2010).

69. González Polvillo (2022a: 93).

70. *Ibid.* (97-102).

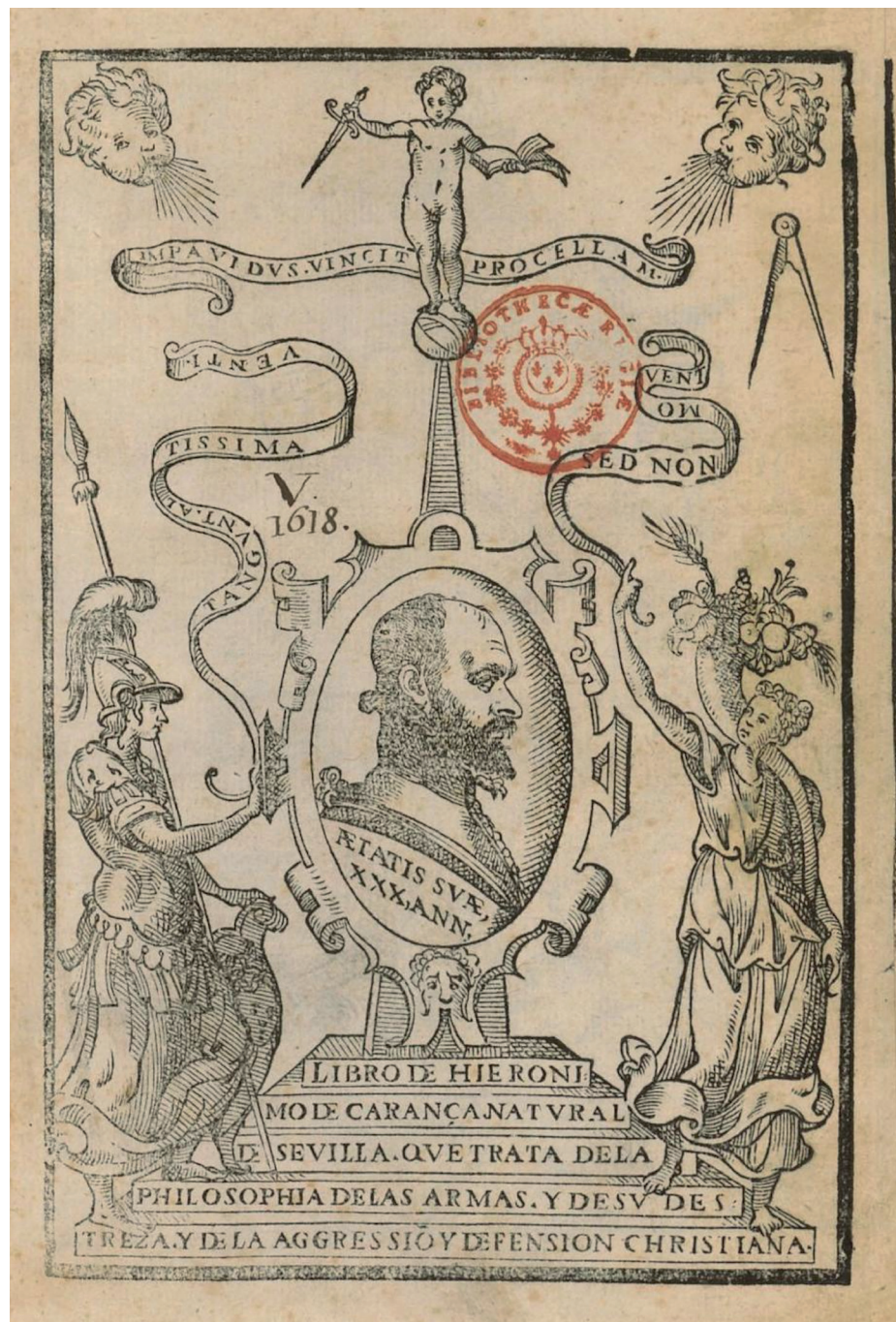


Figura 1. Juan de Mal Lara, *Philosophia de las armas*. 1582. Portada de Juan Bautista Vázquez el viejo. BNF, Public Domain

En el frontispicio de la *Philosophia de las armas* aparece encima de cinco gradas, en las que se desarrolla el título, y sobre una cartela ovalada en forma de pergamino, el busto de perfil derecho de Carranza realizado por el propio Juan Bautista Vázquez el Viejo, cuando el maestro de la verdadera destreza tenía treinta años: «aetatis svae, xxx, ann.», es decir, en 1569.

Sobre el propio retrato de Carranza se erige un obelisco que alude a la intención recta que tiene la obra, aunque también a la sabiduría celeste y oculta, finalmente como remate de este el orbe terrestre en clara

alusión a que el propio Carranza y su obra esclarecerán el saber terreno<sup>77</sup>. Escolando el retrato se encuentran Minerva y Abundancia, sugiriendo la inteligencia, las

77. Núñez de Cepeda (1688: 135, empresa VII), en p. 146: «Manlio Mathematico insigne [Plinio, lib. 36, cap. 10, *Historia*] en la punta de la aguja, que estava fija en el campo Marcio, sobrepuso un globo de Oro, que augmentava la luz de el espacio, y recogía en sí la sombra de la pirámide: Artificio, que dio materia a esta empresa. Quando la intención sube recta, como la aguja, y tiene por remate el orbe de la divinidad, las sombras todas se desvanecen, y las buenas obras despiden de sí nuevos resplandores».

artes de la guerra y la prosperidad material en la tierra. Minerva parece sostener una filacteria en la que puede leerse: «Tangvnt altissima venti» («Los vientos alcanzan lo que está en las alturas»), mientras la que parece sostener la Abundancia afirma: «Sed non movent» («pero no lo mueven»).

Lo más curioso es que encima del dorado orbe de la tierra se eleva un niño desnudo que porta en su mano derecha una espada y en la izquierda, sin duda, el *Libro que trata de la philosophia de las armas* del propio Carranza. Sobre él, que está en lo más alto, en efecto, soplan los vientos, pero, tal como dice una filacteria a sus espaldas, «Impavidus vincit procellam» («Impávido, vence la tormenta»)<sup>78</sup>. El Niño desnudo adquiere aquí el significado anagógico que tenía el niño en general y Jesús Niño en particular en Joaquín de Fiore así como en los miembros de la Congregación de la Granada, es decir, es el tipo de la donación de la tercera persona de la Trinidad que se concreta en la Edad del Espíritu.

Los miembros de la Congregación de la Granada, y así lo demostraron los artistas congregados, simbolizaron la Edad del Espíritu y la transformación que se efectuaría en la tierra, la nueva *Ecclesia spiritualis* y el nuevo *ordo parvulorum*, del que hablara Gerardo da Borgo San Donnino, con la figura de Jesús Niño o, en su caso, con la figura genérica del niño. Para la mentalidad de los congregados joaquinistas el *puer*, el niño, es el símbolo anagógico de los *abiecta mundi*, los más débiles, los últimos que serán los primeros en la transformación provocada por el advenimiento de la Edad del Espíritu<sup>79</sup>. Por lo tanto, este niño desnudo, símbolo de pureza por su desnudez, será también símbolo anagógico de los *virii spirituales* quienes, ubicados en las puertas del tercer *status* joaquinista, armados y dotados de ciencia, estaban preparados como «Crucíferos» para luchar en el combate escatológico final contra el viento del Anticristo, una tormenta a la que, tal como reza la filacteria, impávidos vencerán<sup>80</sup>.

78. Pozuelo (2021: 114-115).

79. González Polvillo (2022a: 349-356). No habría que despreciar la idea de que pudo pertenecer a la Congregación el mismo Carranza, así como sus colegas que le ayudaron a la elaboración de un libro cuya confección no solo sirvió para dignificar la verdadera destreza sino por la necesidad de instrucción que tendrían los *virii spirituales*, o un sector de ellos, en la fase final, en el *Interim*, de la Edad del Espíritu. La lectura simbólica de la portada del libro es buena prueba de ello.

80. En una visión de otra insigne apocalíptica, Teresa de Jesús, esta vio estando en oración que «se me representaron y pusieron delante seis u siete, me parece serían, de esta misma Orden, con espadas en las manos..., otra vez, estando en oración, se arrebató mi espíritu: parecióme estar en un gran campo, adonde se combatían muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban». González Polvillo (2022a: 210).

Igualmente cabe señalar cómo este círculo letrado de intelectuales vinculados a Juan de Mal Lara, generalmente tenidos también como practicantes de un ocio estoico-cristiano moralizante que, a mi juicio, esconde con disimulo y nicodemita actuación la heterodoxa ideología profético-apocalíptica-milenarista de influencia joaquinista que aquí analizamos y desarrollamos y que se refuerza con la función sincrética que conceptos como la Edad de Oro y la Edad del Espíritu realizan, tuvo una fuerte vinculación con el gran prócer y mecenas don Alonso Pérez de Guzmán, VII duque de Medina Sidonia, con desplazamiento incluido de Sevilla a Sanlúcar de Barrameda y que continuará con su hijo el conde de Niebla<sup>81</sup>. Un círculo letrado en torno a Mal Lara, vinculados también al duque, del que Mal Lara fue su preceptor literario y Carranza su maestro de esgrima, al que hay que unir algunos artistas tales como Luis de Vargas o Juan Bautista Vázquez el Viejo<sup>82</sup>.

Estas reuniones tuvieron lugar no solo en el palacio sevillano del duque sino también en lugares naturales o espacios arcádicos-eremíticos de Sanlúcar de Barrameda tales como *La Presa*, cercana a la ermita de san Sebastián con el duque o la *Huerta del Desengaño* en el Pago de Miraflores, junto a la ermita de Nuestra Señora del Buen Viaje, con el conde de Niebla<sup>83</sup>. En la transición del gobierno de padre a hijo se forjó, al decir de Escobar, «un pensamiento espiritual y tendente hacia el neoestoicismo de espiritualidad cristiana» que se objetivó, por fin, «en una actitud de retiro solitario a las afueras de Sanlúcar». Escobar, por consiguiente, señala a estos humanistas de la Sevilla áurea como pertenecientes a una corriente estoico-cristiana que no impedía «el cultivo de un visible hedonismo epicúreo» que luego se prolongó en el entorno literario del conde de Niebla. Sin embargo, pienso que esto no es estoicismo, aunque obviamente lo aparente, como tampoco lo será el que aparentemente profesa Arias Montano y su grupo, o, en el caso que lo fuese, esconde, disimula, un profetismo-apocalíptico vinculado al pensamiento del abad de Fiore.

El ideal joaquinista del ermitaño, que como se ha dicho es el tipo ideal de vida en el tercer *status*, como símbolo anagógico de la sociedad instaurada tras el advenimiento de la Edad del Espíritu, es un ideal de felicidad, de abandono de superfluidades y de disfrute y desarrollo de lo natural ontológico en el ser humano y, por tanto, de la inteligencia, la búsqueda de la verdad y la felicidad.

Si fuera estoicismo cristiano, el ideal eremita sería un fin último que está lejos de la felicidad y que tendería

81. Escobar (2020).

82. *Ibid.* (40-41).

83. *Ibid.* (46-47).

hacia la amargura y el sacrificio –eremita alude a un modo de vida en soledad, oración y penitencia–. No es este el ideal joaquinista de los congregados o profético-apocalípticos sevillanos. Estos son los *virii spirituales* quienes en el *Interim* conforman, bajo la dirección del nuevo Elías, esa última orden de monjes y eremitas anunciada por el célebre abad de Fiore –*ordo monachorum, ordo eremitorum*– con la misión de luchar contra el Anticristo en los últimos días previos al advenimiento de la Edad del Espíritu, un tiempo histórico final en el que, una vez verificado, el amor, la *philia*, y la felicidad, *eudaimonia*, imperaría en la tierra y cuyo máximo de vida, desde una visión tipológica simbólico-joaquinista, sería la vida eremítica.

La singularidad de algunos de estos eremitas, cuando aún no se ha incoado el tercer *status*, es que, ante su inminencia –idea recurrente de cualquier apocalíptico que se precie–, y tras una comprensión literal de la profecía joaquinista, ya comienzan a vivir en los momentos finales del *Interim* como si la Edad del Espíritu hubiera llegado. Por consiguiente, el cultivo de la inteligencia y la sabiduría de este grupo de humanistas, ubicados en el citado *Interim*, se completó con «sesiones de recogimiento espiritual en la cueva de los santos eremitas» que se hallaba en las afueras de Sanlúcar<sup>84</sup>.

Como se ha dicho, todo este régimen de vida fue continuado por el hijo de don Alonso de Guzmán, don Manuel Alonso de Guzmán, VIII duque de Medina Sidonia, alcanzando una plenitud literaria en la obra de Pedro Espinosa, *Soledad del Gran Duque de Medina Sidonia*. Pedro Espinosa, célebre autor de *Flores de poetas ilustres*, formó parte de esta elite áurea sevillana y, curiosamente, terminó por hacerse eremita. Parece que titubeó sobre dónde terminarían sus días, si en una orden religiosa o viviendo en el yermo<sup>85</sup>. Finalmente se resolvió a vivir como un eremita en una pequeña ermita muy cerca de su ciudad natal, Antequera. No pareció bien esta decisión a un gran amigo suyo, de los muchos que tenía en Sevilla, nuestro pintor Francisco Pacheco, quien le escribió una carta en la que le señalaba el posible error de su decisión a la vez que le ponderaba la entrada en una orden religiosa<sup>86</sup>.

Espinosa parece querer vivir ya en el estado del final, el de la Edad del Espíritu, en el que según Joaquín el tipo ideal es el *ordo eremitorum*. Pacheco, miembro de la sevillana Congregación de la Granada, que está en la misma onda profético-apocalíptica, no está de acuerdo. El pintor parece pensar que se vive, en efecto, en el *Interim* joaquinista, en un momento crucial en el que la *actio*

debe compatibilizarse con la *contemplatio*, una mezcla por tanto de Marta y María, de ahí que Pacheco indique a Espinosa que, en lugar de hacerse ermitaño y, por el contrario, entrar en una religión aprobada, su talento pudiera incrementarse «con el estudio en provecho de sus prójimos».

Cabe destacar que Espinosa terminó por abandonar la vida eremítica y entró al servicio del conde de Niebla en Sanlúcar, ciudad en la que permaneció durante treinta y cinco años y en la que sería Rector del Colegio de san Ildefonso. Se podría argumentar que Espinosa comprendió las razones que Francisco Pacheco le exponía en su carta: no tocaba a él, aún, un «Crucífero» de los últimos días, abandonar la vida activa vinculada a la lucha cósmica contra el último Anticristo.

Escobar parece ubicar la propia «Academia» del pintor Francisco Pacheco en los límites transicionales entre el VII y el VIII duque de Medina Sidonia, al tiempo que a sus miembros los hace herederos del círculo humanístico interdisciplinar de Mal Lara. En este sentido señala cómo Pacheco se sirve de grabados realizados en el círculo de Mal Lara para su famoso *Libro*. Para este autor el *Hércules* de Mal Lara, en el que se citan una serie de pintores del círculo y en el que se mezcla el retrato con la poesía, prelude el método de trabajo de Pacheco en su *Libro*.

Ya he citado el de Carranza realizado por Juan Bautista Vázquez el Viejo, pero hay que citar también el propio retrato de Mal Lara realizado igualmente por Juan Bautista Vázquez en sus *In Aphthonii Progymnasmata Scholia* (Sevilla, 1567)<sup>87</sup>.

También destaca este autor la colaboración entre Pacheco y otros humanistas del círculo de Mal Lara, como se demuestra en la *Apoteosis de Hércules* (1603-04) en colaboración con el maestro Francisco de Medina, discípulo de Mal Lara, para los techos de la Casa de Pilatos, palacio sevillano del III Duque de Alcalá. Para Escobar, la lectura tropológica de la iconografía expresada aquí tiene estrechos vínculos «con las moralidades estoico-cristianas del *Hércules* de Mal Lara».

Algunos de estos humanistas ensalzaron el manual de ciencia y esgrima de Carranza, incluido su retrato por Bautista Vázquez el Viejo que aparecía en la portada. Tal es el caso de Fernando de Herrera o Cristóbal Mosquera de Figueroa, en cuanto a la *Philosophía de las armas* o Baltasar del Alcázar y el propio Mal Lara en relación con el retrato de Carranza<sup>88</sup>. Una aportación curiosa e inversa la proporcionó el canónigo Francisco Pacheco quien en un ciclo epigramático realiza una parodia –si bien también hizo antes una alabanza– del

84. *Ibid.* (50).

85. Rodríguez Marín (1907: 206).

86. La carta completa en *ibid.* (209-211).

87. Escobar (2020: 72-73 y n. 144).

88. *Ibid.* (52-54 y n. 67-70).

retrato de Carranza, según Escobar «a modo de antídoto casi apotropaico contra las malsanas influencias de poder irradiadas por el VII duque y su restringido círculo humanístico, al que, seguramente, el canónigo jerezano debió tratar de acceder sin éxito»<sup>89</sup>.

## 2.2. Ecumenismo, sincretismo y familismo: Arias Montano *hispalensis* y la Familia del Amor

Una de las características más acusadas de la Familia del Amor será la idea del ecumenismo que proviene, en el fondo, del joaquinismo ecuménico. La noción del papa angélico era una idea revolucionaria, pero con una coartada perfecta: el fin último era conceptualmente católico, virtualmente ortodoxo. Esta idea de unidad mundial, global, será una idea radicalmente joaquinita. A partir de ahí se desarrolla el tema del agente papal designado por la divinidad para llevar a cabo el programa final de la historia: retorno de los griegos, conversión de los judíos y destrucción de los infieles, lo que daría como resultado el ecumenismo que preconizaba Jn 10,16: *et fiet unum ovile et unus pastor*.

Pero a partir de 1517 ¿qué pasa con los herejes? Según Reeves con el Renacimiento se instala la idea de que la unidad se llevará a cabo mediante la conversión voluntaria de «todas las razas al cristianismo». Es más, la estudiosa detecta que «Hay incluso algunas veces un indicio de que la religión mundial será un proceso de síntesis y no de simple conversión»<sup>90</sup>. Esto era muy difícil de cumplir. En el siglo XVII, cuando ya la Reforma está consolidada, es inevitable la idea de la guerra que convivirá con el apocalipticismo. Persistirá el cumplimiento de la necesaria profecía de la conversión de griegos y judíos, aunque se hace inevitable que el advenimiento de una felicidad en la tierra tendría que pasar por la lucha y derrota de infieles y de herejes<sup>91</sup>.

Sin embargo, al mismo tiempo que esto ocurre, se lucha por la *paideia*, por la educación, la predicación –por todos los medios: oral o impreso– por parte de los *viri spirituales* de una verdad simple y, también, incluido en ella, a veces, en la línea de ese «proceso de síntesis» al que alude Reeves, la propugnación de un sincretismo asociado a un necesario nicodemismo, tal como hace Benito Arias Montano, la Familia del Amor y la propia Congregación de la Granada.

En 1962 Rekers defendía en la universidad de Ámsterdam una tesis doctoral sobre Benito Arias Montano cuyo eje fundamental era la demostración de que el célebre humanista políglota y fiel servidor y amigo

de Felipe II había pertenecido a un grupo espiritual surgido en Flandes al que muchos autores, además de Rekers, aludirán bajo la denominación de «secta»<sup>92</sup> conocida como la *Familia Charitatis* o Familia del Amor, cuyo pensamiento se basaba en una espiritualidad individual e interior con una clarísima vocación sincrética y ecuménica<sup>93</sup>.

Cuando la obra de Rekers se publicó en España desencadenó una gran discusión entre especialistas. Nadie hasta Rekers había cuestionado la ortodoxia de Arias Montano ni del grupo de seguidores del que disponía en Sevilla, por lo que algunos historiadores contradijeron, y siguen contradiciendo, la supuesta heterodoxia de Arias Montano y proclamando su sometimiento a la Iglesia romana<sup>94</sup>. Algo que, como es sabido, era un recurso de disimulación de los familistas.

La Familia del Amor la fundó Hendrik Niclaes (1502-1581), nacido en la Münster del joaquinita-anabaptista Thomas Münzer, aunque refugiado en Ámsterdam y en Emem. Se destacó como visionario y exégeta alegórico de la Biblia. Se presentaba como un gran profeta cuyo destino era la revelación de la plenitud del amor por medio del Espíritu Santo, lo que provocaría en el ser humano la conversión a un nuevo Adán, de ahí que Niclaes firmase sus obras como H. N., el *Homo Novus*. Despreció las obras preconizadas por el catolicismo y consideraba que las ceremonias serían inútiles, aunque aceptadas en el *Interim* hasta el advenimiento de la última edad<sup>95</sup>.

Todo esto constituiría una muestra de lo que según Lubac, quien denomina a la doctrina de los familistas y otros grupos basados en el espíritu libre «joaquinismo bastardo», sería un principio fundamental de la Familia del Amor: el secreto, al que algunos llaman «nicodemismo» o disimulación, de manera que por medio de este hermetismo «escapan profesando su simbolismo y practicando los ritos de la Iglesia establecida»<sup>96</sup>.

Es decir, los familistas pasaban desapercibidos ante la vigilancia confesional al adaptarse al medio cultural en el que vivían: la cáscara, la carne, la letra en la que

89. *Ibid.* (54, n. 70).

90. Reeves (1993: 508).

91. *Ibid.*

92. Suponemos que con la intención primigenia de aludir a seguidores de una doctrina determinada o, como hace Paolo Prodi, siguiendo las observaciones clásicas de Ernst Troeltsch, para quien la característica de secta consiste, sobre todo, «en querer anticipar el reino de Dios en la tierra». Desde esta óptica gran parte de los personajes aquí tratados, Pacheco, Velázquez, Rioja, Olivares o Felipe IV son sectarios, pertenecen a una secta de evidente raíz joaquinita que, en definitiva, pretende por medio de una determinada *actio*, de una prefijada praxis vital activa, la aceleración de la historia y anticipar el reino de Dios en la tierra, *vid.* Prodi (2008: 208, n. 8).

93. La relación entre Arias Montano y la Familia del Amor se había puesto de relieve antes por Sabbe (1926). Más tarde aparecería en español traducida (Brey: 1934).

94. Andrés (1974). Sobre esta discusión *vid.* Alcalá (1998).

95. Lubac (1989: I, 180). Sobre el nicodemismo *vid.* Ginzburg (1970).

96. *Ibid.* (I, 239).

detrás, en el interior de la conciencia, se hallaría el verdadero espíritu<sup>97</sup>.

Cristóbal Plantino, el famoso impresor, fue el gran amigo, colaborador en la Biblia Políglota y, probablemente, el que introdujo a Arias Montano en Amberes en la Familia del Amor<sup>98</sup>. En 1566, ante la llegada a Flandes del duque de Alba, se produjo una gran estampida de calvinistas y de familistas; sin embargo, Plantino encontró el apoyo del secretario de Felipe II, Gabriel de Zayas, y se quedó en Amberes, en apariencia católico y colaborador de la Monarquía. Sus amigos huidos a Alemania no lo vieron mal e incluso ayudaron a Plantino a proseguir en el proyecto español de la Políglota, por encima de aparentes adscripciones a los humanistas familistas lo que les importaba, como a Arias Montano, será algo muy querido además de misión fundamental de los *virii spirituales* joaquinitas, la prosecución del proyecto educativo de una Biblia en cinco lenguas<sup>99</sup>. En este ambiente llegó Benito Arias Montano a Amberes en 1568, cuando había cumplido cuarenta años, con la misión de supervisar y dirigir la reimpression de la Biblia Políglota.

### 2.2.1. Arias Montano y el Último Emperador del Mundo

Se ha destacado por una parte de la historiografía que la posición dominante que pretendió la Monarquía hispánica y en concreto Felipe II se habría justificado por medio del tacitismo político y otras políticas pragmáticas, como método de razón de Estado que justificaría la actuación imperialista de la Casa de Austria. En este sentido igualmente se ha señalado como tacitista a Arias Montano. Así, mientras que Rekers defiende que la asunción por parte de Arias Montano de la doctrina espiritualista de la Familia del Amor contribuyó, por medio de cartas a la corte, al cambio de la política flamenca de Felipe II<sup>100</sup>, otros autores, como Sánchez Lora, defienden que este cambio se llevó a cabo también con la intervención de Montano, aunque por razones ajenas a la doctrina familista<sup>101</sup>.

Sánchez Lora quita hierro a la carga familista de Montano y sus amigos –Plantino, Lipsio, Furió Ceriol o

Pedro de Valencia– y lo carga en el arte de la prudencia, tomada de Tácito y Séneca, entendida esta como una virtud maquiavélica capaz de utilizar la *dissimulatio* y la mentira para conseguir sus fines, cuando en realidad el disimulo o nicodemismo también es una técnica familista encaminada a la supervivencia del grupo en un medio dogmático y hostil<sup>102</sup>.

Para Lora, si Arias Montano en un primer momento estuvo de acuerdo con la política de terror del duque de Alba, su giro a partir de 1573 a una actuación española en Flandes más moderada y conciliadora no se debe, como afirma Rekers, a una conversión a los postulados de la Familia del Amor, sino a la *utilitas* política, a una táctica sustentada por el tacitismo y el senequismo político que se podría resumir en la razón de Estado de Felipe II<sup>103</sup>. Para este autor, cuando Arias Montano escribe en noviembre de 1573 a Felipe II que el camino sería el «rendir, ynduzir y conciliar los ánimos de los hombres» de manera que el gobernante hiciera «bien a todo el mundo y, en suma, el parecerse a Dios», lo que está haciendo es política bajo un resuelto tacitismo<sup>104</sup>.

Lora apunta a que Montano elabora un absolutismo teórico a la medida de Felipe II, basado en los *arcana imperii*: la razón del rey es comparable a la inescrutabilidad divina. De acuerdo con esta doctrina, la majestad católica de Felipe II se presentó siempre como el gran defensor de la Iglesia, pero actuó, en clara paradoja, bajo el criterio de la razón de Estado. Para Sánchez Lora esta posición es la médula de la visión de Monarquía hispánica que tiene Felipe II y Arias Montano. La cita que hace de Koenigsberger es muy elocuente:

[...] sin un título imperial como su padre y sin visión trascendental de un Imperio cristiano universal, a Felipe II le quedó únicamente una justificación para su Imperio español: la defensa de la Iglesia católica, esta defensa y la razón de estado española tendía a ser una y la misma cosa<sup>105</sup>.

97. La disimulación y el secreto fue una práctica habitual entre los familistas. Un destacado familista amigo íntimo de Arias Montano, el impresor Cristóbal Plantino, entre los años 1560 y 1565, antes de que llegase a Amberes el duque de Alba en 1566, se comunicaba con otros familistas con epístolas llenas de palabras en clave, entre ellas, *commerce* significaba el grupo espiritual, *le bon père* significaba Niclaes, *le bon vin* la nueva doctrina y *les jardins arrosés* la Casa del Amor, *vid.* Rekers (1973: 102).

98. El calvinista Adrián Saravia pensaba que Plantino era el segundo en la Familia del Amor tras el patriarca y profeta Hiël, *vid.* Rekers (1973: 140).

99. *Ibid.* (104).

100. Rekers (1973: 21-60).

101. Sánchez Lora (2008).

102. *Ibid.* (28). El autor alude a la famosa *Iconología* de Cesare Ripa que presenta a la Prudencia como una mujer con dos rostros. Muy parecida a la Simulación, que presenta como una mujer con una máscara, y a la Mentira que lo hace como una mujer envuelta en los pliegues de una capa con un vestido, por una parte, blanco y, por otra, negro. Sánchez Lora afirma que «La Prudencia utiliza pues la simulación o la mentira hasta el punto de que se confunde con ellas».

103. *Ibid.* (28-32). «No veo en Montano una conversión a causa del familismo, en lo que atañe a pensamiento político, entre 1571 y 1573, hay necesidad por utilidad». Lora rechaza también la opinión de Morales Oliver cuando establecía una incompatibilidad moral entre Arias Montano y Tácito (Sánchez Lora 2008: 45), *vid.* Morales Oliver (1927).

104. *Ibid.* (34). Un tacitismo que el autor ejemplifica con los *Aforismos al Tácito Español* de Álamos de Barrientos (1614) o el *Oráculo Manual y arte de la prudencia* de Baltasar Gracián, este de una generación posterior a la de Montano aunque ambos, según Lora, unidos por la prudencia que, según él, y como se ha visto, se basa en la disimulación y en la mentira. *Ibid.* (36-37).

105. *Ibid.* (77). Koenigsberger (1974: 256).

El disimulo de Felipe II no pasó por alto ni en las cortes europeas ni por supuesto en la curia romana; por ello, no son menos elocuentes las afirmaciones incluidas en las instrucciones que en 1589 se dirigían al cardenal Caetani, legado de Sixto V en Francia: «El rey de España, como soberano temporal desea ante todo salvaguardar e incrementar sus dominios [...]. La preservación de la religión católica, que es el principio objetivo del papa, no es más que un pretexto para Su Majestad, cuyo propósito principal es la seguridad y engrandecimiento de sus dominios»<sup>106</sup>.

No nos toca aquí descubrir y señalar con detenimiento los hechos que nos llevarían a comprender que Felipe II, tras la imposibilidad de hacerse como su padre con la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, llevó a cabo durante su reinado, como veremos que también hará luego su nieto Felipe IV, una política encaminada a desarrollar hasta el final el destino que la Monarquía hispánica tenía providencialmente profetizado como generadora del Último Emperador del Mundo a quien, como es sabido, le estaba proféticamente señalado precondiciones tales como la de la exterminación de los infieles herejes, la unión con la Iglesia griega, la admisión por conversión del pueblo judío y la unión universal bajo la autoridad del monarca hispánico, erigido emperador de los últimos días, en cumplimiento del juanino *unum ovile et unus pastor*.

Debido a esto hay varias cuestiones que señalar. En primer lugar, esta ubicación profético-apocalíptica del rey prudente lleva aparejada obviamente una política imperialista en función de esta profético-mesiánica ideología y más concretamente de la precondición de extirpación de la herejía; para ello, partiendo de la obediencia profética citada, el rey podía utilizar como instrumento una cierta razón de Estado que lo llevaría, si hiciera falta, y como hizo su padre con Clemente VII, a hacer la guerra al propio papa.

Por otro lado Koenigsberger se equivoca, Felipe II sí que tiene una «visión trascendental de un imperio cristiano universal», pero esta visión, que no testa Sánchez Lora, cuyas justificaciones son más o menos lógicas pero en el fondo erróneas, está disimulada por una falsa publicitación, como Sixto V le advierte con razón al cardenal Caetani, de una defensa a ultranza de la Iglesia católica, cuando en realidad es profético-apocalíptica y mesiánica y, como tal, enfocada al inminente *eschaton* final en el que la Iglesia oficial e institucional, la *Ecclesia Petri* que representa el papa, queda absolutamente derogada, clausurada y consumada. De ahí que, en efecto, Felipe II se enfrentase, aun militarmente, con los papas de su época y se sintiera solo sujeto a la razón profética

que hacía de él un *Rex et Sacerdos* con un *telos*: el convertirse en el Último Emperador del Mundo que prepararía a la humanidad, cumplidas las precondiciones citadas, para el advenimiento de la Edad del Espíritu.

De esta ideología participaron estos *virii spirituales* fijados sus rostros y sus hechos hasta la primera resurrección por los retratos y elogios procurados por Francisco Pacheco y, por supuesto, en parte, también Arias Montano. El propio Lora señala una fuente fundamental de la misma: el Libro de Josué<sup>107</sup>. En efecto, Josué es el modelo de rey profético, coronado por Dios, de quien es intérprete de sus designios, es el vínculo entre Dios y su pueblo. Muerto Moisés, Dios lo eligió sucesor, Josué recibe las órdenes directamente de Dios y luego las transmite al pueblo de Israel, su autoridad es indiscutible pues Dios lo ha engrandecido «a los ojos de todo Israel» (Jos 3, 7).

Por tanto, Josué tiene la autoridad suprema sobre todo el pueblo de Israel, es el rey visionario y, lo que es más importante, al decir de Suárez, «Dios [...] lo ha hecho su profeta»<sup>108</sup>. Un plan divino, *arcana imperii*, que solo conocen Dios y sus verdaderos y auténticos profetas, un profetismo legitimado por Arias Montano según la acción de Josué que, oculto a los ojos de la multitud, hacía de Felipe II el instrumento para la instauración en la tierra del reino mesiánico prometido a Moisés, a Josué y finalmente al pueblo cristiano, heredero del pueblo de Israel.

Suárez realiza un trabajo ejemplar sobre el pensamiento político de Arias Montano, en función de su tratado *De Optimo Imperio*. A pesar de ello hay algo en lo que no parece querer entrar, la ideología familista de Montano –que tiene sus orígenes en el joaquinismo–, a la que no hace nunca referencia. Para este autor, Plantino y sus amigos, incluido Montano, son solo humanistas del siglo XVI. Sin embargo, cuando realiza un análisis acerca de la legitimidad de los monarcas europeos del siglo XVI, en relación con la absoluta legitimidad, al ser elegido por Dios, de Josué, duda y señala los «ecos velados en su comentario del pesimismo agustiniano acerca de la naturaleza del hombre que Harald Braun ha localizado en la propuesta de Mariana acerca de la institución del rey»<sup>109</sup>.

A pesar de estos ecos Suárez piensa que quizás haya que matizar y que la diferencia entre Josué y el pueblo de Israel con los monarcas y pueblos cristianos del siglo XVI solo sea cuestión de fe, «que una vuelta a los modelos del Antiguo Testamento quizás podría subsanar».

107. Arias Montano (1583).

108. Suárez (2016: [15]).

109. Suárez (2016: [30], n. 85).

106. *Ibid.* (77). Cita a Boüard (1932: 62).

Parece lógico que así sea, quizás haya que tener en cuenta que Montano piensa en Felipe II y la Monarquía hispánica en relación con su destino como Último Emperador del Mundo en un *eschaton* final de la historia en el que se produciría un viraje absolutamente radical en las condiciones de vida en Europa, ya unificada, globalizada, al construir un pueblo cuyo tipo es el anacoreta y que Montano, como los *virii spirituales* joaquinistas y su programa de *paideia* universal, tiene la misión de educar, que es lo que está haciendo con su programa educativo a través de sus obras y de su escuela de pensamiento, necesidad que quizás confunda Suárez con el «pesimismo agustiniano», imposible en Arias Montano. En definitiva, la construcción por educación de un pueblo como el de Israel, el nuevo pueblo de Dios compuesto por nuevos adanes cuyo dirigente único y principal es el nuevo Josué: Felipe II Habsburgo, convertido en el Último Emperador del Mundo.

### 2.2.2. Amor, joaquinismo y familismo hispánico en Arias Montano

Pero la apuesta por el Último Emperador del Mundo de Arias Montano no era el *telos* personal del frexnense-hispanense. En *De Optimo Imperio* dibuja el modelo de rey profeta y de gobierno profético que debe imperar en el momento en que se haga efectiva la tierra prometida: la *universitas christiana* tras el advenimiento de la Edad del Espíritu. Pero, si este es el modelo de rey y de gobierno ¿cuál es el modelo del fiel vasallo?

Sin duda, tal como ya había señalado Joaquín de Fiore, el tipo de ser humano en la Edad del Espíritu es el anacoreta habitante de una arcadia ideal, pero mientras esta llega, en el *Interim*, es decir, en la situación de inminencia del tiempo transicional entre el segundo y tercer *status* joaquinista, un grupo de elegidos, tocados por la mano de Dios, los *virii spirituales*, estarán comisionados para hacer universal el Pentecostés histórico, ellos tendrán el encargo de educar a la sociedad. Para ello, para convertirse en *virii spirituales*, hace falta una especie de conversión, el advenimiento interior de la *intelligentia spiritualis* –que nunca será escolástica– y una acción, la *actio*, que estará impulsada por *Eros*, el amor.

Arias Montano, que también tuvo su conversión, maduró en el grupo espiritual de la Familia del Amor, cuya filosofía es el amor como mixtura que une al hombre con Dios, que lo hace divino, *deificatio*, o que a la divinidad la hace humana, *humanatio*. Su *telos* realmente es la Edad del Espíritu en la que el ser humano, educado, arroja el lastre de las trabas que provoca la oscuridad derivada de la ignorancia y se llena de luz, *illuminatio*, de verdad, *aletheia*, de amistad, *philia*, de amor, *Eros*, en

una fusión cósmica con el resto de la creación, en una explosión de gozo y de felicidad.

La apuesta por el Último Emperador del Mundo es instrumental y propedéutica a esa última efusión pneumática que provoca la sublimación y la unión amorosa del hombre consigo mismo, con sus semejantes y con la naturaleza.

### 2.2.3. La filosofía del amor: el eje argumental de la Familia del Amor

Plantino dio un giro en su relación con el profeta Niclaes, al que abandonó y con él los familistas que se habían quedado en Flandes bajo la nombradía de católicos: Justo Lipsio, Abraham Ortelio, Andrés Masio y Luis Pérez quienes fueron dirigidos espiritualmente por un nuevo profeta: Henrik Jansen Barrefelt, al que apodaron Hiël, es decir, «Luz de Dios»<sup>110</sup>. Las bases ideológico-espirituales no sufrieron ningún cambio, aunque este grupo en su nicodemismo se mostró más tendente a guardar las apariencias católicas frente al de Niclaes que era más proclive al protestantismo. Algo que, al fin y al cabo, constituía una nimiedad pues los familistas fueron indiferentes a ambas confesiones.

La espiritualidad de los familistas se basaba en la escucha atenta de «la voz de Dios dentro de su propio corazón», así como a través de la identificación, *deificatio*, con la divinidad<sup>111</sup>. Frente al anabaptismo más radical e interesado en una actividad social que pudiera cambiar radicalmente la estructura de la sociedad, los familistas eran tolerantes «y su doctrina radical partía de la insuficiencia de la razón humana para comprender la palabra de la Biblia»<sup>112</sup>. Para suplir este vacío y lograr esta comprensión bíblica recurrieron a los escritos esotéricos de su maestro Hiël, «Luz de Dios», que los iluminaba. Eso le ocurrió al propio Arias Montano quien, en su *Apocalipsi Elucidationes in Omnia Apostolorum scripta*, impreso por Plantino en 1588, afirma la importancia del *Apocalipsis* y confiesa la influencia que ejerció en él Hiël para la comprensión de este:

Confieso que, aunque ingresé en los caminos del Señor hace treinta años, con su ayuda, y estudié la Sagrada Escritura, sin embargo, no entendía casi nada del *Apocalipsis* de San Juan sino uno, dos o a lo sumo tres capítulos, y esos no seguidos, a pesar de consultar muchos comentaristas y expositores. Solía decir yo que entendía mejor el *Apocalipsis* que los comentaristas que leía, pues ellos exponían el texto en sus comentarios como si hubieran comprendido su significado y fuera fácil exponerlo; pero sus varias interpretaciones me lo hacían aún más obscuro y

110. Rekers (1973: 104).

111. *Ibid.*

112. *Ibid.* (105).

difícil que antes. Continuando en esta opinión y en este deseo de comprender, sucedió por providencia divina que, por la obra y la ayuda de cierto testigo viviente de la verdad cristiana, a quien el poder y la verdad mismos de Cristo han puesto por nombre Hiël, otra chispa de luz se me ha otorgado por la cual pudiera conocer todos los misterios de este libro. Misterios que no pueden ser percibidos plenamente y abundantemente sino por aquellos a quienes Dios, autor de estas palabras, les comunica el tema mismo de que tratan. Pero sí pueden serlo por los píos y simples amantes de la verdad que en nada se fían de su ingenio y juicio humano, conocedores del camino sincero de Cristo: a ellos sí se les puede mostrar un ejemplo de esta trasfiguración, como a los tres apóstoles sobre el monte santo<sup>113</sup>.

Resulta cuando menos curioso que Arias Montano para lograr una comprensión del siempre difícil *Apocalipsis* de Juan, se aleje de la patristica y de los tradicionales comentaristas y exégetas escolásticos y se acerque a un visionario escasamente letrado. Pero esto no es algo paradójico pues tiene su comprensión. Para Arias Montano la revelación del secreto estaba reservada a los «píos y simples»<sup>114</sup>.

Esto mismo piensa Wilkinson, gran crítico con Rekers, para quien no es impropio aceptar una comprensión de lo que significa el texto de un exegeta piadoso y simple a cuya mente la Providencia ha traído la verdad<sup>115</sup>. Esto sería una demostración de la creencia joaquinita del papel reservado a los *abiecta mundi* en la Edad del Espíritu, a los que él mismo llamará luego la *pusillus grex*, es decir, y de acuerdo con Lc 11, 32, el pequeño rebaño o la pequeña manada de los más simples a los que Dios hace herederos del Reino. Algo parecido a esto ya había ocurrido en los orígenes de la Congregación de la Granada. Gómez Camacho, su fundador, era un cerrajero y se convirtió en maestro de espíritu; asimismo, su colega, el para muchos reconocido protestante Rodrigo de Valer, un hombre pío y simple, había convertido a la verdadera predicación y conocimiento divino al mismísimo canónigo magistral de Sevilla, Juan Gil «Egidio»<sup>116</sup>.

113. La traducción en Rekers (1973: 129-130) y el texto latino en 194. La influencia de los *Comentarios sobre el Apocalipsis* del líder familista en las *Elucidaciones* de Montano las cifra Sabbe así: «las nueve décimas partes de los escolios que Arias Montano puso al texto del Evangelista ... son simplemente la traducción de las notas explicativas de Hiël». Sabbe (1934: 25).

114. Gómez Canseco (1993: 29).

115. Wilkinson (2007: 30). Wilkinson acepta que un hombre simple abra la mente de un gran políglota y maestro como Montano –tal como ocurrió con Valer y Egidio en Sevilla– afirma que esto es posible por causa de que la Providencia divina lleve a la mente del simple, de la *pusillus grex*, la verdad; sin embargo, niega la mayoría de las aseveraciones de Rekers y rechaza los argumentos dados por este para justificar la conversión de Montano a la Familia del Amor.

116. González Polvillo (2022a: 103-125).

En efecto, Hiël era un visionario que, sin una preparación intelectual exquisita e inspirado en presupuestos, por muy bastardos que los viera el cardenal Lubac, joaquinitas y la exégesis que en el discurrir del tiempo se había hecho de la obra y pensamiento del abad de Fiore, predica constantemente, en un lenguaje cargado de simbolismo, el amor, la paz, la tolerancia y la dignidad humana en la que se incluía la democracia epicúrea del cuerpo. Los miembros de la Familia del Amor se instalaban por encima de cualquier doctrina oficial, católica o protestante, en lo que sería un sentido de superación, pero también, en la línea de consumación de la *Ecclesia Petri* del segundo *status* joaquinita, de claudicación y derogación de los viejos presupuestos doctrinales e institucionales de las iglesias oficiales.

Poco importaba que los familistas asumieran de una forma pública, en la letra o en la carne, cualquiera de los postulados dogmáticos impuestos por la confesionalización, el disciplinamiento y la alienación social en un Estado determinado, máxime cuando en los estados confesionalizados modernos se vivía en una constante sospecha de la herejía y la vigilancia dogmática e inquisitorial se cernía sobre cualquiera que desprendiese algún halo de heterodoxia, ellos solo se regían por una conciencia individual capaz de establecer contacto con la divinidad «escuchando cierta voz interior»<sup>117</sup>.

En este sentido Hiël, el profeta de la Familia del Amor traducía la voluntad divina, al menos para el momento que he denominado con Joaquín de Fiore *Interrim*, en el que se debía producir la *paideia* global, de esta manera:

Es voluntad de Dios que todos los hombres alcancen la eterna bienaventuranza por medio de sus diversos ritos. Y así, de momento, tolera que las ceremonias persistan, ya que solo son para un período, y permite a cada uno mantener las suyas [...] Oídlas bien, todos vosotros, los que por razón de las varias ceremonias y servicios, según pretendéis, estáis viviendo en lucha y disensión. En todos sus diferentes modos, estos servicios y ceremonias son buenos y no malos, para los pequeños y menores de edad, cualquiera que sea la forma en que se realicen<sup>118</sup>.

117. Rekers (1973: 106, n. 10). Rekers insiste en dejar claro que a los familistas, a pesar de ciertas similitudes con el erasmismo y la oración interior, no hay que confundirlos con los místicos ni los alumbrados españoles, pues estos nunca llegaron tan lejos como para organizar sociedades secretas. En principio podría parecer una diferencia un tanto oscura ya que los alumbrados también formaron sus grupos más o menos herméticos. La diferencia con los familistas, y con los familistas españoles organizados secretamente y muy cercanos a Arias Montano, es quizás el ejercicio de la *dissimulatio*, es decir, la táctica nicodemita de llevar a cabo una vida ajustada al sistema cultural imperante cuando en realidad se desarrollaba una vida interior de acuerdo con las proposiciones del grupo espiritual de la Familia del Amor que aquí veremos.

118. *Ibid.* (131). Texto en alemán en 194. Obsérvese que estas palabras del líder profeta de la Familia del Amor, van dirigidas a «los pequeños

El sentimiento de indiferencia que se desprende de estas palabras provoca un comentario de Rekers que no tiene desperdicio: «Es decir, el hombre deificado se situaría por encima de los cristianos ordinarios, capaz de identificarse con Dios, menospreciando en consecuencia todos los intermediarios eclesiásticos: podría ignorar el clero, los sacramentos, la autoridad del Papa». Comentario que hubieran firmado los seguidores de Joaquín de Fiore y más aún los radicales pseudojoaquinitas autores y lectores del *Super Hieremiam* y el *Super Esaiam*<sup>119</sup>, que despreciarían así, ante la inminencia de la Edad del Espíritu, la institucionalizada y ya, para los elegidos, clausurada *Ecclesia Petri*<sup>120</sup>.

Sin embargo ni Rekers, ni otros que yo sepa, han establecido con éxito las raíces más profundas de estas diferencias de los familistas con cualquiera de los grupos espirituales más o menos heterodoxos derivados de la *devotio moderna*. Rekers lo soluciona con esta práctica de una religión interior e individualista, con una praxis vital más o menos estoica y una *deificatio* que tiene lugar en el corazón tras el diálogo en un lenguaje común con Dios. Para otros, este apartarse del mundo teológico y dogmático preconizado por la Familia del Amor es fruto de «una nueva visión de la realidad, una comprensión del mundo de la forma, de la manifestación, del Fenómeno, visto desde la Conciencia, la Realidad, el Noumenon»<sup>121</sup>. Sin embargo, e independientemente de estas cuestiones, a mi juicio habría que tener en cuenta que en la raíz del pensamiento de la Familia del Amor están las enseñanzas asumidas que se derivan del pensamiento joaquinita.

Esto permite comprender el gusto familista por el eremitismo y el anacoretismo, observado por algunos como un cierto estoicismo, la predilección por los humildes, la *simplicitas* familista de la que habla Mangani en relación a la influencia del familista Ortelio en

y menores de edad», es decir, a los *parvuli* y *abiecta mundi* joaquinitas, a la *pusillus grex* de Arias Montano.

119. González Polvillo (2022a: 31).

120. Reckers (1973: 132). Para este autor, la verdadera actitud de Plantino y Arias Montano, para unos hipócrita y, para otros, conciliadora, era difícil de dilucidar: «si Plantino y Montano eran unos hipócritas o si con buena conciencia podían hermanar el Familismo y el Catolicismo, es un problema que no se puede resolver».

121. Alcalá Galiano (s/f: 25). Para Alcalá el solipsismo familista no alude ni al relativismo ni a la falsa hipocresía o cobardía, sino a una constatación de la vaciedad del mundo relacional cuando el familista comprende que son esquemas culturales que desarrollan la cohesión social como método de seguridad. Pero, aunque esto fuera así, la sociedad forma parte esencial, estructural, del *zoon politikon*, el ser humano es y no puede dejar de ser un animal social. A mi juicio el culto al individualismo bajo expresiones estoicas y, generalmente, eremiticas es un símbolo anagógico de un nuevo tiempo en el que, como establecía una parte del joaquinismo, las estructuras y las jerarquías quedan derogadas al universalizarse el conocimiento de la verdad por medio de una auténtica, libre e imparcial educación.

la pintura de Bruegel<sup>122</sup>, los «píos simples», «los pequeños y menores de edad» a los que se refería como hemos visto Hiël, los *abiecta mundi* joaquinitas que son la *pusillus grex* de Arias Montano y de la Congregación de la Granada, que también depende de él, el sentimiento de consumación de las iglesias institucionalizadas, la conciencia de estar en un tiempo clausurado y final, así como en el inicio de uno nuevo, la Edad del Espíritu, que para los familistas también es la Edad del Amor, con la construcción de un nuevo Adán, propio del tercer *status* joaquinita, así como la seguridad que, si creemos al cardenal Lubac, tenía Nielaes de que la Familia del Amor relevaría al cristianismo como este lo había hecho respecto del pueblo de Israel<sup>123</sup>.

Para ese relevo, en el que la Familia del Amor se haría universal, se planteaba la necesidad de la *paideia* global como método de asunción de la *intelligentia spiritualis*, una inteligencia espiritual que facilitaría la comprensión de la *aletheia*, la verdad de las cosas. En definitiva, la *paideia*, la educación, como solución a los problemas del mundo terrenal que, inexcusablemente, solo puede ser terrenal, es decir, en el *ethos* o ámbito natural de la sociedad humana.

Montano quedó prendado en Amberes del ambiente de la ciudad y sobre todo de la cultura humanista de los nuevos amigos que a través de Plantino había adquirido. Más tarde muchos de ellos serán recomendados por él mismo al duque de Alba o a la propia corona para su colaboración en los más variados campos de la cultura y la ciencia. Nombres como los geógrafos Ortelio y Mercator, los propios impresores Plantino y su yerno Moreto, los literatos Lipsio, Junio y Torrentio, el matemático Masio y Raphelengio, entre otros muchos, quedarán ya en la memoria de Arias Montano.

Pero también allí contactará con españoles de origen judío como el banquero, además de librero, Luis Pérez, los hermanos Marcos y Alvar Núñez y Fernando de Sevilla, sin olvidar a ricos comerciantes burgueses flamencos, muchos de ellos, junto con los humanistas, miembros de la Familia del Amor. A Arias Montano no le importó en absoluto que algunos de estos hombres fueran de ideas o prácticas religiosas más o menos protestantes pues, para él y para todos, imperaba además de la amistad, la ciencia y el conocimiento por encima de esquemas de pensamiento subyugados al dogma impuesto.

122. Mangani (2006: 158).

123. Lubac (1989: I, 180). Es la forma que tiene Lubac, siempre en su ladera, de traducir a la Familia del Amor la idea joaquinita del advenimiento de la *Ecclesia spiritualis* en el tercer *status* joaquinita al tiempo que se evidenciaba la Edad del Espíritu, una *ecclesia*, una nueva sociedad, sin estructuras, por supuesto, tampoco las estructuras eclesiásticas.

Arias Montano jamás olvidaría los años de Flandes, así se lo comunicaba en 1586 al geógrafo familista Abraham Ortelio: «Testigo es Dios de mi afecto hacia ti, de mi ternura, de mi nostalgia de aquellos casi ochos años tan bellos que ahora me parecen haberse pasado tan deprisa»<sup>124</sup>.

Hay autores, como Rekers, que cree que en Flandes se produjo la «conversión» de Montano; aunque, a mi juicio, más que una conversión al familismo habría que hablar de un reconocimiento de los presupuestos profético-apocalípticos previos desarrollados en España en la ideología de la Familia del Amor. En una de esas cartas, fechada el 22 de octubre de 1575, Plantino parece aludir a una vida equivocada que por especial elección de la gracia divina ahora abandonan y enderezan «nosotros, que por benignidad del Dios misericordioso y su gracia divinamente anunciada a nosotros, hemos abandonado nuestra vida anterior». Una vida nueva con la que deben ser consecuentes y «dar testimonio de ella con todos los que encontremos en Jesucristo nuestro Señor».

La razón de ello no puede ser más joaquinista: la inminencia de un nuevo y último *eschaton* que alude a un tiempo puro, a un reino mesiánico en el que Dios se entroniza entre los hombres, es decir, en la sociedad humana en la tierra: «Porque es ya inmediato el tiempo maravilloso en el que el señor Dios quiere purificar su era, limpiar su santo templo y reinar, erigir su trono y establecerlo entre los hombres» ¿De qué sirve ya la antigua vida, los antiguos y carnales anhelos? Ante esta segura inminencia del advenimiento de una nueva era, la Edad del Amor, de la instauración del trono divino en la sociedad de los hombres, ya no valen ni las iglesias institucionales ni las monarquías dinásticas institucionalizadas.

Un símbolo de la Edad del Espíritu para Joaquín de Fiore era el eremitismo como metáfora del nuevo tiempo del espiritualismo y solipsismo del hombre deificado. Es lo que pide ahora Plantino a Arias Montano en esta apertura del corazón que hace a su amigo: «quizás ahora puedes adivinar cuánto deseé que te retiraras de la vida cortesana y de todos los consejos de la corte o, como tú solías llamarlos cuando aquí estabas, de los asuntos de estado, y entregarte plenamente a tu vocación en Jesucristo nuestro Señor». Según Plantino, Montano está quizás ahora, en 1575, preparado para comprender qué significa el retiro, en apariencia estoico pero que en realidad es eremítico y, por tanto, apocalíptico, que postulan los familistas, un abandono del papel de Marta –representante de la *actio* de la *Ecclesia petrina*– y un acogimiento del papel contemplativo de

María –la *Ecclesia virginalis* o *Johannis* joaquinista de la Edad del Espíritu–.

Era eso, esa convicción, a la que ya había llegado Arias Montano expresada por carta a Luis Pérez, que este había leído al célebre impresor familista, lo que provoca que Plantino estalle de gozo, tal vez porque se siente artífice de lo que para él es una conversión de Montano a los presupuestos ideológicos de la Familia del Amor: «Lo cual compruebo que ahora estás dispuesto a hacer, según veo por tu carta a Pérez, y ello me hace sentirme tan rico de gracia divina»<sup>125</sup>.

Arias Montano había encontrado en el grupo de Amberes, en la Familia del Amor, la horma de su zapato, su verdadero yo. Así se lo expresa a su querido amigo Abraham Ortelio en una carta enviada desde Roma el 28 de febrero de 1576, cuando ya la curia había condenado su Biblia. También a él, como había hecho algunos meses antes con Luis Pérez, le expresa el deseo del retiro de la vida pública absolutamente convencido de la inminencia del cambio de era, del advenimiento de la Edad del Espíritu, *mirabile tempus*<sup>126</sup>, como la llama Plantino en carta a Guillermo Postel, cuyos resultados en la *pussillus grex*, en la pequeña grey, aunque serán globales deben comenzar, en estilo de vida, por los *virii spirituales* entre los cuales por supuesto se incluía.

De las dos ramas de la última orden del mundo, después de una vida en la *actio*, ahora Montano decidía la *contemplatio*, es decir, convertirse en un eremita antes incluso de la inflexión crítica final:

Es difícil de creer, Ortelio amigo, cuán estrechos son los vínculos de amor que me atan a ti y a los que son como tú [...] no sé por qué, al carecer de vuestra presencia, me parece estar privado de todo el gozo de la vida [...] Por esta razón, no ansío otra cosa que una vida privada, ajena a todo quehacer exterior; eso deseo y quiero y en ello estoy todo, y por eso trato por todos los medios de librarme de los negocios de la corte, y si lo logro, cuanto antes volveré a vosotros, es decir, volveré a mí mismo<sup>127</sup>.

Los deseos y las afirmaciones realizadas por Plantino se verifican. Montano ha visto la luz y ya no tiene vuelta atrás. El amor a sus amigos y hermanos familistas, que es metáfora del amor a sus ideas, esperanzas y confirmaciones, ha invadido su alma. Desea una vida privada y volver con sus amigos. No será posible, solo en parte. En España Arias Montano logrará en algún momento dedicarse a esa vida retirada. Aunque ese abandono del tráfigo del mundo y la búsqueda de la

125. Rekers (1973: 114-115).

126. En este *mirabile tempus* Dios limpiará su «trilla y su santo templo y reinará, alzando su trono y estableciéndolo entre los hombres». Hamilton (1981: 81).

127. *Ibid.* (116).

124. Rekers (1973: 110).

soledad eremítica no sea exactamente volver con la Familia a Flandes, no será tampoco estar absolutamente solo, pues ese «volveré a vosotros, es decir, volveré a mí mismo» también tiene otra lectura: volver a mí mismo es como volver a vosotros.

Por lo tanto, el retiro de anacoreta para Montano que, como un *vir spiritualis* preludia el *mirabile tempus*, la Edad del Espíritu, será como estar deificado y en comunión-uniión con su Familia del Amor que, tras el inminente *eschaton*, será una *Familia Universal del Amor*, que no solo es humana sino cósmica, en lo que sería la realización material de un panteísmo cósmico, la unión armónica de la creación.

#### 2.2.4. Arias Montano y el apocalipticismo joaquinita

Tal como ha afirmado Domenichini en el prólogo a su edición del *Dictatum Christianum* de Montano, en contra de lo afirmado por Rekers, los contenidos ideológicos que le proporcionó la Familia del Amor ejercieron de catalizador de un proceso que ya se había operado en Arias Montano en la década que precedió a su llegada a los Países Bajos<sup>128</sup>. Montano publicó su *Dictatum Christianum* en las prensas de Plantino en Amberes en 1575; sin embargo, parece que una primera redacción pudiera estar realizada ya en 1568, cuando Montano pide al secretario real Gabriel de Zayas, su compañero de estudios y de cuitas, la devolución de su «Instrucción cristiana», cuya intención fue la de declarar «cuán simple y claro es el oficio común de cristiano»<sup>129</sup>.

Este dato será uno en los que se apoya Melquiades Andrés para rebajar, o eliminar, cualquier influencia familista en Montano y en su *Dictatum*. Para Andrés el *Dictatum* «se amasó» en Sevilla probablemente entre los años que Montano escribe allí su *Comentario a los 12 profetas menores*, es decir, entre 1560-67 y forma un nexo cronológico entre España y Amberes pues afirma: «No creo que exista cambio espiritual ni científico entre ambas épocas». En otras palabras, Andrés, en su intento de dejar católico ortodoxo a Montano, no cree que tenga influencia familista, sino que su pensamiento estaba ya formado anteriormente e inserto en «la realidad teológica y espiritual española en la que se inscribe»<sup>130</sup>.

Esto es probable, pero también que la «realidad teológica y espiritual» de Montano, tal como aquí definiendo, se insertaba en una corriente mesiánica, apocalíptica

y joaquinita que se enriqueció en su viaje a Amberes, cuando observó en el familismo grandes coincidencias con sus presupuestos profético-apocalípticos o, cuando menos, entrevió en sus postulados grandes aportaciones para incorporarlas, en clara armonía, a sus propios presupuestos profético-apocalípticos de raigambre judeoconversa y que, en gran medida, tenían una base joaquinita.

Por tanto, podemos destacar en la evolución vital e ideológica de Montano tres momentos: un proceso inicial o previo que tiene que ver con su formación en Alcalá además de con el apocalipticismo joaquinita sevillano y su objetivación en los inicios de la Congregación de la Granada, una continuación con la intelectualidad relacionada con la Familia del Amor en Flandes que, en cierto modo, provocará en él una inflexión, y una culminación con el intento de crear en El Escorial una célula familista en torno a sus discípulos fray José de Sigüenza y fray Lucas de Alaejos, ambos jerónimos, que tuvo como consecuencia que Sigüenza fuese procesado por la Inquisición.

A todo ello habría que añadir el otro foco, el grupo apocalíptico sevillano catalizado y reforzado en su ideología por el familismo, son los filofamilistas que Arias Montano aglutinó en Sevilla, entre los que se hallaban los canónigos catedralicios Francisco Pacheco, tío del pintor, Luciano de Negrón y Pedro Vélez de Guevara.

Aunque también debemos incluir a nuestro pintor, Francisco Pacheco, pues como él mismo afirma en relación con Arias Montano en su *Libro de verdaderos retratos*, «le visité i comuniqué año 1593, i su Retrato que pongo aquí es el más parecido que ai en la edad que le conocí»<sup>131</sup>. Aunque la influencia familista, que con toda probabilidad tuvo Pacheco, debió reforzarse por influjo de su propio tío el canónigo homónimo y su círculo sevillano.

#### 2.2.5. Los orígenes y desarrollo del profetismo apocalíptico de Arias Montano

En general la visión que de Montano presenta Rekers es, a mi juicio, correcta: sus argumentos, basados en la correspondencia de Montano con Plantino, en la que hablan del líder de la Familia como «el poeta» y aluden a sus obras espirituales como «poemas», en un significativo ejercicio de disimulo utilizando la poesía como manto que oculta la ideología o la disfraza para pasarla desapercibida, son argumentos que, aunque no son del todo convincentes, son útiles para la comprensión ideológica de Montano que seguirá, una vez vuelto a España, con el uso en ocasiones de ese lenguaje un tanto

128. Domenichini (1984: 28-29). Vid. Fernández Marcos y Fernández Tejero (1997: 22).

129. Gómez Canseco (1999: 251), cita CODOIN. Madrid, 1862, XLI, 147.

130. Arias Montano (2003: 22 y 28-29).

131. Pacheco (1983: 198).

críptico, como se evidencia por ejemplo en la utilización del concepto *pusillus grex*.

Al mismo tiempo también sería correcta la opinión de aquellos que defienden su catolicismo formal puesto que se esforzó, como táctica del familismo y, en general, del apocalipticismo, en realizar un ejercicio de nicodemismo, un claro disimulo de su verdadero pensamiento admitiendo la práctica religiosa católica como velo que ocultaba el verdadero espíritu. Para Rekers, Montano llega a Amberes católico y en su estancia en aquella ciudad, entre 1568 y 1572, se inserta, por mor de su amigo el impresor Cristóbal Plantino, que refuerza con la amistad del banquero Luis Pérez y con Ortelio, en la Familia del Amor –*Familia Charitatis*–, ciudad en la que establecerá también contactos con otros mercaderes conversos como él.

En Amberes lideró la Familia del Amor Hendrik Niclaes, quien afirmaba que Dios había derramado sobre él el «espíritu del verdadero amor de Jesucristo», además de que había sido escogido para ser el profeta que preparara el camino para el tiempo del fin. Como se ve, todo un pensamiento joaquinita aludiendo así al espíritu y a la Edad del Espíritu, como nuestra Congregación de la Granada cuyo líder tenía el «espíritu de Jesucristo», quien a su vez preparaba, junto con los del «particular espíritu», el advenimiento de la Edad del Espíritu.

Niclaes se mostró exteriormente católico, tal como correspondía a la familia en la que había nacido, al tiempo que fundaba en Emden –Frisia oriental– su Familia del Amor, en la que se evidencia la enseñanza de un cierto panteísmo místico, como se demostraba al asegurar que él mismo era una encarnación de Cristo –como nuestro cabeza de la Congregación dotado del Espíritu de Cristo–. No prohibió a sus hermanos y correligionarios actuar como católicos, aunque pensaba que sus prácticas y lecciones solo servían para preparar el advenimiento de la Edad del Amor.

A Niclaes, como se ha visto, lo sucedió en la dirección de la Familia del Amor Hendrik Jansen van Barrefelt, también llamado Hiël, quien propugnaba la humildad de corazón y un cierto indiferentismo místico. Aunque no desprecia las obras no le da la importancia que le otorgan las iglesias oficiales:

Que nadie imagine, por tanto, que nosotros no queremos los cultos cristianos y que no deseamos servirnos de ellos, porque por divina providencia, damos testimonio de la renovación de la vida ¡Oh!, sí, nosotros sabemos bien que los cultos cristianos vienen en ayuda de aquellos que quieren llegar a la vida nueva<sup>132</sup>.

132. Sabbe (1934: 8). Hiël aquí también puede que ejerza de nicodemita.

Por consiguiente, Hiël aboga por una especie de sincretismo extensible a todas las iglesias cristianas: católicos, luteranos o calvinistas, pues, tal vez influenciado por el deísmo neoplatónico, encuentra la presencia divina en todas las religiones, lo que se erigiría en la base de la tolerancia familista. Esta permisividad de quien a partir de 1573 sería líder de la Familia del Amor pudo servir de sólido argumento a sus seguidores para vivir una vida en el disimulo de una ideología que no sería aceptada en ninguna de esas iglesias cristianas<sup>133</sup>.

No parece correcto, como hace Rekers, afirmar que la transformación ideológica en Montano se produjo en Amberes, pues es evidente que Arias Montano, con origen en una familia judeoconversa, se sintió atraído desde edad temprana por el apocalipticismo milenarista joaquinita que implicaba un cambio radical en la sociedad humana convirtiendo así el mundo y la vida en él en una tierra prometida bajo el gobierno mesiánico de un *Rex et Sacerdos* como Último Emperador del Mundo.

Vincular la existencia en la tierra a un valle de lágrimas en la que bajo la durísima égida de la «razón trascendente» se obtenía el billete para una trascendencia de orden dicotómico, feliz o terrible, a uno de los *topoi* escatológicos de incidencia eternal dogmáticamente impuestos por los socios de la confesionalización católica, le resultaba aborrecible.

A pesar de todo, a mi juicio, sí que hay una inflexión en Montano a partir de su estancia en Amberes, puesto que, en su ideología profético-apocalíptica, basada en parte en la creencia en la destrucción de los herejes como condicionante del advenimiento del Espíritu, sufrirá una mudanza debido al sincretismo y ecumenismo de la Familia del Amor. Solo así podrá entenderse su cambio de actitud ante la respuesta represiva del duque de Alba en Flandes a partir de 1571, apostando ahora por el pacifismo y la comprensión<sup>134</sup>.

Un análisis, desde la visión profético-apocalíptica profesada por los miembros de la Congregación de la Granada, de la carta que el calvinista, profesor de teología en Leiden, Adrián Saravia, enviara en 1608 al arzobispo de Canterbury, Richard Bancroft, quien le había pedido informes sobre la Familia del Amor al haberla detectado en Inglaterra, nos puede ayudar a establecer paralelismos entre familistas y congregados, lechones de la piara de Joaquín de Fiore.

133. Como demuestra que las obras de Niclaes fueran incluidas en los *Índices de libros prohibidos*, o que el propio Montano escribiese en 1590 a Justo Lipsio advirtiéndole que no citara en sus cartas a la Inquisición: «Además, te aconsejo y amonesto que en lo posible te abstengas en delante de mencionar la Inquisición, a no ser que acaso encuentres tema u ocasión para alabar algo de ese tribunal».

134. Hamilton (1981: 77): «La actitud de Arias Montano sufrió un cambio mientras vivía en los Países Bajos».

Las conclusiones doctrinales realizadas por Saravia, las mismas que podría haber hecho un católico, son rotundas. Afirma que los familistas reducen la Biblia a cierta filosofía estoica. Esto estaba también en los congregados: para Montano y sus amigos familistas-congregados, el estoicismo era una expresión nicodemita de sus ideas y creencias relativas al profetismo joaquinista que preconizaba como situación ideal la vida eremítica en la Edad del Espíritu. Este eremitismo, debido a un cierto parecido, es leído por muchos como estoicismo en relación con la importancia que los estoicos daban a la naturaleza como lugar en el que radicaba el espíritu de la divinidad.

Pero aún es más rotunda y peligrosa la acusación de Saravia, radicalmente heterodoxa, de que los familistas apartan a Cristo de sus creencias, es decir, los acusaba de que técnicamente no eran cristianos. Señala que los familistas «enseñan una defección del Cristianismo, pues no tienen Cristo, no a no ser como un arquetipo»<sup>135</sup>. Es, a los ojos del calvinismo, una acusación muy seria, terrible, que también lo sería para los católicos. Parece ser que para los familistas Cristo es un arquetipo, una alegoría, como también lo son el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero lo curioso aquí, lo que nos demuestra la similitud, es que para la Congregación de la Granada Cristo también es un arquetipo, la pretensión es olvidarlo. Cristo, desde la visión de la filosofía de la historia joaquinista, es la conclusión del segundo *status* y el símbolo, la figura tipológica, de la incoación del tercero y último en el que deviene la Edad del Espíritu.

¡Olvidar a Cristo!, parecen gritar en ocasiones los congregados joaquinistas, un Cristo histórico cuya misión estaba ya consumida por el cuerpo social y por tanto la Edad del Hijo estaba consumada como efecto en la diacronía histórica. Saravia afirma que los familistas anulan todo el mérito de Cristo y aseguran que los seres humanos «tenemos ya dentro de nosotros lo que buscamos en Cristo y en sus méritos». En efecto, para los apocalípticos joaquinistas la humanidad ha asumido lo que ha aportado Cristo, desde que ha muerto y ha anunciado a sus discípulos la venida del Espíritu, que completará su misión. Todo lo que representa a Cristo se ha asumido, por lo que su objetivación, la *Ecclesia Petri*, debe ser clausurada para preparar el derrame pneumatológico del Espíritu que se concretará en la *Ecclesia Johannis* o *virginalis*, la Edad del Amor o la Edad del Espíritu.

Los ritos y ceremonias externas del culto divino, que Saravia se los había oído decir a Plantino, eran necesarios para el vulgo; sin embargo, eran algo superfluo para

los más perfectos, aunque debían practicarlos para evitar su propio descrédito, pues la misión asignada por la historia a los familistas en su rol de *virii spirituales* era clara: la educación de ese vulgo con el objeto de su preparación, en relación con la *intelligentia spiritualis*, para recibir la Edad del Espíritu. Por ello el familista en lo relativo al rito externo «debe practicarlos, a fin de no perjudicar a ninguno de los que por él, como de la mano, deben ser guiados a lo que ellos llaman el mejor y más excelente estado de Cristo».

Pero, ¿de qué estado hablan?; y, sobre todo, ¿cómo se alcanza? La respuesta es clarísima e impresionante: «Se alcanza este estado por la regeneración del Espíritu Santo en un hombre nuevo, en la que el hombre se hace Dios, y Dios, hombre». Es la acción pneumática del Espíritu Santo en el tercer momento de la historia de la humanidad, en la ansiada e inminente Edad del Espíritu, la que produce esta transformación del ser humano en un hombre nuevo, en un nuevo Adán y una nueva Eva.

Tal como afirma Saravia la procesión del Espíritu conduce al ser humano a metamorfosearlo en una «nueva creatura», metamorfosis que está asociada con la asunción de la *intelligentia spiritualis*, de la que hablaba Joaquín de Fiore, que procura en ese nuevo hombre, en la nueva humanidad, una educación total a la que serán conducidos por estos *virii spirituales* conformando así esa *Ecclesia spiritualis* o *virginalis* de hombres-dioses o dioses-hombres en los últimos días:

Lo que leemos de Cristo, Dios hecho hombre y hombre hecho Dios, enseñan que debe realizarse en todo hombre perfecto, nueva creatura. Llamamos a esta en su lenguaje «vergödet mentsche», que significa «hombre deificado».

Saravia parece subrayar al de Canterbury que los familistas estiman estar convencidos de que son ellos los que Fiore llamó la última religión del mundo. De ahí su acción apologética cuando se dirigen a las demás sectas incitándoles a la integración en la Familia del Amor. Lo curioso es que no lo hacen por el hecho de que los demás abandonen sus propias sectas, lo que sería lógico en cualquier otro tipo de proselitismo, sino porque su vinculación a la Familia del Amor sería la culminación, el colofón de todo, ya que si no lo hacen así, si no establecen ese vínculo amoroso, «Nimirum quod omnes deficientur vera pietate, nisi haec accesserit»; es decir, les faltaría la verdadera piedad, o sea, la virtud que ensancha el corazón y lo llena de Amor.

Por este motivo, en esperanzada descripción de una ecúmene dotada de la verdad familista, que es joaquinista, Saravia abre el redil en forma de corazón, la cuadro cordiforme de la Familia del Amor, al mundo: «Mahometanos,

135. Rekers (1973: 141-142). Carta de Adrián Saravia al arzobispo de Canterbury en 1608. El texto latino en 196-198.

judíos, papistas de toda especie, obispos, curas, frailes, franciscanos, dominicos, jesuitas y todo otro género de hipócritas, incluidos los cardenales y todas las otras bestias del campo, caben en la cuadra de esta familia»<sup>136</sup>.

### 2.2.6. Arias Montano y el pensamiento de la Congregación de la Granada

Una vez que se ha visto las similitudes entre el familismo y el apocalipticismo profético, veamos ahora las connotaciones específicas con el pensamiento congregado. Si algo destaca en la Congregación de la Granada es su defensa del dogma de la Inmaculada Concepción, en la que los congregados vieron el símbolo anagógico de la nueva Edad del Espíritu<sup>137</sup>.

Ni que decir tiene que nuestro pintor, Francisco Pacheco, estuvo como veremos inserto en este pensamiento. No tiene nada de extraño entonces que, en el elogio que en su *Libro* hace al retrato de Arias Montano, subraye que el obispo de Segovia, Martín de Ayala, lo escogiese para llevarlo nada menos que al Concilio de Trento. Allí, según Pacheco, Montano destacó «dando grandes muestras de su mucha erudición, en la defensa del Misterio de la Purísima Concepción de nra. Señora, como se ve sobre el capítulo primero de Abacu»<sup>138</sup>.

Sin embargo, el instrumento ideal para ver esta relación será el expediente inquisitorial incoado en 1592 a su especial discípulo, el jerónimo José de Sigüenza, aunque en realidad en ese proceso también, cuando no de forma principal, se estaba juzgando a Arias Montano<sup>139</sup>. En la deposición contra fray José de Sigüenza que hace fray Antonio de León en la Granja de La Fresneda en septiembre de 1592, León afirma que Montano y Sigüenza hablaban bajo secreto. Es más, parece que tenían un lenguaje especial, «un modo de hablar» por parte de Sigüenza que «todos dicen que nace de Arias Montano y es *mysterium regni Dei*»<sup>140</sup>. Fray Antonio de León desconoce este críptico «modo de hablar» pero está muy interesado en saber acerca de los secretos que se encierran detrás de ese lenguaje, ahora con la Inquisición de por medio podría haber llegado la hora de entender algo:

[...] el P. fray José de Sigüenza dice, como a este testigo le ha dicho algunas veces, que el sentido literal y moral de la Escrituras es para todos; y le parece a este testigo que el *mysterium regni Dei*, que ellos dicen, tampoco debe de estar en el espiritual y místico, de que tan llenos están todos los Santos, pues dice el dicho fray José que los Santos dicen sus pensamientos, pero no los del autor que declaran algunas veces; de donde colige este testigo que el *mysterium regni* o es otro sentido anagógico o literal, diferente del que comúnmente reciben los Santos o digan lo que es<sup>141</sup>.

Además, fray Antonio advertía que para comunicar este *mysterium* Montano pedía una «disposición en los discípulos», por lo que resultaba que, en relación con esta disposición especial, el mencionado secreto o misterio no era para todos «sino para algunos que tienen el aparejo que ellos piden». No nos cabe duda de que estamos ante el famoso secreto de la Congregación de la Granada, un secreto que el cabeza del grupo, en el caso granadino Arias Montano, solo podía desvelar a unos elegidos, es decir, lo que en la Congregación de la Granada llamaban «los seis del particular espíritu», únicos a lo que se les transmitía el secreto profético-apocalíptico en función de ciertos pasajes de la Escritura vinculados muy estrechamente a esos elegidos<sup>142</sup>.

Resulta ilustrativo que este «secreto» del que habla fray Antonio de León se asocie a un «misterio», concretamente al *mysterium regni Dei*, es decir, al misterio del reino de Dios del que fray Antonio no sabe nada, pues, tal como le señaló Sigüenza, la comprensión literal y moral de la Escritura era para todos. Pese a ello, León no encuentra la comprensión del misterio del reino de Dios en el sentido literal ni en el tropológico, y mucho menos en el espiritual o místico, por lo que fray Antonio colegía que debía ser «otro sentido anagógico o literal, diferente del que comúnmente reciben los Santos». Es decir, que se trataba de la transmisión de un misterio en un lenguaje que, aplicándole la hermenéutica más elevada, la anagógica, todavía quedaba incomprensible para aquellos que no tenían «el aparejo que ellos piden».

Para León, en este caso, debía de tratarse de otro sentido anagógico, o literal, distinto hasta del más elevado que recibían los santos. Fray Antonio, que obviamente no se encontraba entre los elegidos, era incapaz de aplicar un método hermenéutico comprensivo a las cosas que oía. Parece seguro que el sentido anagógico indescifrable para quien prefiere lo literal o carnal que, como León mismo afirma «tampoco debe estar en el espiritual y místico» propio de los santos, era el sentido profético-apocalíptico que Montano había desarrollado en Sevilla, afirmado en Amberes y ahora lo trasladaba a

136. Curiosamente en su relación Saravia no incluye a calvinistas, como él, que también formaban parte de esa cuadra del amor.

137. González Polvillo (2022a: 290-355).

138. Pacheco (1983: 196).

139. Andrés (1975). Es curioso el motivo por el que, según Gómez Canseco, fue encausado el padre Sigüenza: «Si Montano, como Erasmo, Plantino, Lipsio o Pedro de Valencia, era amante de la paz y de un prudente silencio, el padre Sigüenza era agresivo, largo de lengua y capaz de espetar cualquier cosa a su más declarado enemigo: un perfecto antinicoedemita. Este fue el motivo que desencadenó su proceso». Gómez Canseco (1993: 34).

140. Andrés (1975: 237). Tienen un lenguaje especial como el de santa Teresa y Rodrigo Álvarez, *vid.* González Polvillo (2022a: 195-195).

141. *Ibid.* 237.

142. González Polvillo (2022a: 20 y *passim*).

fray José de Sigüenza y otros discípulos en El Escorial. Por otro lado, parece incuestionable que este reino debe ser el Reino del Milenio, un reino de Dios que se establecería en la tierra mediante la adquisición de la *intelligentia spiritualis* y la vocación docente, frente a los *militi*, de los *virii spirituales* dedicados a ello, de ahí el carácter didáctico y educacional de muchos escritos de Montano, sobre todo el *Dictatum christianum*.

En mayo de 1592 depuso fray Justo de Soto, quien había estado al servicio de don Juan de Austria en los Países Bajos. Entre los consejos que Sigüenza le había dado se encontraba el de abandonar la lectura de libros devotos, pues debía ceñirse al Evangelio acercándose a él con humildad y devoción. Asimismo, Sigüenza cuestiona el juicio y la autoridad de los santos en relación con la comprensión acerca de lo que el Evangelio dice sobre el «reino y de la vida eterna». Parece que lo que no comprendían los santos era la situación de los *virii spirituales* joaquinitas, quienes en el *Interim* eran capaces de lograr una armonía mental y corporal de manera que podían vivir en la tierra como si estuvieran en la vida eterna, o sea, en el cielo:

[...] algunas almas, aunque eran muy raras como la de los apóstoles y algunos mártires y otros grandes Santos, comenzaban a gozar en esta vida, no obstante que sentían las pesadumbres de la carne, gozaban de aquella paz, goce y tranquilidad, que es aquella vida eterna; y dice este testigo que le parece que le dijo que de la misma manera que los bienaventurados la gozan en el cielo, aunque en esta palabra, como los del cielo, no se afirma; y que esto es lo que no acaban de entender ni declarar los Santos, que así gozaban de esta vida eterna viviendo esta vida, sabían también muchas cosas ocultas de las que pasaban en las almas de otras que vivían. Y esta tal vida la llamaba él *in spiritu et igne* y que están ya en la verdad; los demás justos, que no están en pecado mortal, dice que no llegan a más que a siervos y que están *in via veritatis* pero no en la misma verdad como la primera, sino en penitencia; y le puso ejemplo en la madre Teresa de Jesús y en el rey David el cual dice que no llegó en su vida más que a este estado de siervo<sup>143</sup>.

Esta deposición es muy importante. Parece que se alude aquí a una de las creencias joaquinitas relativas a la división de funciones de la última orden del mundo pues, como se sabe, una parte de esta se dedicaría a la vida contemplativa y otra a la activa. Llama la atención que ponga por ejemplo de vida gozosa y celiaca en la tierra a Teresa de Jesús una de las *virii spirituales* al tiempo que más grandes maestras del pensamiento profético-apocalíptico, quien encandiló sobremanera al segundo cabeza de la Congregación de la Granada, Rodrigo Álvarez, una mujer perteneciente

a la última religión del mundo en su rama contemplativa que vivía al mismo tiempo en una *actio* espectacular que ella interpretaba como nadie en su disquisición acerca de Marta y María<sup>144</sup>.

El retiro contemplativo al que alude aquí Sigüenza es muy especial, pues parece describirle a fray Justo de Soto a esas personas que en la tierra vivían ya en un gozo cuasi celiaco: «paz, goce y tranquilidad, que es aquella vida eterna». Una vida que Sigüenza denominaba *in spiritu et igne*, en espíritu y fuego, una existencia bajo el signo del Espíritu, y que algunos autores cuando se refieren a discípulos de Montano y al propio Montano identifican con el retiro del estoicismo clásico. Son por tanto *virii spirituales* que viven en el *Interim*, en la breve transición entre el segundo y el tercer *status* joaquinita, como si ya estuvieran en el delicado goce de la Edad del Espíritu.

Sigüenza critica a Soto las ostentaciones y vanidades de los predicadores que solo buscan «dignidades u obispados». Al jerónimo estos predicadores les parecía más actores histriónicos que predicadores del Evangelio. No todo el mundo servía para enseñar a la *pusillus grex*, puesto que «el que es enviado para este oficio de predicar, el Señor se lo da a entender interiormente»<sup>145</sup>. Sigüenza insiste a Soto en que lo que debería hacerse es predicar el Evangelio y hacer penitencia, el motivo: «se apropinqua el reino de los cielos». El reino mesiánico profetizado como cumplimiento de la Edad del Espíritu está muy cerca. En el *Interim* no hay que interpretar ya el Evangelio por medio de exégetas y comentaristas, había que ir a la verdad de este: «de aquí adelante no pienso tratar sino de sola la letra del Evangelio, como en él se dice».

Es el mismo sentimiento de Rodrigo de Valer, el que fuera amigo del fundador de la Congregación de la Granada, Gómez Camacho, un laico iletrado que con su predicación en Sevilla logró un cambio radical de actitud nada menos que del canónigo magistral de la catedral de Sevilla, Juan Gil «Egidio» quien, como se sabe, fue acusado de luteranismo y sus huesos, una vez muerto, fueron quemados, mientras que Valer era elevado en el ambiente apologético de los protestantes europeos a la categoría de mártir del protestantismo cuando, sin embargo, fue, al menos en sus orígenes, con su «hermano» Camacho, un apocalíptico<sup>146</sup>.

En una conversación entre Soto y Sigüenza este le había dado su opinión sobre Arias Montano, que Soto ve conveniente relatar a la Inquisición. Para el discípulo

144. Sobre esta disquisición y la relación con datos inéditos de Teresa con Rodrigo Álvarez *vid.* González Polvillo (2022a: 228-235).

145. Andrés (1975: 157).

146. González Polvillo (2022a: 103-133).

143. Andrés (1975: 155-156).

su maestro Montano no era estimado porque no eran conocidas ni se leían sus obras, todo ello a pesar de que «era muy rara creatura, y sabía toda la sagrada Escritura como la avemaría». Pero Sigüenza sí que lo admiraba, le había enseñado todo lo que sabía: «estimaba él más lo que le había enseñado en pocos meses que cuanto había aprendido en veinte y tantos años que había estudiado artes y teología»<sup>147</sup>.

Es toda una manifestación de conversión por parte de Sigüenza al apocalipticismo enseñado por Montano, que redundará aún más cuando afirma que «podría decir lo que el Apóstol después de su conversión que todo cuanto hasta allí había deprendido lo estimaba en nada y que más debía a Arias Montano que a la Orden de nuestro padre San Jerónimo». Continuaba diciendo que no le hacían falta ya los libros, transmitiría al prior que se llevara los que tenía en su celda, esos libros ya no significaban nada «porque a él no se le daba nada, porque un solo libro le bastaba». Nuevamente encontramos paralelismos con los congregados, estos decían, con relación a su fundador Gómez Camacho y a su mujer Catalina Ximénez, que a su almohadilla se debía más que a todos los miembros de la Iglesia<sup>148</sup>.

Joaquín de Fiore, probablemente de origen judío, ya había establecido que una condición inexcusable para que se cumpliera la profecía del advenimiento de la Edad del Espíritu, era que tendría que producirse la conversión de los judíos reconociendo a Cristo como el Mesías. Arias Montano era también descendiente de judeoconvertidos y postulaba esta misma opinión. Fray Justo de Soto comunica a la Inquisición las sospechas levantadas al hilo de las conversaciones con Sigüenza relativas al cumplimiento de la profecía-condición de la conversión del pueblo judío:

[...] en algunas pláticas que se han ofrecido tratar de los judíos, los favorece y deshace en alguna manera su culpa, trayendo aquello que dijo nuestro Señor en la cruz: *Pater, ignosce illos quia nesciunt quid faciunt*; y lo que el apóstol Santiago les dijo: *Scio quia per ignorantiam fecistis*, etc; y dando a entender que no es bien hecho lo que en España se usa con los que vienen de raza de ellos de prohibirlos de las cosas que están excluidos; dijo que esto procede de la gran soberbia de España y que las otras naciones no lo hacen; así que en acabándose uno de convertir no le notan más y goza lo que los demás y que *tiene esperanza en nuestro Señor que en breve se tienen de convertir todos, como se lo tiene prometido*<sup>149</sup>.

Sigüenza, que dice lo que hubiera afirmado su maestro Montano, hace una defensa de los judíos al tiempo que critica duramente la intransigencia española, sobre todo en orden a los expedientes de limpieza de sangre que excluyen a los descendientes de judíos del acceso a buena parte de la estructura socio-política de la Monarquía. Pero Sigüenza alude a la profecía joaquinita de la conversión de los judíos previa a la instalación en la tierra de la Edad del Espíritu, de ahí esa afirmación de la promesa divina: «Tiene esperanza de nuestro Señor que en breve se tienen que convertir todos». Una promesa que parece personal de la divinidad a Sigüenza: «como se lo tiene prometido».

En el interrogatorio de Fray Pedro de Rosales se nos da una noticia que, en cierto modo, nos lleva a un paralelismo entre Joaquín de Fiore y Montano en relación con la comprensión bíblica por revelación divina. Sigüenza alaba a Rosales la sabiduría de Montano, sobre todo la que había demostrado en la comprensión bíblica. Rosales afirma que «parece que daba a entender a este testigo que lo que sabía el doctor Arias Montano era por revelación»<sup>150</sup>. Sigüenza también se lo había comunicado a fray Gaspar Centoll: «lo que sabe el doctor Arias Montano, que lo aprendió dentro de quince días o así, dentro de un breve tiempo; dando a entender que era más que por vía humana»<sup>151</sup>.

Joaquín de Fiore tuvo tres momentos claves para la comprensión por revelación de las Escrituras, una en su juventud en el Monte Tabor, otra en Pascua y la tercera en Pentecostés. Las tres significaron una iluminación espiritual que le permitió comprender con exactitud el sentido verdadero de las Escrituras. Sin estas revelaciones, que Joaquín narra puntualmente en sus obras, no hubiera conseguido vislumbrar el misterio de la Trinidad ni la complicada hermenéutica del *Apocalipsis*<sup>152</sup>.

Como ocurriera con Fiore se detecta en Montano una revelación, que no es otra cosa que la ascensión de la *intelligentia spiritualis*, que le permite la comprensión de las Escrituras. También la debió de haber en fray José Sigüenza, algo que lo hizo cambiar para siempre. Como se ha visto, otros frailes escurialenses, a pesar de la selección que Montano hacía de sus discípulos, no comprendieron esto, no fueron «alumbrados» por el Espíritu y, por tanto, no estuvieron llamados por las Escrituras.

En cierto modo, Arias Montano ejerce de catalizador de dos corrientes de ideas profético-apocalípticas, la de la Familia del Amor y la de la Congregación de la Granada. Joaquín de Fiore, Gómez Camacho, Arias Montano, Niclaes y Hiël tuvieron revelaciones más o menos

147. Andrés (1975: 158).

148. González Polvillo (2022a: 20). En concreto esta idea la expresaba el tercer cabeza de la Congregación, Hernando de Mata.

149. Andrés (1975: 161). El subrayado es nuestro.

150. *Ibid.* (170).

151. *Ibid.* (181).

152. Reeves (1993: 21-27).

directa de la divinidad. En relación con Hiël, según él mismo relata, parece que el verdadero Espíritu de Dios descendió sobre él gradualmente, enseñándole cómo morir para sí mismo y, al morir por propia voluntad, encontrar la vida de Dios en sí mismo<sup>153</sup>. Lo que Hamilton destaca en el relato es que Dios habló directamente con Hiël y no a través del intermediario de Niclaes. Esto mismo ocurre con el fundador de la Congregación de la Granada, Gómez Camacho, con el que Dios se comunicaba con cierta asiduidad<sup>154</sup>.

Estas relaciones entre la divinidad y los hombres proféticos tienen que ver con llamadas por parte de Dios a la regeneración en el Espíritu, al mismo tiempo que revelaciones para la mejor comprensión de las Escrituras. Hiël se arrogó la misión de que, tal como él había sido llamado también lo fueran otros, los familistas. Escribe libros para ayudar a los lectores a reconocer la señal por la cual Dios se daba a conocer en el alma de cada hombre. Hiël afirma que por medio de él mismo Dios despertaría a más hombres recibiendo así la llamada, pero, ¿cómo conocerlos? Según Hiël solo el espíritu de Cristo podía reconocerlos y así realizar la llamada; el mismo líder de la Familia del Amor se ofrecía como un ejemplo y como un testigo.

Estas señales divinas mediante las cuales «Dios se da a conocer en el alma de cada hombre», que Hiël ilustra sobre cómo reconocerlas, de manera que cuando esto se verificaba se producía «la conversión» a la auténtica verdad hasta ese momento desconocida, también las hubo entre los miembros de la Congregación de la Granada pues tanto su líder como los del particular espíritu fueron señalados y elegidos por pasajes de las Escrituras especialmente aplicables a cada uno de ellos<sup>155</sup>. Asimismo, no deja de ser curioso que Pacheco utilizase pasajes bíblicos para encabezar y encuadrar contextualmente e incluso proféticamente a los *virii spirituales* retratados en su famoso *Libro*.

### 2.2.7. Los discípulos sevillanos de Arias Montano

Algunos autores han creído ver en Sevilla, con razón, un grupo de seguidores o amigos de Montano que, de alguna manera, coinciden con su ideología religiosa, es decir, con los preceptos de la Familia del Amor que, en buena medida, tienen un origen común con el de la Congregación de la Granada: el extraordinario pensamiento de Joaquín de Fiore. Es sabido la influencia que Arias Montano recibió de Hiël y lo importante que fue la obra de este para su comprensión del *Apocalipsis*:

Continuando en esta opinión y en este deseo de comprender, sucedió por providencia divina que, por la obra y la ayuda de cierto testigo viviente de la verdad cristiana, a quien el poder y la verdad del mismo Cristo han puesto por nombre *Hiël*, otra chispa de luz se me ha otorgado por la cual pudiera conocer todos los misterios de este libro. Misterios que no pueden ser percibidos plena y abundantemente sino por aquellos a quienes Dios, autor de estas palabras, les comunica el tema mismo de que tratan. Pero sí pueden serlo por los píos y simples amantes de la verdad que en nada se fían de su ingenio y juicio humanos, conocedores del camino sincero de Cristo<sup>156</sup>.

Para reforzar esta deuda están las cartas de Plantino y Montano con alusiones constantes a Hiël, lo que da pie para que Gómez Canseco suponga que «las enseñanzas del biblista a sus discípulos españoles estuvieran impregnadas de la espiritualidad interior de la *Familia Charitatis*»<sup>157</sup>.

Parece que cuando Arias Montano vuelve de Flandes a España para hacerse cargo de la biblioteca del palacio-monasterio de El Escorial, por orden del que estaba llamado a ser el Último Emperador del Mundo: Felipe II, sus intenciones fueron de crear grupos de *virii spirituales* formados en las Escrituras. Así lo afirma él mismo, al tiempo que se declara soldado, «Crucífero», de Dios:

Pensé que nada sería más provechoso y deleitable, que yo uno de tus simples soldados [...], emplease últimamente el tiempo de mi vida en la lectura de los sagrados libros practicándolo en mi soledad, o a lo sumo comunicando lo que yo aprendiese a solo aquellos que fueran íntimos por la familiaridad de vida religiosa o cercanos por el trato y la amistad<sup>158</sup>.

Fruto de esto fue que uno de sus principales discípulos, Pedro de Valencia, erigiera una escuela de latinidad en Zafra –Rodrigo Álvarez fundará otra en Lebrija–. En el programa de estudios se incluía el *Dictatum christianum*, según Canseco como catecismo y manual de piedad aunque para Paradinas es un manual de educación humanística. Sin duda, el *Dictatum*, que no es un catecismo al uso, es un método educativo para preparar a la *pusillus grex*, necesario para estar preparados para el advenimiento de la Edad del Espíritu, su génesis y difusión se debe al cumplimiento de la misión encomendada y asumida en el *Interim* por los *virii spirituales* relativa a la predicación-educación de la población, condición indispensable para que se produjera el advenimiento de la Edad del Espíritu.

153. Hamilton (1981: 86).

154. González Polvillo (2022a: 97-174).

155. *Ibid.* (20).

156. Rekers (1973: 129-130).

157. Gómez Canseco (1993: 30).

158. *Ibid.* (32).

Los últimos años de Montano los pasó en Sevilla redactando sus últimas obras además de participando en los círculos intelectuales de la ciudad. Tras la muerte de Plantino en 1592, Montano conecta su círculo de seguidores sevillanos con Justo Lipsio quien, aunque el más nicodemita de todos, fue casi seguro un familista. En carta a Lipsio de diciembre de 1593, Montano le da cuenta de su grupo sevillano:

Tienes en esta ciudad no pocos adictos y entre ellos algunos muy notables en letras y virtud: Simón Tobar, noble lusitano, Luciano de Negrón y Pacheco, teólogos y canónigos, Francisco Sánchez, poseído del espíritu de Esculapio, y en la extrema Bética, Pedro de Valencia, rarísimo ejemplo, en nuestro siglo, de piedad y erudición<sup>159</sup>.

Según Canseco, la influyente personalidad de Arias Montano iluminó la vida de cuatro generaciones de intelectuales de Sevilla<sup>160</sup>. Los primeros contactos con este grupo quizás haya que remitirlo a los años universitarios en Sevilla, ahí establecerá una buena relación con Francisco Pacheco, graduado en artes por Sevilla en 1555, y Simón de Tovar. Pero la entrada en los círculos de la intelectualidad se debe a Gaspar de Alcocer y a su hijo, del que fue amigo, Gaspar Vélez de Alcocer.

#### 2.2.7.1. El canónigo Francisco Pacheco

Debemos destacar del grupo, además de a Luciano de Negrón, que es retratado en el *Libro de retratos*, al tío de nuestro pintor, el canónigo Francisco Pacheco. Lo destacamos porque es justo y porque su influjo –y el de todos los que venimos tratando– llegará finalmente a Velázquez, pues como certeramente ha afirmado un gran conocedor del canónigo, el profesor Solís de los Santos:

Si, como escribió otro centenario, es «imprescindible una tenaz conspiración de porqués para que la rosa sea la rosa», será lícito resaltar la necesidad del amparo y magisterio del tío para que el sobrino pudiese enseñar a su genial discípulo<sup>161</sup>.

Amigo íntimo de Montano e influido por este en cuestiones de métrica y de formas líricas llegando a ser considerado el mejor poeta latino del siglo XVI sevillano, no nos cabe duda de que también estuvo influenciado por la ideología familista y el profetismo apocalíptico joaquinita. Al igual que Arias Montano, Pacheco, como su sobrino el pintor y como Velázquez, fue descendiente de conversos, como se demuestra que en su expediente de limpieza cambiase a su madre –algo que también hará Velázquez respecto de sus

abuelos– Ana de Aguilar, mujer del tendero de Jerez de la Frontera Hernando de Aguilar, por Elvira López<sup>162</sup>.

Una de las creencias que profesó fue la del Último Emperador del Mundo vinculado al rey de España. No por ello fue capellán real en Sevilla, prebenda que le fue conseguida, si debemos creer un manuscrito de la Biblioteca Nacional, al secretario de Felipe II, Mateo Vázquez de Leca<sup>163</sup>, y a punto estuvo de ser preceptor de Felipe III<sup>164</sup>. Pozuelo ha estudiado una composición poética que Pacheco dedica a la batalla de Lepanto<sup>165</sup>. En ella exhorta tanto a don Juan de Austria como a Felipe II a continuar la lucha contra el turco al tiempo que, al modo de la sibila cumana, les vaticina una gran victoria final que tendría como consecuencia el advenimiento de un nuevo tiempo que Pozuelo, con la tradición clásica, llama Edad de Oro pero que, en el ambiente de sincretismo de estos hombres, también es la Edad del Espíritu joaquinita o la Edad del Amor familista. Pozuelo divide el poema en cuatro partes, la segunda es el vaticinio de la victoria final y la cuarta es una exhortación a Felipe II para que funde el Imperio universal previo a la Edad del Espíritu. Pacheco promete el Imperio universal. Son, en efecto, tiempos profetizados en los que Felipe II vengará al emperador, conquistará Jerusalén y África. Una vez realizadas estas conquistas, en los vv. 140-149, exclama:

[...] hecho todo lo cual, devuélvenos la Edad de oro: que reine la paz y las virtudes de la lealtad, la justicia y la llaneza; que se vayan del mundo el engaño, la soberbia y la acumulación de riquezas; que la fe romana sea la única religión para todos los pueblos del orbe<sup>166</sup>.

Pozuelo detecta en estas promesas creencias arraigadas que procedían de la Antigüedad pagana que extracta en tres puntos: un mesianismo imperialista protagonizado por Felipe II quien, tras destruir las fuerzas del mal, restituirá la Edad de Oro. Una idea que, en efecto, procede de la Antigüedad pagana y que entronca con la IV *Égloga* o «égloga mesiánica» de Virgilio, evocadora de ese nuevo tiempo por medio de la sibila cumana. Otra de esas creencias detectables en Pacheco, que en este caso no procede de la Antigüedad clásica, tiene que ver con el «Imperio universal de los últimos días» y la evangelización global. Pozuelo extrae esta idea certera no por la afirmación directa de Pacheco sino por la referencia que hace a la conquista de Jerusalén.

162. Solís (2015: 459-60). Para el linaje y la «familia fingida» de Velázquez, *vid.*, Méndez Rodríguez (2005: 27-62).

163. Sánchez-Molero (2010: 187 n. 291). Vázquez de Leca se había educado en Sevilla en la escuela de pajes del provisor Juan de Ovando, siendo maestros suyos el propio Francisco Pacheco y Benito Arias Montano.

164. Pozuelo (1993: 27).

165. Pozuelo (1994-95).

166. *Ibid.* (339).

159. *Ibid.* (45).

160. *Ibid.* (53).

161. Solís (1999). La cita en *Borges en Sur*, n.º 7, abril 1933.

Una buena muestra de cómo este anhelo de Imperio universal estaba asentado en la mente social de la época es la carta que la propia ciudad de Sevilla envió al rey Felipe II en relación con el nacimiento del príncipe Fernando y la victoria de Lepanto:

Parece que siendo [don Juan de Austria] hijo de tal padre y hermano de vuestra Magestad, no nos deemos contentar con ello, pues su zelo y fuerte y buena fortuna nos prometen mayores cosas. Plega a Dios que en el felicísimo siglo de vuestra Magestad las veamos tales que se reduzca a vna sola monarchia lo que del mundo con tanta tiranía se posee<sup>167</sup>.

También alude Pozuelo a las profecías de Joaquín de Fiore, a quien hace benedictino y vaticinador del último emperador que debía salir de España. Llama la atención cómo el canónigo Pacheco, investido con la fuerza y convicción de un «Crucífero» de los últimos días, exhorta a Felipe II a concluir su misión profética:

Y por lo que hace a ti, a quien reservan los celestiales para los más altos destinos, ¡oh luz de hesperia y esperanza única de nuestro bienestar, divino Felipe, ¡adelante!: teniendo presente el natural de tu padre, lleva las águilas vengadoras más allá de las riberas de los Gangáridas, detrás de los fríos del Ponto escítico; los chinos y los indios se te unirán espontáneamente, y bien podría esperarte Bactra, vacías sus aljabas. Ya que eres poderoso gracias a tu gran hermano, ¿por qué no terminas de librarte, en trance tan decisivo, a los auspicios de los dioses, y dejas sin venganza la afrenta al Santo Sepulcro de Nuestro Señor, expuesto al ultraje de perros inmundos? ¡Actúa con arrojo!, y no te entretengan ni la negociación de una nueva alianza con Venecia, ni la inconstancia congénita de los hijos de Antenor. No te olvides de tu potencia: te bastas tu solo, con el poder de tantos reinos y recursos; que tu diestra justiciera se imponga en todas partes; se bastará ella sola para los triunfos más resonantes. Aunque el mudable Adriático no acuda en nuestra ayuda, vendrá el Romano, y la potencia del Padre Santo, y las turmas Tirrenas, y la juventud de Liguria, vistiendo sus armas; también vendrán el pelotón fiel de los milaneses y los potentes pueblos de ausonia sobre los que ejerces tu magna soberanía.

Y aunque todo esto falle, confía en el favor de la divinidad, a la que tú ofreces honores piadosos primero que nadie; España sola te prestará la fuerza de sus anchos reinos, a sus jóvenes como rayos y a su flor y nata, invicta en la batalla, a sus capitanes probados; y además, abundante en toda clase de metales, te proporcionará armas y navíos, así como el oro de sus ricas venas. Esto será bastante para reunir fuerzas contra la solidez de los otomanos.

Ya llega, con el retorno de los lustros, la edad prometida; y la edad prometida no va a decepcionar nuestra creencia en que la diestra de un gran general inmolará a los Manes del Paleólogo, a hierro justiciero, al monarca de Asia, y en que extenderá su imperio como libertador a la

ciudad de Jerusalén, y tomará posesión de los reinos de sus antepasados; y que se hunda infeliz Turquía en el llanto, trocada su suerte<sup>168</sup>.

Cómo no ver aquí a Felipe II erigido por Pacheco en el Último Emperador del Mundo, auxiliado por su hermano, el *Novus Dux*, señalando la hora de vencer a las fuerzas de Gog y Magog capitaneadas por el Anticristo. Había llegado el momento de unificar el mundo en un solo rebaño y un solo pastor que tendría como resultado el advenimiento de la Edad del Espíritu: «Ya llega, con el retorno de los lustros, la edad prometida». Los frutos de este impulso serán evidentes:

Atrayendo todas las miradas te erguirás dichoso en la alta popa, ornado de laurel, enriquecido con los opulentos despojos del Oriente, e irás contando las naciones sometidas que irán en la procesión triunfal; por allí pasarán amarrados por el cuello los turcos y los dahas indomables, el río Araxes, cautivo; los escitas errantes, el Persa, vacías sus aljabas, y los nómadas Marmáricas; y la abundosa India dará escolta a las palmas de Palestina. A tu lado se situará tu hermano, que es la mayor de tus preocupaciones y quien te acompaña en tu heroísmo, con las sienas orladas de espolones, símbolos de la corona naval. Y que vuestro ilustre padre, viéndoos a ambos desde su estrella, se huelgue de verse superado por la piedad y la fortaleza de uno y otro<sup>169</sup>.

Cumplido esto, solo queda recibir y dar la bienvenida al nuevo tiempo de la felicidad terrícola: «Cuando estos dones te hayan dado fehacientemente, si no son vanas nuestras esperanzas, el destino que administran los dioses, oh rey el más grande de los reyes, devuélvenos la Edad de Oro; que vuelva ya a este cansado mundo la paz dorada».

En la obra de Pacheco son especialmente destacables sus *Sermones* redactados entre 1573 y 1575, según las características de las epístolas de Horacio, a su amigo Pedro Vélez de Guevara<sup>170</sup>. Pacheco en su *Sermo I* es durísimo con la sociedad de su época. Responsabiliza a la monarquía de las guerras, acusa a la nobleza de crímenes y de basar su poder en méritos del linaje, atribuye a los cortesanos su pútrida vida interior, denigra la esclavitud apelando a la humanista *dignitas hominis* y denuncia la sed de poder y riquezas del estamento eclesiástico<sup>171</sup>.

Por otro lado, en su *Sermo II* propone una actitud moral con la que enfrentarse a la pésima realidad

168. *Ibid.* (357-359).

169. *Ibid.* (361).

170. Pozuelo (1993: 56). «Dos sermones sobre la instauración de la libertad del Espíritu para vivir recta y felizmente dedicados al muy noble y muy docto Pedro Vélez de Guevara. Francisco Pacheco». Señala los términos *post quem* 1573 y *ante quem* 1575 siguiendo al descubridor del manuscrito de las obras de Pacheco en la RAH, Alcina (1976).

171. Pozuelo (1993: 53-54).

167. *Ibid.* (340, n. 6).

social descrita que, en cierto modo, según Pozuelo, tiene como modelo a Horacio y su actitud de retiro y búsqueda del honesto ocio acompañado de un cierto senequismo. Tengo para mí que esta actitud, muy extendida en el ambiente intelectual de la España de Felipe II y especialmente en Sevilla, en la que Pozuelo entre los poetas señala a Herrera, Arguijo, Medrano, Fernández de Andrada o Rioja, es en buena medida una actitud estratégica, de camuflaje o disimulo que es leída literalmente como un ejercicio retórico de ambiente humanista pero que, en realidad, podría esconder, en un acto de *dissimulatio* o nicodemismo, una ideología profético-apocalíptica que tiene en el retiro de la vida eremítica en el yermo el modelo vital anagógico del tercer *status* joaquinista que algunos de esos *virii spirituales* vivirán ya en el *Interim* previo al advenimiento de la Edad del Espíritu.

En su primer sermón Pacheco parece retratar al hombre prístino que será restituido en la Edad del Espíritu. Los hombres aman la libertad puesto que los dioses hicieron a los hombres libres para que habitasen en esta condición la naturaleza, impulsado a su vez al bien común, a la *utilitas*, dando como resultado «el Hombre puro». Este hombre prístino y puro, habitante de la naturaleza, el Paraíso, no conoció el ansia de riquezas más que «el prado, las flores y las bellotas», de manera que generaciones de hombres alejados de leyes humanas y de enfermedades degradantes vivían felices «bajo un sol recién creado». Felicidad que se evidenciaba en sus expresiones faciales: «los rostros venerables traslucían paz, piedad y modestia, honesta sencillez y un alma con conciencia de lo justo»<sup>172</sup>.

Pero llegó el momento de la inflexión hacia el desastre y aquellos siglos dorados en el que los hombres vivían en la naturaleza bajo la bóveda celeste dejan paso a la impiedad, al fuerte deseo de la propiedad privada y la edificación de altas mansiones, el desasosiego, la angustia y la preocupación se instaló en la humanidad: «La cándida Libertad empezó entonces a degradarse por todas partes, así como el Pudor y la Sabiduría, que acabó tiritando entre andrajos». Pacheco describe tras esto el surgimiento de la monarquía, la nobleza y la esclavitud, acompañadas del ansia de poseer poder y riqueza, unos tiempos en los que la libertad brillaba por su ausencia. Pacheco describe de una forma muy dura a la nobleza, se ensaña especialmente con los cortesanos:

Bajo los anchos pórticos de la Corte se pasea, haciéndose notar por su adorno y sus alas rociadas de estrellas, un ejército de pavos reales con el cuerpo acicalado como hembras, así como águilas jactándose de pertenecer a un

linaje divino, terribles por sus uñas rapaces, cuervos charlatanes y cornejas estridentes, buitres voraces, lobos atacados de rabia, cerdos inmundos y leones desbandados, linceos con un ojo finísimo para ver los defectos ajenos, perros en busca de mesa, moviendo la cola, asnos afectados y chillones y zorras con toga. Entre todos ellos sería difícil encontrar a uno solo con el juicio de Ulises, a uno a quien la prudencia divina conserve en la Virtud sagrada, íntegro y dueño de sí mismo, y en quien prevalezca la razón<sup>173</sup>.

Pozuelo afirma que estas ideas son propias y típicas del neoestoicismo. Alude a Plantino y a su célebre soneto *Le Bonheur du monde* cuando alega en el verso 12: «Conserver l'esprit libre et le jugement fort». Se trata, por tanto, del retiro estoico, la convicción de que la felicidad está en el interior del hombre y en la relación entre hombres con inquietudes afines, son elementos que Rekens veía en Plantino así como en Lipsio<sup>174</sup>.

Pero Plantino, y con mucha probabilidad también Lipsio, son miembros de la Familia del Amor quienes influidos por Joaquín de Fiore que anuncia la inminente venida de la Edad del Espíritu, que es la Edad del Amor, con el retorno de la felicidad y de lo prístino y, consecuentemente, de la felicidad en la tierra; abogan por el retiro eremita como símbolo anagógico del *Homo novus* que surgirá en el tercer *status* joaquinista.

La dura diatriba de Pacheco contra la nobleza y aún contra el monarca a quien la masa ve envuelto en un poder superior dirigiendo «la loca vorágine en la que gira la historia de los hombres», un poder comparable con el de Júpiter; sin embargo, «si hurgaras al otro lado de su cara, ¡por el mismo Júpiter, cuánta basura encontrarías, cuánta podredumbre, cuánto ratón rijoso, cuántas arañas negras colgando larguísimas telas!». No es más que la contraposición de aquellos justos y santos que heredarán el reino de felicidad en la tierra dotados de la *simplicitas* familista, los *minores*, los *abiectionis mundi* de Fiore o la *pusillus grex* de Montano, los más simples y puros, candorosos y tiernos de la grey humana.

Frente a las ansias de poder y de riquezas descritas y criticadas, Pacheco comunica a su amigo Vélez de Guevara cuál es su ambición y su placentera esperanza, que es también la de su grupo familista sevillano:

En lo que a mí respecta, mi único placer es un precioso bien que cuesta muy poco, pues solo hay que desearlo y serenar la mente dispersando las nubes que la cubren: la Libertad del Espíritu, que no tiene culpas sobre su conciencia y está libre de ambiciones mezquinas y de miedos, y que desprecia las riquezas y los honores vanos y no se permite ninguna acción servil<sup>175</sup>.

173. *Ibid.* (124-125).

174. Rekens (1973: 134).

175. Pozuelo (1993: 159).

172. *Ibid.* (103).

Tras esta declaración de intenciones, Pacheco comienza su segundo sermón dirigido a la instauración de la libertad del Espíritu. Lo inicia con un deseo de reposo de espíritu en un profundo puerto y se ríe de las preocupaciones y las vanas pretensiones de los poderosos reyes y conquistadores, los observa destripándose mientras «con más riquezas de las que necesita, y por encima del azar y de la envidia, vive completamente libre de esperanza y de temor». En la paz que proporciona la libertad del Espíritu, bien sea en el *Interim* previo o ya en la Edad del Espíritu, no hay ni fortuna ni envidia y ni siquiera esperanza o temor, solo felicidad.

Pacheco para este camino, para esta senda de la libertad, señala como guía a Vélez de Guevara, recuerda cómo en otros tiempos le aconsejaba «mantente en la senda en la que nunca ha sabido ningún Pórtico, ni ninguna Academia, ni ninguna filosofía humana». No son Sócrates ni Horacio los que le inspiran ideológicamente, sino el profetismo apocalíptico que no se aprende en academias, pues la libertad que busca y ansía y que ahora vuelve «es Dios quien la ha hecho regresar de las estrellas de su largo exilio», primero en forma humana para lavar el pecado original y luego «nos la trajo».

Por tanto, la libertad es un camino, *methodos*, del que según Pacheco nunca ha sabido la filosofía, no se enseña, se recibe. Es la Trinidad, vino en forma humana primero y luego «nos la trajo»: es el Espíritu que trae la Libertad, la *intelligentia spiritualis*, que aporta la liberación de «la pesada esclavitud» de la ignorancia. Esa consecución de la Libertad, ese cambio estructural en el estatus del ser humano no puede hacerse por mano de los hombres, es una conversión pneumatológica: «es la gracia del Espíritu Santo» la que permite deshacerse «del yugo esclavizador del hombre anterior». Por tanto, el *Homo novus* rompe con todo lo anterior, olvida el segundo *status* joaquinita y entiende que la *Ecclesia Petri*, es decir, que la Iglesia oficial con su estructura, su jerarquía y sus sacramentos está ya consumada pues, dejado atrás todo eso que esclaviza al hombre, el alma purificada «del poso terrenal» queda fundida «con la divinidad de la que forman parte».

Para Pozuelo, esta idea del entronque con la divinidad mediante el espíritu, siempre que este se despoje de los rasgos mortales, es estoica. En efecto, cualquier inquisidor más o menos letrado lo vería así pues Pacheco alude a la cultura clásica, algo muy común entre los humanistas. Pero esta idea de *deificatio*, una unión con la divinidad por medio del amor que trae y dona el paráclito es estoica pero también neoplatónica y profético-apocalíptica. Pacheco alude al inmenso honor que es la concesión de la libertad que «no está en la mano de los hombres; es la gracia del Espíritu Santo». Se trata de la adquisición de la *intelligentia spiritualis* que, globalizada

en los últimos días, provoca el advenimiento de la Edad del Espíritu.

Pacheco rechaza con dureza la vida común urbana y los anhelos de riqueza de los comerciantes ciegos por el oro. Quien quiera ser así que lo sea. No parece que nuestro canónigo se encuentre en el modo activo de los *virii spirituales*, sino en el pasivo, en la *contemplatio*; se sitúa así en el retiro del *Interim* previo al advenimiento de la Edad del Espíritu. Por ello, insta a Vélez de Guevara a rechazar la vida urbana descrita: «A nosotros más nos vale buscar otro sentido a nuestras vidas, si deseamos vivir en la rectitud, la dicha y la felicidad». Para ello deben apartar las «preocupaciones mezquinas» que daban admiración al vulgo, también la «gloria» mundana que ciega la vista, y emplearse en sosegar el ánimo y someter a una ley inflexible las pasiones.

Pacheco saluda a Vélez como un nuevo Esdras, renovador de las leyes y el derecho, mientras que él mismo se arroga la figura del discípulo –concepto tan caro a Montano– «¿Qué aportación haré entonces yo a la docta mesa...?». Se establece así la doble relación de *virii spirituales* educadores de los últimos días portadores de la *intelligentia spiritualis* y el pueblo que la recibe: «Suficiente sería para mí salir docto de entre tan grandes maestros».

¿Cómo no ver aquí al joven Velázquez, instalado en este tipo de tertulias-academias, como la «docta mesa» que Montano y sus amigos organizan en Aracena, en casa del sobrino de nuestro poeta, su suegro y maestro, el pintor Francisco Pacheco, aspirando a «salir docto de entre tan grandes maestros»? Unas tertulias de intelectuales, *virii spirituales*, que debieron ser muy parecidas a las de su tío y, sobre todo, en las que se tratarían parecidos temas ejerciendo así una continuidad cultural e ideológica.

¿Qué aportaría el joven Velázquez? Su legado es inmenso y brillante, nada más y nada menos que la visión plástica y simbólica de esta idea revolucionaria que giraba en torno a esta cadena aurea sevillana a la que bien podríamos llamar española.

#### 2.2.8. El modelo del *Libro de retratos* de Pacheco:

*Virorum doctorum de disciplinis  
benemerentium effigies XLIIII*  
Montano y Galle

En 1572 se publica en Amberes la obra de Arias Montano y Philips Galle, que actúa de grabador y editor, una compilación de los retratos con elogios tetrásticos latinos, cuyo autor es Montano, de cuarenta y cuatro ilustres y sabios varones en diversas disciplinas: *Virorum doctorum de disciplinis benemerentium effigies XLIIII*. Las intenciones de este libro están especificadas en su

portada: dar fama eterna a quienes han contribuido a los progresos del conocimiento<sup>176</sup>.

No podemos afirmar que este libro influyera de una manera determinante en la obra de Pacheco, cuya génesis es a mi juicio única y exclusiva, pero creo que sí influyó la idea subyacente: la reunión de prototipos de *virii spirituales* que trabajan para educar a la *pusillus grex* en los albores de la Edad del Espíritu. Como afirman Gómez Canseco y Navarro, el criterio selectivo se basaba en la amistad y la admiración por estos hombres que fueron coetáneos y amigos de los autores. Las intenciones según estos editores es la reivindicación del grupo intelectual que trabajaba en torno a las prensas de Plantino: «hay que entender las *Effigies XLIIII* como una apología del trabajo intelectual del grupo antuerpiense» que, de paso, se exponían ante el público como ejemplos a admirar y seguir. Montano, ya en El Escorial, también reuniría una galería de retratos de personas dignas de ser admiradas.

Por lo tanto, parece un proyecto global realizado por la Familia del Amor y allegados para universalizar sus presupuestos igualitarios, ecuménicos y culturales ¡A la felicidad por la cultura!, parecen decir. Y esta felicidad, objetivada en la culminación de la esencialidad humana descrita en la primera línea de la Metafísica de Aristóteles: «todos los hombres tienden por naturaleza a ver» (*histor*: el que ve = saber). Una sabiduría que solo puede tender a la *aletheia*, la verdad.

La imprenta posibilita publicitar sus máximas por medio de estos símbolos: retratos de sabios independientemente de su ideología política o religiosa, a la felicidad global se puede llegar solo, y digo solo, a través de la educación «pentecostelizada», es decir, globalizada, de ahí que la Familia del Amor permita a sus allegados practicar una suerte de nicodemismo o disimulación, aceptando las formas del modelo religioso de donde vivieran.

Estos hombres fueron concebidos como ejemplos no solo, como se dice aquí, en su calidad de *virii illustres* sino como *virii spirituales*, es decir, el modelo del hombre nuevo que se asentaría en la tierra tras la inminente llegada del nuevo y definitivo tercer *status* joaquinista, al que se llegaría, para unos, por medio de la venida profética y milagrosa del Espíritu que se infundiría en todos y cada uno de los vivientes; para otros, cumpliendo las precondiciones proféticas, también, de eliminación de los herejes, conversión del pueblo judío y constituyendo el Imperio del Último Emperador del Mundo; para otros, como es el caso de estos –y de Velázquez–, por medio de la *paideia* global: ¡educación!

Montano, como Velázquez, se vio inmerso con influentes personajes que mezclaron la segunda y la tercera, es decir, con la mentalidad profética de Felipe II y Felipe IV –y el conde duque de Olivares–; de ahí que Montano llenara con retratos de hombres sabios e ilustres el edificio central de la última monarquía mundial: el palacio-monasterio de El Escorial; de ahí, también, que Pacheco dibujara pacientemente en Sevilla los retratos que componían su *Libro de verdaderos retratos*, un catálogo de rostros con sus elogios de unos hombres –aunque también como vimos retrató mujeres– que debían ser los modelos del *Homo Novus* de la Edad del Espíritu.

No cabe duda de que Montano y Galle rompieron con el canon de personajes ilustres que imperaba desde la época romana. Incluyen en sus *Effigies* no solo los hombres de letras tal como era tradición, sino otros expertos en nuevas formas de conocimiento incidiendo en el conocimiento religioso sin discriminación entre católicos y protestantes, hasta el punto de que incluyen teólogos católicos intransigentes y, por el contrario, reformados acusados de herejía. Tal como afirman los editores, «el canon de las *Effigies* es el del nuevo humanismo cristiano».

Temiendo una mala recepción ante esta nueva e integradora forma de elogiar a los hombres sabios, en el prólogo Philips Galle apela a la sencillez de espíritu de los lectores: «Nostrum studium, ut candidos animos decet, probate»<sup>177</sup>. Por tanto, se solicita por parte de los autores, ante la elección de los retratados, aprobación y tolerancia. Aunque la petición va más lejos: se pretende que esa tolerancia mostrada por los editores de la Familia del Amor, en una muestra más de la ideología de la secta, sea trasladable a los lectores, sea asumida por ellos, ya que admiran a quien son sencillos, sabios y tolerantes.

Galle se dirige a los lectores sencillos, apela a sus «cándidos ánimos», es decir, a la eliminación del orgullo y la soberbia, a la comprensión y a la sabiduría cuyo reflejo especular estaba en sus propias manos con el ejemplar de las *Effigies*. Esa sencillez, que demuestran metafóricamente el cuerpo, la vida y la actitud de los débiles, de los humildes sociales es la *pusillus grex* de Montano que, como afirman los editores modernos, estaba ya en sus obras previas en las que solía dirigirse al lector con la consideración de *simplex*, *pusillus*, *docilis*, *pius* o *candidus* que es una caracterización religiosa clave de la personalidad del hombre nuevo que surgiría tras la Edad del Espíritu.

176. Montano y Galle (2004: 20).

177. *Ibid.* (40).

Las intenciones del libro están descritas por Galle en el prefacio:

[...] velaré, con todo el celo y esmero que me sea posible, por la fama y celebridad de unos hombres que han hecho mérito en las buenas artes de suerte que aquellos que, gracias a la publicación de los frutos de su ingenio, han propagado noticia suya a personas lejanas y a generaciones futuras, sean conocidos no solo por la prueba de su talento, sino también por el aspecto mismo de sus cuerpos<sup>178</sup>.

¿Hasta qué punto no podríamos colocar estas palabras en un prefacio, que nunca existió, del *Libro* de Pacheco? Pacheco, que está educado en el ambiente profético-apocalíptico y familista de su tío el canónigo en particular y de Sevilla en general y es miembro de la Congregación de la Granada, retrata a personajes de la Nueva Jerusalén en la que se convierte proféticamente Sevilla. En su *Libro* también incluye a personajes que, de alguna manera, rayan la heterodoxia, no en la línea protestante pero sí en la profético-apocalíptica o, si se quiere, iluminista-alumbradista. Algunos de ellos han tenido procesos o han sido investigados por la Inquisición, por ejemplo, los cabezas de la Congregación de la Granada Hernando de Mata y Rodrigo Álvarez –y Gómez Camacho que aunque, que sepamos, no es retratado, sí que es citado como maestro de Álvarez–, el propio Arias Montano, el humanista Juan de Mal Lara y el gran biblista fray Luis de León. Incluso el célebre jesuita Juan de Pineda fue investigado por los inquisidores sevillanos en relación con la Congregación de la Granada.

Observemos en Montano, Galle y Pacheco la importancia de la transmisión del rostro, del cuerpo epitéreo, la naturaleza que somos. No solo el elogio con su obra y la aireación de sus aportaciones a la humanidad, también sus cuerpos en un ejercicio de equilibrio en la expresión, y reivindicación, de la estructura ontológica del ser humano, la *res cogitans* y la *res extensa* que somos. No olvidemos que el fin último de esta ideología es lograr y gozar de la felicidad ¡en la tierra! Son hombres que se mantienen vivos y conocidos por medio del retrato hasta la primera resurrección que describe el *Apocalipsis* 20, 1-6 para conformar el pueblo de santos y justos del reino milenarior.

Para los autores de las *Effigies*, como para Pacheco, son cuerpos y rostros sagrados, como si fueran mártires o santos, la imagen humana adquiere aquí un sentido sacral como la que consigue la propia imagen artística de otra humana singular, María la madre de Jesús, para los seguidores de Amadeo de Silva quien, en el Rapto

octavo de su *Apocalypsis nova*, narra una revelación del arcángel Gabriel en la que María afirma que, tras su Asunción, y en un paralelismo con el Santísimo Sacramento, estará realmente presente en las imágenes pintadas y esculpidas que la representan<sup>179</sup>.

## 2.2.9. Los últimos serán los primeros: los *abiecta mundi* de Joaquín de Fiore y la *pusillus grex* de Arias Montano

### 2.2.9.1. *El abad de Fiore y los abiecta mundi*

el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.  
(Mt, 23, 12)

Frente a una idea hegeliana de ascenso en el nivel de conocimiento humano por medio de etapas históricas sucesivas de crecimiento hacia una madurez, Joaquín de Fiore establece una inversión radical, para él el mundo rejuvenece, por iniciativa divina, de manera que le hace pasar de esa madurez o si se quiere de la vejez a la infancia. Esta idea rompe de lleno con la concepción gradual y progresiva de la historia. Potestà, en su introducción al libro de Mottu, observa cómo este utiliza el término inversión para determinar las características de la nueva edad o Edad del Espíritu profetizada por Joaquín. Fruto de esto detecta un triple significado del concepto inversión escatológica<sup>180</sup>.

Un significado histórico relativo a Mt 19, 30, los últimos serán los primeros, es decir, las últimas personas llamadas en la historia de la salvación se convertirán en los primeros en la nueva economía; un significado social, los *minores* y los *abiecta mundi* sobresaldrán respecto de los soberbios; y, finalmente, un significado escatológico: el poder se conferirá a los *parvuli*, a los más pequeños.

En este sentido Potestà observa cómo Joaquín de Fiore al describir en su *Tractatus super quatuor evangelia* la edad futura, alude a una de las fiestas menores más singulares de la liturgia medieval, en la que se produce una inversión ritual de *status* de los santos inocentes, *festum puerorum*, en la que el protagonista es un *puer*, un niño designado aquel día para tomar el puesto del obispo quien es llamado a honrarlo y servirlo. En Sevilla esta fiesta se llamará también la «fiesta del obis-pillo», realizada por los estudiantes del estudio de San Miguel, mozos de coro de la catedral y otros estudiantes eclesiásticos<sup>181</sup>.

179. González Polvillo (2022a: 86).

180. Mottu (1983: XVI).

181. Ortiz de Zúñiga (1677: 460).

178. *Ibid.* (41-42).

Esta fiesta, en la que tendrán el protagonismo los laicos, será una manifestación dramática de la humildad, de la inocencia y de la estulticia evangélica: para el abad es una profecía de la infancia perdurable en el mundo. Una infancia que para Joaquín significa sinceridad, inocencia, candor y aspiración, desde una perspectiva histórica y social, de un tiempo primigenio y prístino del ser humano en sociedad, libre de cargas introyectadas, libre de la letra quedando en absoluta libertad el espíritu, es la profecía joaquinista de un tiempo ideal, feliz y no utópico sino real. Una instalación en el origen perdido que implica una auténtica revolución significada por el *ordo parvulorum*, la orden de los niños, de la que ya hablara en 1255 el primer joaquinista: Gerardo da Borgo San Donnino<sup>182</sup>.

El fondo de esta idea del auge del menor, del último o del *puer* está en la doctrina de la elección de Joaquín. Esta doctrina tiene que ver con el movimiento u orden de los elegidos en el favor divino. Joaquín lo ejemplifica con la inversión en la primogenitura. Dios, a través de la bendición de Isaac, eligió a Jacob en lugar de Esaú<sup>183</sup>. Una elección que, según Pablo en Rom 9, está realizada por gracia no por mérito; y, desde luego, asociada con un elemento fundamental para entender el papel de Cristo en la cristología y en la teología de la historia de Joaquín, la humillación.

Al igual que Jacob siendo menor fue elegido frente a Esaú, José, hijo de Jacob, siendo el menor será también elegido frente a sus hermanos mayores. Joaquín se detiene en el análisis de la relación entre los hijos de José, Manasés y Efraín. Jacob, enfermo en la cama, bendice a Efraín, el más joven, con la mano derecha y a Manasés con la izquierda, invirtiendo el orden establecido. Para Joaquín, esta inversión de la primogenitura es modelo para la comprensión de cómo Dios desplaza su favor de un grupo a otro, de un pueblo a otro, por ejemplo, de los judíos a los gentiles.

En efecto, aquí hay que entender por gentiles a las iglesias griega y latina. Para Joaquín, tanto los judíos como los griegos traicionan al pueblo único y universal de Dios compuesto por judíos y gentiles. El favor de Dios, tras estas traiciones, pasa de los judíos a los gentiles y, en relación con estos, de la Iglesia griega, que traiciona con el abandono de la Iglesia de Pedro y su posición de obediencia al patriarca de Constantinopla, pasa a la romana que es la menor, la más joven, invirtiendo así también el orden de primogenitura. No olvidemos que este desplazamiento del favor de Dios está en relación con el principio de elección divina. Tras ello, la gran obra propuesta por Joaquín con su

tercera edad, la Edad del Espíritu, será la de la conversión de griegos y judíos a la más joven y universal Iglesia de Pedro.

Pero como se ha dicho antes, sin la humillación de Cristo al encarnarse y sufrir hasta la muerte no hubiera sido posible el advenimiento del Espíritu. También José se humilló. Sin la humillación de la carne procurada por sus hermanos, no hubiera habido el don del Espíritu. También Manasés se humilló pues siendo el primogénito Jacob prefirió bendecir a su hermano menor con la mano derecha.

Por tanto, el tipo de la Edad del Espíritu son los humildes, los menores, los más jóvenes, los niños, los *pueri*, los que en el segundo *status*, en una lectura literal, son considerados *abiecta mundi*, que serán, de acuerdo con Mt 19 y con Joaquín de Fiore, y tras una lectura anagógica, los primeros en el tercer *status* joaquinista, en la Edad del Espíritu.

#### 2.2.9.2. *La pusillus grex de Montano*

Arias Montano, que es joaquinista, presenta la misma idea que acabamos de exponer, lo que sería una demostración más de su joaquinismo que, en el fondo, es también familismo.

En Lc 10, 21 se pone en boca de Cristo lo siguiente: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños». El subtítulo del *Dictatum Christianum* de Montano, que como se ha dicho es una parte de su producción como *vir spiritualis* que, en cumplimiento de la *actio* que se arroga, debe enseñar al pueblo para su preparación ante la inminente venida de la Edad del Espíritu, es el siguiente: «de lo que los discípulos de Christo comúnmente deven saber i, cada uno de su parte, guardar: colegido y brevemente recopilado de la doctrina i reglas del Maestro por el condiscípulo Benito Arias Montano para la instrucción de la *pequeña grey*».

Para uno de los grandes estudiosos de Montano, Gómez Canseco, la interpretación del título *pusillus grex*, pequeña grey o pequeña manada, ha dado lugar a una gran controversia crítica en diversos sentidos. Canseco parte de Melquiades Andrés, quien no ve ni heterodoxia ni sentido críptico en Montano. Pero Canseco sí ve un significado particular al término *pusillus grex*, para buscarlo analiza los escritos del biblista. Parte de Lc 12, 32: «No temas, pequeño rebaño –*pusillus grex*–, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino». También Lc 12, 28, aunque en otro sentido: «Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, Dios así la viste ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! –*pusillae fidei*–. Ambos textos utilizan el término *pusillus* para dos traducciones

182. Reeves (1993: 188).

183. Delno y Zimdars-Swartz (1986: 78 y ss.).

del original griego: pequeño rebaño o pequeña manada; fe débil<sup>184</sup>.

Canseco estudia las definiciones complementarias que hace Montano en sus *Elucidationes* (Amberes, 1575), en las que identifica a los miembros de la grey como los herederos del reino de Dios. Los simples, los despreciados del mundo serán a los que Dios entregue su Reino. El que tenga posesiones en la tierra que las venda y destine su precio al cielo. Es lo que hacen el propio Montano y sus seguidores, lo trasladan a la vida solitaria y eremítica. Es también lo que hace Rodrigo de Valer cuando enajena sus tierras lebrijanas y vive como un *abiecta mundi*, como un pequeño o simple, en lo que sería una ampliación del concepto *pusillus* que no solo aludirá a la pequeña manada o a la escasa fe sino también al escaso apego a las cosas terrenales y, por tanto, señala a los más desfavorecidos de la sociedad: *parvus, tenuis, simplex*.

Canseco aduce algunas citas bíblicas para ilustrar el significado teológico de *pusillus* en oposición a *mag-nus*. Pero es Mt 18 el lugar en que este término adquiere la verdadera dimensión utilizada por Montano. Así, en Mt 18, 6: «Pero al que escandalice a uno de estos pequeños –*pusillis istis*– que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar». Y en Mt 18, 10: «Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños –*pusillis istis*–; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos». Como se sabe y veremos más adelante, aquellos que ven continuamente el rostro del Padre son los siete arcángeles, esos son los ángeles que protegen a esos herederos del Reino, los miembros de la *pusillus grex* de Montano, los *abiecta mundi* de Joaquín de Fiore quienes, como sus ángeles, los siete arcángeles, tendrán su misma familiaridad con Dios, verán constantemente su rostro, se incorporarán al trono divino. En Mt 18, 14 se concluye: «no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños» –*pusillis istis*–.

Por consiguiente, el término *pusillus grex*, en relación con el sentido en que lo toma Arias Montano, está claramente relacionado con el de *abiecta mundi* de Joaquín de Fiore y, consecuentemente, con la concepción que el abad tiene del niño, y que tendrán los miembros de la Congregación de la Granada. Pertener a la *pusillus grex* es el telos de cualquier apocalíptico tal como advierte Mt 18, 4: «Así pues, quien se haga pequeño como este niño, *pusillus-parvulus*, ese es el mayor en el Reino de los Cielos». Aquí está una de las claves más importantes del pensamiento de Joaquín y de Montano:

utilizan este juego inverso, esta especie de teología negativa del pseudo-Dionisio, en la que los menores, los oprimidos, los excluidos, los marginados, ¡los judeo-conversos! serán los mayores en el reino de Dios. Y en el versículo siguiente, Mt 18, 5 afirma: «Y el que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe».

«Niño», aquí, vuelve a tener ese sentido de simple, pequeño, despreciado, es decir, de *pusillus* o *abiecta mundi*. Por tanto, los conceptos *abiecta mundi* y *pusillus grex* tienen en Joaquín de Fiore y en Arias Montano el mismo significado: son los herederos del *mysterium regni Dei*, los santos de los últimos días, los justos que serán los primeros tras el advenimiento de la Edad del Espíritu. Es importante subrayar que Montano, cuando en su *Liber Generationis* habla del nacimiento de Jesús, hace una diferencia entre los más rústicos y los que vivían concentrados en el estudio de las cosas divinas, ambos pertenecientes a la *pusillus grex*<sup>185</sup>. Esto refuerza aún más el carácter joaquinista con el que creo que debe entenderse la personalidad profético-apocalíptica de Montano, puesto que este parece remitirse a la última religión profetizada por Joaquín de Fiore compuesta por dos tipos o grupos de espirituales relacionados con la vida activa y la contemplativa.

La *pusillus grex* es una manada de elegidos, santos de los últimos días que participarían de la primera resurrección. En relación con esto los *virii spirituales* debían formar a estos pequeños herederos del Reino; uno de los trazados de la vida activa de una rama de la última religión del mundo va encaminada en esta dirección. En este sentido Canseco señala algunas obras de Montano en las que este declara que su obra va destinada a la *pusillus grex*. No es extraño leer en los prefacios de las mismas afirmaciones de que se destinan a «los piadosos y simples» o a los *simplicium hominum mentibus*<sup>186</sup>.

A los hombres así señalados como *simplex*, elegidos, como los niños evangélicos, por Dios, Montano les concede la posesión de una *arcanae salutis mysterium*, es decir, un especial conocimiento de los misterios divinos.

### 2.3. Pacheco y los cabezas de la Congregación de la Granada

No parece caber ninguna duda de que Francisco Pacheco tuvo una más o menos estrecha relación, aunque con distinta intensidad, con los cabezas de la Congregación de la Granada: Rodrigo Álvarez, Hernando de Mata y Bernardo de Toro. En su *Libro de descripción de*

184. Gómez Canseco (1999: 252).

185. Gómez Canseco (1999: 259). Este autor alude al *Liber Generationis et Regenerationis Adam sive de historia generis humani* (Antuerpiae, 1593) de Montano.

186. *Ibid.* (255).

*verdaderos retratos*, entre el buen número de eclesiásticos que aparecen en él destacan tan solo dos por sus dotes proféticas y espirituales: Rodrigo Álvarez y Hernando de Mata, segundo y tercer cabeza de la Congregación de la Granada, que son colocados como broche al final del libro tal como ahora lo conocemos<sup>187</sup>.

Es en esta importante obra donde es posible observar esta relación del pintor con los cabezas congregados, aunque como se ha visto el propio *Libro de verdaderos retratos* es ya en sí mismo un manifiesto de la adscripción de Pacheco al pensamiento profético-apocalíptico de la Congregación de la Granada en el que se amalgama, partiendo de Joaquín de Fiore, otras derivaciones proféticas y conceptuales de seguidores de la concepción apocalíptica y por ende de la hermenéutica y la teología de la historia del abad calabrés<sup>188</sup>.

### 2.3.1. Pacheco y Rodrigo Álvarez

Respecto de Rodrigo Álvarez, Pacheco demuestra conocer bien la vida y virtudes del jesuita, e incluso la influencia que ejerció en él Gómez Camacho, de quien afirma que fue discípulo y al que califica de «Santo varon lego», además de adjudicar a esta relación de discípulo y maestro el crecimiento en virtud del jesuita lebrijano. Pacheco alude a la fuerza de la doctrina de Álvarez y a la ponderación y conocimiento de las Escrituras que llegó a entender por don divino –*intelligentia spiritalis*– por medio de revelación. Todo ello lo demostró en el sacramento de la confesión «saliendo los ombres trocados i fuera de si, de que doi fe, por averle oído muchas veces», por lo que parece evidente que Pacheco debió de haber tenido como confesor además, como veremos, de al igualmente jesuita Gaspar de Zamora, a Rodrigo Álvarez<sup>189</sup>.

El pintor también hace referencia al don de profecía de Rodrigo Álvarez. En relación con la capacidad profética del cabeza de la Congregación, Pacheco parece aludir a la filosofía de la historia de Joaquín, con respecto a su camino ascendente hacia la perfección cuando alude a los tres *status* o *tria aetates*, al afirmar que el jesuita «dixo muchas cosas assi pasadas como presentes i por venir, a los cuales tres tiempos se estiende la perfeccion della»<sup>190</sup>. Nuestro pintor, en su descripción de las virtudes proféticas de Rodrigo Álvarez, subraya cómo este había señalado proféticamente no solo el futuro sino también cosas pasadas y presentes. Pacheco, con esta

afirmación, entiende la profecía y la historia a la manera de Joaquín de Fiore, estableciendo una concordia de las tres edades «a los cuales tres tiempos se entiende la perfeccion della».

Alude así a la «correlación», uno de los significados de mayor importancia del término clave «concordia», principio regulador del sistema hermenéutico de Joaquín. Esta «correlación» hace referencia al Antiguo y Nuevo Testamento, primera y segunda etapa de la historia, que producen un significado que representa un sentido espiritual y la tercera etapa de la historia o Edad del Espíritu. Se produce así una correlación de los tres *status mundi*: «concordia quam diximus in tribus ordinibus electorum et in tribus mundi statibus assignandam». Tal como afirma Herbert Grundmann, «Una concordia de los tres tiempos» como propuesta fundamental de la doctrina joaquinista de la historia, que es la doctrina de Rodrigo Álvarez, de Francisco Pacheco y también, como veremos, de Diego Velázquez<sup>191</sup>.

Pacheco igualmente hace referencia a la muerte de nuestro jesuita apocalíptico, ocurrida el 14 de abril de 1587, cuando este contaba con sesenta y cuatro años. Asimismo habla de su entierro en el que el devoto pintor estuvo presente: «Acudió a su entierro (donde me hallé) innumerable gente». Este gentío no dudó en llevarse restos de las ropas del venerable jesuita «con las cuales reliquias a hecho dios grandes milagros».

Pacheco tuvo una buena relación con los jesuitas sevillanos, su confesor fue, tal como afirma en el *Arte de la pintura*, Gaspar de Zamora (1543-1621), «a quien yo comuniqué y tuve por padre espiritual cuarenta años». Este jesuita murió en la Casa profesa de Sevilla en 1621 a los setenta y ocho años<sup>192</sup>. También tuvo como confesor y director espiritual a Zamora, tras la muerte en 1587 de Rodrigo Álvarez, el platero Juan del Salto, del «particular espíritu» en la Congregación de la Granada, hecho muy significativo para observar la estrecha vinculación entre los jesuitas Álvarez y Zamora e intuir una conexión entre Pacheco y del Salto, ambos devotos de Álvarez y dirigidos espiritualmente por Zamora<sup>193</sup>.

191. Mottu (1993: 94-95). La cita latina es de Abbatis Joachim, *Concordia* II, 24, 14c.

192. Pacheco (2009: 326).

193. En 1610 el jesuita sevillano Pedro Suárez enviaba a Roma una declaración firmada por Juan del Salto respecto de su maestro espiritual, el jesuita y segundo cabeza de la Congregación de la Granada Rodrigo Álvarez. Suárez, para tranquilizar al general jesuita, realiza un breve relato de las virtudes de Juan del Salto: «ombre casado, y es platero de oro y ombre mui virtuoso, y de mucha verdad y crédito, de muy buen nombre en esta Ciudad, confessa y comulga a menudo, es penitente al presente del Padre Gaspar de Zamora el qual dize en abono del dicho Juan del Salto, que firmará de su nombre sin más averiguación qualquier cosa que dixere». ARSI, Baetica 25, Necrología I (1570-1646), fol. 35r. Para mayor abundamiento y clarificación *vid.* González Polvillo (2022a: 175-186).

187. Pacheco (1983: 225-232).

188. González Polvillo (2022a: 72-96).

189. *Ibid.* (226). Pacheco también afirma respecto de Álvarez «averle visto siempre que oía Sermon puesto de rudillas y descubierta la cabeça en el último asiento del Coro de la Casa Professa».

190. *Ibid.* (227).

Independientemente de las influencias en la ideología apocalíptica de Pacheco provenientes del familismo sevillano y de la Congregación de la Granada, hay que subrayar la que debió tener sobre nuestro pintor, tras cuarenta años como confesor, el jesuita Gaspar de Zamora, quien colabora con Pacheco en algunas de las legitimaciones de sus obras, como el denominado *Juicio final*, del que hablaremos en su momento. Gaspar de Zamora se dedicó a la confesión y tuvo arrestos suficientes para confesar a apestados tanto en Málaga, donde vivió, como en Sevilla. Cuando solo quedaban tres meses para su fallecimiento y ante el presentimiento de que habría peste en Sevilla, «se ofreció a andar en un jumentillo por la ciudad y arrabales confesando enfermos de contagio»<sup>194</sup>. Zamora dejó obra escrita, sobre todo las *Concordancias* de la Biblia, «con modo nuevo, y estimado y deseado de naturales y extranjeros en dos alfabetos»<sup>195</sup>. Aunque según Solís también dejó escrito sin imprimir los *Comentarios sobre Ezequiel*.

Pero algo más podemos saber de Zamora como escritor si acudimos al archivo romano de la Compañía. Al parecer, en 1596 el jesuita ya había escrito sus *Concordancias* de lo que debió llegar noticia al general Acquaviva quien el 29 de julio de ese año escribía al provincial Cristóbal Méndez para que hiciese revisar las mismas por alguien competente «y si pareciere que sean útiles se podrán estampar»<sup>196</sup>. Sin embargo, esa impresión no llegaría hasta 1627. Mientras tanto el padre Zamora insistía al general ofreciéndose a ir a Roma para convencerlo de lo pertinente de su publicación y, quizás, para llevar a cabo en la ciudad santa la impresión, pues este le escribía en diciembre de 1618 asegurándole que nadie como él quería ver las *Concordancias* impresas, aunque no veía prudente el viaje: «por ningún caso conviene que un hombre de la edad de V.R. y con los achaques que padece, emprenda jornada tan larga y tan incierta como suelen ser las que se hazen por mar, poniendo a riesgo su salud y vida». Vitelleschi, que es ahora el general, veía más acertado que Zamora enviase a Roma todo lo que tuviese escrito, «limado perficionado de su obra y fie de mi que se atenderá con particular cuidado a su impresión», para

lo cual el general le aseguraba que ya tenía tratado con el impresor<sup>197</sup>.

Un año más tarde eran enviados por el jesuita y recibidos en Roma los cinco cuadernos de sus *Concordancias* y en enero de 1620 el sexto cuaderno, tal como se lo hace saber el general al propio autor. Sin embargo, Zamora envía junto con los cuadernos algo más. Adjunta un tratado sobre la Inmaculada Concepción en corroboración de lo que afirmaba Antonio de Solís, quien todas las virtudes del jesuita las justificaba por su «especialísima devoción a la Santísima Virgen y con particular afecto a su Purísima Concepción, la que le ayudó en su muerte para que fuese felicísima»<sup>198</sup>. Pero Zamora no tuvo tanta suerte con este tratado, eran tiempos de gran controversia y el preposito general lo dejó aparcado: «el tratado de *Conceptione B. Virginis*, este quedará guardado hasta que Dios de mejor sazón, porque al presente no ay tratar desse negocio por nuestro medio»<sup>199</sup>. Zamora debió pedirle explicaciones a Vitelleschi y este se las dio en marzo:

[...] puede V.R. asegurarse que se ha hecho lo que ha sido conveniente, pero quiero que sepa que por acá no es tanta la autoridad de los libros que se hallaron en Granada como V.R. piensa, antes el fundar en algo dellos esse negocio, o, por mejor decir, el quererlo probar, o, apoyar, haría más daño que provecho y en esto fie de mi porque hablo con fundamento y de cierta sciencia, y así no ay sino dexar hazer a Dios<sup>200</sup>.

Lo que nos demuestra que el tratado immaculista de Zamora debió estar basado en los libros plúmbeos sacromontinos, a esas alturas muy desprestigiados en Roma, insistir en ello sería desprestigiar a la Inmaculada y al movimiento immaculista apoyado por los jesuitas. Pero el tratado immaculista de Zamora se había distribuido en copias manuscritas por España y algunos ejemplares habían llegado incluso a Roma. De ahí que el general informase al padre provincial Agustín de Quirós de que: «Neçessario ha sido recoger las copias del tratado *de conceptione* que escribió el Padre Gaspar de Zamora, yo procuraré hazer lo mismo con los que llegaron acá»<sup>201</sup>. En efecto, uno de los que habían arribado a Roma lo hizo llegar el mismo Francisco Pacheco, por

194. Solís (2010: 166).

195. *Ibid.* Se trata de Gaspar de Zamora, S.I., *Sacrorum Bibliorum concordantiae per Gasparem de Zamora Hispalensem è Societate Iesu*. Romae: apud Bartholomaei Zannetti, MDCXXVII. Solís la pondera y señala la referencia que en la *Bibliotheca Hispana Nova* hace de ella y su autor Nicolás Antonio: «Gaspar de Zamora Hispalensis. Soc. Jesu Sacerdos, vir doctus et valde pius ad veterem Hugonis Cardinalis de Sancto Caro, quin non minus quingentis monachis ad rem celerius conficiendam adhibuisse dicitur. Conradi ítem Albertadys laborem addens formavit Concordantias sacrorum Bibliorum duobus Alphabetis, altero dictionum variabilium invariabilium altero absolutissimo».

196. ARSI. Baet. 3-I. Epist. Gener. 1591-1609, fol. 277.

197. ARSI. Baet. 4-II. Epist. Gener. 23 diciembre 1618, fol. 144v.

198. Solís (2010: 166).

199. ARSI. Baet. 4-II. Epist. Gener. 17 febrero 1620, fol. 206v. Gaspar de Zamora ya había publicado diez años antes un trabajo sobre la Inmaculada que cita Palau: *De Immaculata Virginis Conceptione exercitatio super id: Tota pulchra es amica mea et macula non est in te. Cant. 4* (s. L.), 1610. *Vid.* Pacheco (2009: 326 n. 4), en la que se reflejan otras obras de Zamora recogidas en los *Tratados de erudición* de Pacheco en el que se incluyen tres cartas autógrafas de Zamora dirigidas al pintor.

200. ARSI. Baet. 4-II. Epist. Gener. 23 marzo 1620, fol. 217.

201. ARSI. Baet. 5-I. Epist. Gener. 17 mayo 1621, fol. 39.

medio de don Enrique de Guzmán, al último cabeza de la Congregación de la Granada, Bernardo de Toro. Así, el 12 de febrero de 1620, don Enrique escribía a Toro a Roma para decirle que «Fran.<sup>co</sup> Pacheco me envió ese papel de la concepcion, que es del p.<sup>e</sup> Çamora, que vmd conoce muy bien, escriueme que lo enuie a vmd, así lo hago»<sup>202</sup>.

Lo que viene a demostrarnos el interés de Pacheco por la Inmaculada y la interrelación que demuestra con el Agente real de la Inmaculada y con el propio Bernardo de Toro, quien le hubo de tener una gran estima pues era también el confesor de su hermana, María de Toro quien al morir Zamora y por consejo de su hermano eligió como confesor al doctor Juan de Salinas, otro gran amigo de Bernardo de Toro<sup>203</sup>.

### 2.3.2. Pacheco y Hernando de Mata

En cuanto a la relación entre Pacheco y el tercer cabeza de la Congregación de la Granada, Hernando de Mata, encuentro muy significativo que el pintor lo llame «varon Santo». También lo había hecho antes con Rodrigo Álvarez a quien llama «Santo Sacerdote» y «Santo varón», incluso llama santo a Gómez Camacho, «un Santo varon lego». Cacho piensa que estos epítetos son utilizados para referirse a personajes virtuosos, pues, afirma, «no consta que ni el padre Álvarez ni Fernando de Mata llegaran a ser canonizados»<sup>204</sup>.

Pero ahora sabemos que para nuestro pintor-congregado eran mucho más que eso. Es obvio que Pacheco tenía una especial veneración por estos cabezas de la Congregación de la Granada y seguramente los consideró santos, especialmente a Hernando de Mata. No olvidemos que entre las creencias de la Congregación señaladas por la Inquisición estaba aquella que decía que Mata sería elevado a los altares y que se conocía el nombre del papa que lo llevaría a cabo<sup>205</sup>. Aparte de ello, el propio Pedro de Jesús María, biógrafo de Mata, confirma esta relación continuada entre el dirigente congregado y el pintor: «Francisco Pacheco Apeles de nuestro siglo, tan conocido por su pinzel, como por su piedad, que por largo tiempo trató al Padre»<sup>206</sup>.

Fray Pedro de Jesús María titula el capítulo XVI de su obra: «Elogio en que Francisco Pacheco, Pintor insigne,

epilogó la vida y virtudes, y dones de el venerable y Apostólico varón el Padre Hernando de Mata» que transcribe completo. Por tanto, el monje basilio debió manejar el célebre *Libro*. De él da cuenta al comienzo del capítulo estableciendo quizás la primera descripción que tenemos del mismo:

Tan conocido en toda España fue Francisco Pacheco por su raro pincel, como en su Patria Seuilla, por su auentajado ingenio, y virtud. Remató este excelente Pintor los años de su vida, sacando a luz vn insigne libro de la Pintura, y otro de varones Insignes de aquella gran Ciudad, en que con el dibuxo de su imagen, o retrato, da vna breue noticia de su dueño, formando en cifra vn Elogio de sus alabanzas. El que compuso del venerable Padre Hernando de Mata (inmediato al de su Maestro el Padre Rodrigo Alvarez) es el siguiente<sup>207</sup>.

Pacheco en su elogio alude a los dones sobrenaturales de los que estuvo adornado Mata, destacando uno de ellos, el don de consejo «tan conocido en toda España, que de toda ella concurrían a la luz de su acierto, ya por cartas, ya por sí propios»<sup>208</sup>. Pondrá algunos ejemplos de estos consejos, aunque nos interesa el que realizó, destacado por nuestro pintor en su propio elogio, al jurado y maestro mayor de Sevilla, Juan de Oviedo. De este nos dice que fue hijo y nieto de su homónimo nacido en Gijón, ciudad desde la que se desplazó a Ávila en la que vino a nacer el Juan de Oviedo biografiado por el pintor, y desde allí «en compañía de Baptista Vasquez» a Sevilla. Pacheco destaca que Juan de Oviedo fue familiar del Santo Oficio en 1600, tras ello el Consejo de la Suprema le ofreció «hazerle Secretario de la Ciudad de Lima, lo cual no acetó por consejo del Padre Mata».

Oviedo fue maestro mayor de Sevilla desde 1601 en la que trazó, entre otros, los retablos de Constantina, Cazalla, Morón y el de la capilla de los vizcaínos del convento de San Francisco, así como el convento de las Mercedarias, el de san Benito y san Leandro. La amistad con Juan Bautista Vázquez el viejo y esta cercanía a Mata nos hace pensar que Juan de Oviedo fuera también miembro de la Congregación de la Granada. Tal como nos informa Pacheco, fue militar y murió en 1625 en la conquista del Brasil a resultas de una bala de cañón a las órdenes de don Fadrique de Toledo.

### 2.3.3. Pacheco miembro de la Congregación de la Granada

Cuando muere Rodrigo Álvarez, en 1587, Pacheco tiene 23 años y, con seguridad, entra en relación, si no venía

202. BEESS, Leg. 435, fol. 269r. Carta de Enrique de Guzmán a Bernardo de Toro. Madrid, 12 de febrero de 1620.

203. BEESS, Leg. 435, fol. 481r. Carta de María de Toro a Bernardo de Toro. Sevilla, 11 de agosto de 1626.

204. Cacho Casal (2011: 286-287), en n. 54 la autora piensa que tal vez Pacheco consideraba santo a Rodrigo Álvarez por haber sido confesor de santa Teresa de Jesús.

205. AHN. Inq. Leg. 2963. *El maestro fray Domingo Farfán. Historia de la Fundación de la Congregación de la Granada*.

206. Jesús María (1663: 6r), el énfasis es mío.

207. Jesús María (1663: 104v).

208. Pacheco (1983: 230).

ya de antes, con el nuevo líder de la Congregación, Hernando de Mata pues, como se ha visto, el biógrafo de Mata afirma que Pacheco, además de ser conocido tanto por su pincel como por su piedad, «por largo tiempo trató al Padre». Estos años de intensa relación lleva a Pacheco a constituirse en una especie de pintor oficial de la Congregación de la Granada, como tendremos ocasión de ver cuando analicemos su obra.

La confirmación tal vez de esta pertenencia nos la ofrece el clérigo Francisco Milanés, miembro del particular espíritu de la Congregación, en una carta remitida a Bernardo de Toro el 23 de mayo de 1634. Milanés, maravillado de cómo Toro había llevado en Roma la diligencia de los procesos en los que estaba implicada la ciudad de Sevilla: el de san Fernando, el padre Hernando de Contreras y la madre Dorotea, instaba al cabeza de la Congregación a que con la misma solicitud y diligencia hiciera lo mismo con «nuestro Venerable Padre y Maestro Fernando de Mata»<sup>209</sup>.

Previamente a esta carta, Milanés por su cuenta se puso en contacto con los miembros eclesiásticos de la Congregación: el arcediano Mateo Vázquez de Leca, el doctor y canónigo Alonso Gómez de Rojas, el canónigo Antonio de Villagrán, el obispo Camargo y sus hermanos, el jesuita Juan de Pineda, el doctor Juan de Salinas, el rector jesuita Álvaro Arias Armenta y otros. También hizo la misma consulta a laicos congregados: el veinticuatro de Sevilla don Alonso Dávila, don Juan Infante, Juan Martínez Montañés y don Francisco de Guzmán. Milanés resume a Bernardo de Toro la respuesta que le dieron estos próceres de la Granada, así: «esta causa de nuestro y Apostólico Padre no avía tenido ombre [...] y que a cuándo aguardábamos, que si se avían de morir todos primero».

Pero Milanés hará algo más para ablandar a Toro quien, temeroso de la Inquisición, estaba decidido a no proseguir con este asunto. Escribe en la carta todos los nombres de los miembros de la Congregación de la Granada en tiempos de Hernando de Mata, es decir, hasta 1612, a los que Milanés parece que había ido conveniéndose para presionar en el asunto de la beatificación de Mata: «Y porque tenga V.R. más noticias de los nuestros que aora están vivos según que los e ido ablando casi todos y consolando, si no es dos o tres ausentes, para que V.R. se enternesca más con tantos que por V.R. y por este caso suspiran»<sup>210</sup>.

Parece que Milanés pretende hacer aquí un listado «de los nuestros que aora están vivos», o sea, de miembros de la Congregación en los tiempos de Hernando de

Mata que aún vivían en 1634 y que conocían la profecía de que este sería elevado a los altares y suspiraban por que se cumpliera. Algunos son del particular espíritu y prácticamente todos son conocedores de los secretos de la Congregación. La sociología del listado, en el que son señalados 140 nombres, es interesante, pues refleja todos los sectores de la sociedad sevillana de la primera mitad del siglo XVII: nobles, algunos veinticuatro del cabildo, escritores, médicos, corredores de lonja, obispos, prebendados de la catedral, representantes de un buen número de conventos masculinos y femeninos, artistas y artesanos: espaderos, sederos, bordadores, lenceros, sastres, jubeteros, talabarteros, libreros, toneleros, gorreros.

Se insertan nombres muy conocidos: los congregados del particular espíritu Alonso Pérez de Vargas que era platero, Bartolomé de Mendiola y Onofre de Peña-fiel; la condesa del Castellar y el marqués de Alcalá; el obispo de Centuria Luis Camargo Pacheco; los veinticuatro de Sevilla Alonso Dávila<sup>211</sup>, Juan Vallejo y Bernardo de Ribera.

Se citan también varios colaboradores sevillanos del conde duque de Olivares en la corte: los poetas Francisco de Rioja y Francisco de Calatayud, don Luis del Alcázar, el dramaturgo Diego Ximénez Enciso y el gran devoto de Bernardo de Toro, don Enrique de Guzmán, Agente real de la Inmaculada; los poetas Juan de Salinas y Juan Infante de Olivares; el canónigo doctor Lucas de Soria, autor de la obra *De la Passion de Nvestro Señor Iesv Cristo*, impresa en Sevilla por Simón Fajardo en 1635, tal vez la única obra religiosa que se encuentra en el inventario de la biblioteca de Velázquez, era primo de un gran amigo de Bernardo de Toro, el Chantre de Córdoba y poeta Hernando de Soria Galvarro.

Se incluyen los también canónigos Alonso Gómez de Rojas, Mateo Vázquez de Leca, Diego Herber de Medrano, Fernando Sánchez, Melchor de la Serna, Diego Camargo, Juan de Ribera y el venerable Andrés de Medina «el Santo», de la orden tercera, quien murió en 1636 y en cuya conversión intervino Hernando de Mata<sup>212</sup>. Entre los jesuitas se cita a Juan de Pineda, Diego

211. Don Alonso de Ávila o Dávila estuvo presente en la boda de Velázquez con la hija de Pacheco. Vid. Fichter (1960) y Méndez Rodríguez (2005: 98-104). Ávila era veinticuatro de Sevilla, tanto él como su padre Alonso Dávila el viejo, están recogidos como miembros de la Congregación de la Granada en la lista incluida en la carta de Francisco Milanés dirigida en Roma a Bernardo de Toro de 23 de mayo de 1634. El veinticuatro fue una persona muy cercana a los cabezas de la Congregación, hasta el punto que participó en la manutención de los descendientes del fundador Gómez Camacho a la que se comprometieron los miembros más destacados de la Congregación, apadrinando a un descendiente de Camacho, Rodrigo Camacho, quien fue ministril y tirador de oro. BEESS, Leg. 439, fol. 381r. Carta de Blas Camacho a Bernardo de Toro. Sevilla, 21 de abril de 1639.

212. En la biografía de Mata se le dedica el capítulo X. Vid., Jesús María (1663: 135v y ss.).

209. BEESS, Leg. 438, fols. 128r-130r. Carta de Francisco Milanés de Lecca a Bernardo de Toro. Sevilla, 23 de mayo de 1634.

210. El listado completo en González Polvillo (2022a: 374-376).

Meléndez, Álvaro Arias y Pedro de Urteaga. Entre los carmelitas a quien quiso ser el quinto cabeza de la Congregación, el padre Pedro de Trujillo<sup>213</sup>.

Por último, se incluyen miembros de varios conventos femeninos: el de la Encarnación, Santa Paula, San Leandro, las Vírgenes, las Dueñas y la Paz; mientras que de masculinos se citan miembros de la Compañía de Jesús, Carmen calzado, Mínimos, Trinitarios, Franciscanos, Agustinos, Mercedarios, Dominicos de Regina y de San Basilio.

En este listado y entre los artistas cabe destacar a Juan Martínez Montañés, que como es sabido era miembro del particular espíritu de la Congregación, así como a nuestro pintor Francisco Pacheco.

#### 2.3.4. Pacheco y el *Apazible diálogo entre un congregado y un tomista*

No cabe duda de que en este diálogo entre un congregado y un tomista, Pacheco es el congregado. En principio es posible que por su buena relación con la Compañía de Jesús perteneciera a una congregación jesuita, recordemos que se confesaba, como él mismo afirma en el *Arte de la pintura*, con el jesuita Gaspar de Zamora aunque antes lo había hecho con Rodrigo Álvarez. Ahora bien, ¿a qué congregación de entre las formadas por los jesuitas?

Aunque la Congregación de la Granada no es una congregación estrictamente jesuita, a pesar de las buenas relaciones de sus miembros con la Compañía y de que fuese trasladada desde el convento de la Concepción de Lebrija a Sevilla por el jesuita Rodrigo Álvarez, desviándose a partir de él de la Casa Profesa al Patio de los Naranjos de la catedral, cercana a la capilla de la Virgen de la Granada, sabemos que Pacheco pertenecía a la Congregación de la Granada, posiblemente desde tiempos de Rodrigo Álvarez y con toda seguridad desde tiempos de Hernando de Mata tal como nos demuestra la famosa carta del padre Milanés a Bernardo de Toro. En principio, solo así es posible entender, entre otras cosas, la especial atención que en su *Libro de retratos* presta a Rodrigo Álvarez y a Hernando de Mata.

El tema de la Inmaculada fue central en Sevilla durante buena parte de la primera mitad del siglo XVII. Y fue crucial para los miembros avisados de la Congregación de la Granada, que se dispusieron a hacer todo lo posible por conseguir el apoyo de la Monarquía y la declaración del dogma por Roma, pues tras ella vendría la aceptación de la Iglesia de encontrarse en un nuevo tiempo en el que el protagonista sería el Espíritu.

Pacheco entendió que podía ofrecer, además de su arte de la pintura, algo más en el asunto de la Inmaculada que tanto importaba a su Congregación. Claro que los verdaderos argumentos profético-apocalípticos, de los que estaba sin género de dudas al tanto, no podía traerlos a colación en el debate. Por ello, se presentaba como hermano de una cofradía que estaba legítimamente erigida y cuyas intenciones immaculistas no obedecían a ningún tipo de joaquinismo milenarista.

A pesar de todo y aunque de las imprentas sevillanas salieron decenas de trabajos eruditos de teólogos y sermones de grandes predicadores, Pacheco pensó que podía aportar su granito de arena en la defensa del misterio, en el levantamiento de la población sevillana en defensa de la Inmaculada; su prestigio en la ciudad lo avalaba con rotundidad. Así, no debió costarle mucho esfuerzo convencer a la cofradía de los nazarenos y santa cruz de Jerusalén para que editara su opúsculo de título: «Apazible Coloquio entre vn congregado y un tomista, tratando de la Concepcion immaculada de la Virgen santissima Maria S. nuestra», que salió de las prensas de Francisco de Lyra en 1620<sup>214</sup>.

Pese a todo, y si debemos creer a don Enrique de Guzmán, congregado y amigo íntimo de Bernardo de Toro, el primero a quien Pacheco dio noticia de este opúsculo fue al propio don Enrique que inmediatamente lo envió a Toro junto con una carta del propio Pacheco. Así, en junio de 1620, don Enrique de Guzmán le remitía el citado opúsculo con las siguientes palabras:

Vn diálogo de Pacheco va con esta para vmd que me lo envió para que yo lo uiese primero, así lo remito con una carta suia y otra de Rioja para vmd que también ueñian abiertas para que yo las viera, y uan otras no sé cuántas cartas que me envió el p.<sup>e</sup> Milanés<sup>215</sup>.

Pacheco dedica el opúsculo a la cofradía y se presenta en la portada como «ecelente maestro, i unico pintor, Ermano desta santa Cofradia». El coloquio se desarrolla entre dos seglares, un congregado, el propio Pacheco, y un tomista, es decir, un representante de la

214. La edición príncipe es muy rara, de ella dice Asensio: «se ha hecho tan rara, que no hemos logrado ver de ella más que un ejemplar». Utilizo aquí un ejemplar del FBG&S. El coloquio lo publica Asencio aunque con un título alterado: «Apacible conversacion entre un tomista y un congregado acerca del misterio de la Purisima Concepción de Nuestra Señora», *vid.*, Asensio (1886: LVII-LXVIII). Recientemente se ha publicado en facsímil, incluyendo el manuscrito original, por la propia Hermandad en conmemoración del 400 aniversario de la edición príncipe, aunque se ha utilizado el ejemplar de la Biblioteca del Hospital Real de Granada que se presenta corto del margen superior por lo que ha perdido el inicio del título: «Apazible», *vid.* Pacheco (2020).

215. BEESS, Leg. 435, fol. 291r. Carta de Don Enrique de Guzmán a Bernardo de Toro. Madrid, 18 de junio de 1620.

213. González Polvillo (2022a: 356-369).

opinión maculista en Sevilla que encabezaban los dominicos. Reafirman ambos su falta de legitimidad para disputar asuntos religiosos sin ser teólogos; sin embargo, adoptando una forma sencilla cristiana están de acuerdo en que pueden referir todo aquello que habían «oído y leído en alabanza de la virgen nuestra Sra».

Pacheco es consciente del carácter ultrajoso que en esos momentos en Sevilla tenían los términos congregado y tomista, de ahí que intente definirlos de forma positiva. Una vez establecidas las posiciones de cada uno, comienza el debate. Pacheco lleva la iniciativa y alude a destacados autores inmaculistas, algunos muy cercanos a la Congregación de la Granada, como el maestro Alonso de la Serna. El tomista menciona en tono quejoso las procesiones y las canciones inmaculistas que se sucedían por las calles de Sevilla por esos años, citando expresamente al autor de la famosa redondilla, Miguel Cid<sup>216</sup>.

Pacheco cita a Cid por boca del tomista como una especie de homenaje, como también menciona a los protagonistas de la difusión de esta canción, los niños. El tomista afirma que ni cantará ni pondrá en la puerta de su casa los rótulos inmaculistas que por miles se hallaban en las puertas de los sevillanos. El congregado Pacheco le responde al tomista y aprovecha para citar a otro de los grandes protagonistas del inmaculismo: «Pues yo las cantaré por vmd toda mi vida, en la calle y en casa, y las haré cantar a mis hijos y criados, y pondré

los rótulos que pudiere, a imitación de nuestro devoto prelado D. Pedro de Castro y Quiñones».

¿Cómo es posible que una ciudad entera como Sevilla se levantara pidiendo la proclamación de un dogma tan oscuro como el que se defendía? Pacheco no pasó por alto esta circunstancia cuando pone en boca del tomista que «a muchos de los Congregados que nos matan con las coplas, si les preguntasen qué es pecado original, que digan mil disparates». El congregado Pacheco es consciente de ello, pues estos asuntos oscuros «pertenecen a los doctos», aunque con el despertar de la ciudad y la efervescencia de sermones y procesiones, movidas precisamente por los congregados que profesaban la ideología profético-apocalíptica que impulsaba el movimiento, había contribuido precisamente a aclarar su significado: «ya al día de hoy con la oposición ha crecido la curiosidad en la inteligencia de esto».

Lo que queda del breve coloquio se destina a exponer las posiciones de uno y otro, que son las canónicas de cada opinión y no tienen mayor interés. A Pacheco, ajustado a lo ortodoxo y en un ejercicio de nicodemismo, no se le ocurriría afirmar que tras la definición ansiada él mismo con los miembros de su Congregación de la Granada reformarían la Iglesia. Sin embargo, tanto Pacheco como su yerno y discípulo Velázquez, encontrarían la forma de proclamar a los cuatro vientos su heterodoxa posición: a través del lenguaje universal del arte.

216. Para el movimiento inmaculista *vid.* González Polvillo (2022a: 290-323). Y tanto que molestaría a los tomistas esta archifamosa canción inmaculista. El efecto contrario que producía al tomista se nos transmite en una carta de Francisco de Milanés a Bernardo de Toro fechada el 7 de noviembre de 1617, cuando hacía muy poco tiempo que había llegado la decretal de Paulo V poniendo silencio a los maculistas. Al informarle de la máscara que organizaron los cirujanos y barberos le dice: «Llevaban a trechos muchas copias de chirimías tocando todo el mundo en g.<sup>1</sup> ett.<sup>3</sup>, q.<sup>o</sup> entre las fiestas y regozijos aviva en más el fervor de la Concep.<sup>on</sup> en los pechos sevillanos». BEESS, Leg. 435, fol. 134r. Carta de Francisco Milanés a Bernardo de Toro. Sevilla, 7 de noviembre de 1617. Desde luego fue esta la intención, avivar el fervor de los sevillanos, la que se tuvo al elegir esta canción de Miguel Cid por parte del equipo rector del movimiento inmaculista.